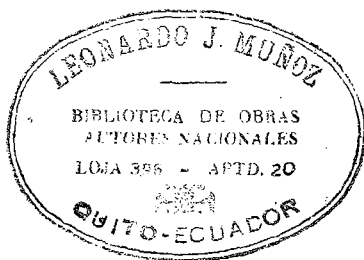
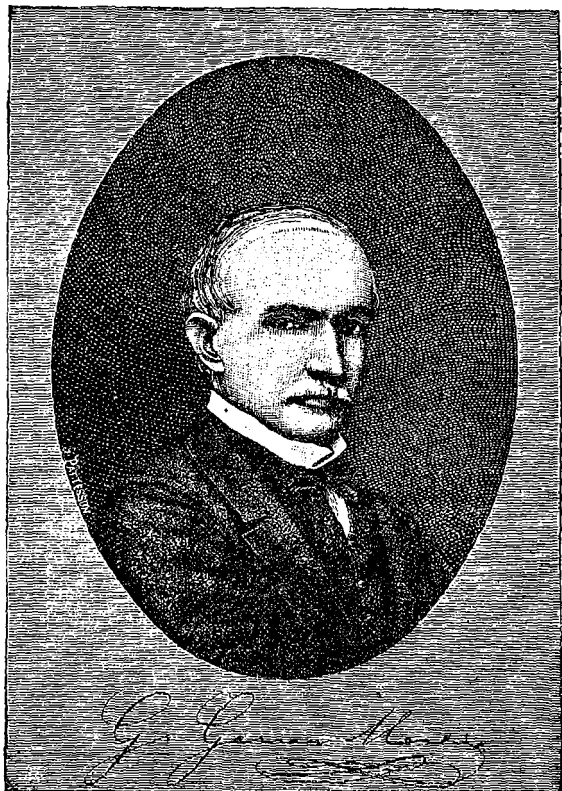


DON GABRIEL GARCÍA MORENO





VIDA
DEL
EXCMO. SEÑOR
D. GABRIEL GARCÍA MORENO

RESTAURADOR Y MÁRTIR DE LA TESIS CATÓLICA
EN EL ECUADOR

POR
D. ANGEL Z. DE CANCIO



MADRID
IMPRESA DE JOSÉ GIL Y NAVARRO
7, Santa Engracia, 7,
1889

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

PRÓLOGO

Al presentar á los católicos españoles la biografía del gran Garcia Moreno, no nos hemos propuesto satisfacer nuestra vanidad, y menos aún, mezquinos intereses. Nuestro objeto es más alto; queremos poner de manifiesto, cómo en pleno siglo XIX, en este siglo de general apostasia y de cobarde indiferencia, cuando se trata de los intereses de Dios, un hombre de Estado ha sabido mandar á una nación según la ley de Cristo, haciendo que el Dios Redentor y Salvador de los hombres fuese conocido y honrado como supremo legislador y dueño absoluto, lo mismo en los actos públicos que en los privados. La diminuta República del Ecuador, es el país venturoso escogido por la divina Providencia para dar un solemne mentís á los modernos Pilatos, que á pesar de conocer á Jesús y ver sus prodigios, condénanle, no obstante, á ser crucificado, por no disgustar á los modernos



judíos y no perder la amistad de la Masonería. Mas escrito está que aquéllos que en este mundo vuelvan la cara á otro lado por no saludar á Jesucristo, el divino Redentor se avergonzará de ellos delante de su Padre celestial. Con el pretexto de mentida libertad se da rienda suelta á todos los errores y apetitos, y si á Jesucristo no se le persigue con furor y rabia, pónenle al nivel de Satanás, ó le saludan con cierto desdén, poniendo sobre sus hombros un miserable guiñapo para cubrir su desnudez, generoso regalo de la moderna civilización, y en sus manos una caña como símbolo del sarcástico imperio que hoy se concede á la Iglesia de Cristo.

Ahora bien, si las naciones han creído hallar libertad y bienandanza volviendo la espalda á la Iglesia de Dios, engañanse miserablemente, pues fuera del Evangelio no hay ni puede haber verdadero progreso ni verdadera libertad: *Ubi Spiritus Domini ibi libertas.*

García Morene comprendió muy bien estas palabras de la Sagrada Escritura; por eso practicó é hizo practicar al pie de la letra su axioma favorito: *Libertad para todos y para todo, excepto para el mal y los malhechores.* Los habitantes del Ecuador gozaban de verdadera libertad para todo menos para ofender á Dios. García

Moreno no hubiese tolerado jamás la menor ofensa hecha á Jesucristo, porque sabía que las ofensas hechas á Dios destruyen la libertad. Los progresos materiales siguieron á los espirituales cumpliéndose á la letra las palabras del Evangelio: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, todo lo demás se os dará por añadidura.»

El enemigo de nuestras almas quiso destruir la gran obra de García Moreno asesinándole, mas *Dios no muere*, exclamó el héroe cristiano al caer atravesado por el infame machete; y su profecía hase cumplido sin quitar una tilde. El Ecuador es hoy la República del Sagrado Corazón y una protesta contra la apostasía del mundo moderno. Terminemos este prólogo con las proféticas palabras del Ilustre Cardenal Pie, Obispo de Poitiers, dirigidas al emperador Napoleón III: «Señor, ¿no ha llegado el momento para que reine Jesucristo? Entonces tampoco ha llegado para que duren los gobiernos.»

UNA MIRADA RETROSPECTIVA

LUEGO que el viajero atraviesa el Atlántico, pasa el istmo de Panamá, y hace por el mar un trayecto de doscientas cincuenta leguas hacia el Mediodía, llega al fin á Guayaquil, patria del héroe cuya historia vamos á narrar á nuestros lectores.

La república del Ecuador se halla bañada por el gran Océano en una longitud de doscientas leguas, y, sin embargo, esta nación es el más pequeño de los Estados de la América meridional, y casi un punto imperceptible comparado con el Brasil, que forma su límite oriental.

Atravesada en toda su longitud por la doble cadena de los Andes, la república del Ecuador presenta al viajero tres regiones absolutamente distintas; la llanura del litoral, la meseta de las montañas y la región salvaje del Oriente, sobre las cuales ha derramado la Providencia de Dios riquísimos caudales de grandeza y hermosura.

Tradiciones más ó menos auténticas hacen re-

montar el reino de Quito á los primeros siglos de nuestra era. Algunas tribus venidas del Norte fijáronse en la meseta de los Andes, y la más poderosa, la tribu de los Quitos, acabó por dominar á las demás, de donde vino el nombre de Quito dado á la residencia principal del jefe.

Sea de esto lo que fuere, á mediados del siglo xv el *inca* ó emperador del Perú derrotó en un combate á los Quitos y reunió sus tierras á su inmenso imperio; y no contento con esto, abandonó su antigua capital para instalarse en Quito, donde reinó durante treinta y ocho años.

Los indios del Ecuador, cuyo número se elevaba á cinco ó seis millones, gozaron de cierta civilización bajo el reinado de los Incas. Sencillos y dóciles como niños, seguían siempre el impulso dado por sus jefes, adoptando las supersticiones idolátricas de éstos.

Consideraban como su gran Dios al sol y como esposa de éste á la luna; empero á pesar de los esplendores del Dios sol, aquellos pobres pueblos estaban sentados en las tinieblas de la idolatría y dominados por los vicios más degradantes. Mas Dios, en su infinita misericordia, quiso revelarles, al finalizar el siglo xv, á su hijo Jesucristo, redentor y salvador de todas las naciones, y sol divino que ilumina y purifica á todas las almas. ¿Y quién será el apóstol escogido para llevar la cruz á aquellas pobres tribus indias? Los príncipes de Europa eran casi todos apóstatas ó se hallaban en guerra

con la Iglesia. Sólo un pueblo habíase mostrado digno caballero de la Cruz, el pueblo español. Había este heroico pueblo luchado durante ocho siglos para arrojar de España á los enemigos de Cristo, á los hijos de Mahoma, y amaba con pasión á la Iglesia católica, sus templos y sus santas ceremonias; por eso la Santa Inquisición, aquel tribunal tan genuinamente español, perseguía sin descanso al judío deicida, al herege renegado y aquellos odiosos sectarios del Corán, enemigos todos de Cristo Jesús, y por ende de la patria española.

A este pueblo profundamente católico confió Dios Nuestro Señor la evangelización de aquellos millones de hijos suyos hasta entonces sepultados en las tinieblas de la idolatría. Cristóbal Colón, aquel genio misterioso á quien la divina Providencia había hecho presentir la existencia de mundos desconocidos, después de haber errado de reino en reino buscando un príncipe que quisiera ser el mensajero de Cristo, Dios le condujo á la corte de España, en donde Isabel la Católica, llena de ardiente amor por la salvación de las almas, favoreció su expedición. Algunos meses más tarde Colón descubría la América, y el Soberano Pontífice, en nombre de Cristo, Rey de todos los pueblos del mundo, daba á los reyes de España la investidura de todas las islas y nuevos continentes, «á condición de hacer que Jesucristo fuese conocido en aquellos lejanos países, y mandar á las islas y tie-

rras mencionadas hombres probos y temerosos de Dios, llenos de doctrina, sabiduría y experiencia, para instruir á los habitantes en la fe católica y formarlos en las buenas costumbres.» (1)

Los reyes de España cumplieron con fidelidad la misión que les había confiado el Vicario de Jesucristo, y mandaron al Nuevo Mundo una pléyade de santos religiosos que transformaron aquellas naciones idólatras en pueblos llenos de fe y de amor á Jesucristo. Levantáronse como por ensalmo numerosas ciudades, universidades florecientes, escuelas y conventos destinados á extender, con los beneficios de la instrucción, los auxilios de la caridad y todas las virtudes cristianas.

Los enciclopedistas del siglo pasado, y con ellos todos los católicos liberales franceses, han echado á manos llenas el cieno sobre España y sobre los monarcas españoles, á quienes acusan de haber tiranizado durante tres siglos á los indios y colonos del Nuevo Mundo.

Sin duda, algunos aventureros se deshonraron con actos de barbarie para con los pobres indios; pero los reyes de España emplearon todo su poder para favorecer á los indígenas; buena prueba de ello son los reglamentos contenidos bajo el título: *Buen tratamiento de los indios* (2), en donde se ve que todas las disposiciones fueron dictadas por un

(1) Bula *Inter cætera*, 1493.

(2) Recopil. VI, tit. X.

amor profundo á la humanidad y á la justicia. Para asegurar el respeto y observancia de estas leyes, los reyes católicos crearon un protectorado especial para los indios, protectorado que fué encomendado á los frailes predicadores, entre quienes se mostró gran defensor de aquellas pobres gentes, el insigne Fray Bartolomé de las Casas.

El emperador Carlos V escribía al Obispo del Perú, nombrado protector de los indios: «Ordenamos hagáis todas las pesquisas necesarias para aseguraros del buen tratamiento de los indios. Si los colonos abusan de su autoridad, Nos os damos derecho para castigarles, ya sea con la prisión, ya con una multa pecuniaria.»

Luego si se cometieron crímenes en el Nuevo Mundo, la culpa no la tienen los reyes católicos y sí la *auri sacra fames*, la maldita pasión del oro que desoló el mundo antiguo y ha hecho del moderno el esclavo de algunos banqueros judíos.

Empero, si el Rey del cielo dió la América á los reyes católicos, quitósele á los reyes filósofos y regalistas de la casa de Borbón. Todo el mundo conoce la iniquidad cometida contra la insigne compañía de Jesús en la segunda mitad del siglo XVIII. Los jansenistas, masones y cortesanos de la Pompadour atrevíanse á incriminar la moral (que ellos llamaban relajada) de aquellos santos religiosos. Verdad es que los jesuitas, como educadores de la juventud, como oradores, escritores y misioneros, prestaban inmensos servicios á la Iglesia de Dios,

al Estado y á las familias. El único crimen que les reprochaban era su ardiente amor al papado. Protestantes, jansenitas, galicanos y masones juraron exterminar á aquellos *guardias de corps*, como les llama Voltaire. El rey de Portugal, ayudado de su ministro Pombal, comenzó la ejecución, siguióla el disoluto Luis XV, y finalmente apareció en aquel degüello de inocentes el petulante é hipócrita Herodes, Carlos III, rey de nuestra España.

La compañía de Jesús era la gloria de España y de las colonias españolas. La América del Sur poseía más de cien colegios, dirigidos por dos mil quinientos jesuitas, y en los desiertos más de quinientos mil indios convertidos por aquellos admirables misioneros recordaban los tiempos más hermosos de la Iglesia católica. Ahora bien, Carlos III, sin forma ninguna de proceso y sin consultar con el Soberano Pontífice, arrojó de sus reinos á los hijos del gran Ignacio, declarando que los motivos de aquel acto bárbaro é inhumano *quedaban sepultados en su real pecho*. La expulsión de los jesuitas de nuestras posesiones de América fué el principio de la independencia de aquellos Estados antes tan florecientes. Los reyes absolutistas de la casa de Borbón quisieron declararse independientes de Dios y de su Cristo, y el Rey del cielo les quitó aquellos reinos que no eran dignos de gobernar. Habían insultado á Jesús en la persona de sus hijos los religiosos de la Com-

pañía, y Jesús les castigó quitándoles sus coronas y dispersándolos por toda Europa.

El venezolano Simón Bolívar fué el instrumento del cual se sirvió la divina Providencia para arrancar las posesiones de América á la madre Patria. Justo y merecido castigo á nuestros pecados, y sobre todo, á los pecados de los reyes liberales y regalistas que reinaron en nuestra desdichada España.

Las posesiones de América, una vez separadas de la metrópoli, lanzáronse también en la peligrosa pendiente del liberalismo, sacudiendo el suave yugo de Cristo para echarse en brazos de la Revolución, hija de Satanás. Mas Dios, que ha hecho las naciones sanables, suscitó al hombre extraordinario, al gran García Moreno, que con varonil entereza y despreciando el puñal de las logias masónicas, estableció en la pequeña República del Ecuador la tesis católica, tan temida de los liberales, y restauró el reinado social de Cristo Jesús. ¡Gloria al mártir del Ecuador, y baldón eterno á aquellos gobernantes, *con corona ó sin ella*, que transigen con el liberalismo arrojando de sus Consejos á los partidarios de la integridad católica! . . .

CAPÍTULO I

Nacimiento, infancia y primeros estudios de García Moreno.

GARCÍA Moreno nació en Guayaquil el 24 de Diciembre de 1821, seis meses antes de la toma de Quito por las tropas republicanas. Pusiéronle en la pila Gabriel, porque así se llamaba su padre.

D. Gabriel García Gómez era natural de Villaverde, pequeño pueblo de Castilla la Vieja, y pertenecía á una antigua familia distinguida por su nobleza y virtudes cristianas. Mandáronle sus padres á Cádiz á casa de un tío suyo, antiguo secretario de Cárlos IV, y allí hizo brillantes estudios, hasta que, deseoso de abandonar á la madre patria para buscar la tan decantada fortuna de América, embarcóse, al finalizar el año de 1793, en la fragata *Nuestra Señora de las Nieves*, yendo á establecerse en Guayaquil, donde se casó con una joven modelo de todas las virtudes cristianas.

La señorita doña Mercedes Moreno era hija de

D. Manuel Ignacio Moreno, caballero de la orden de Carlos III, y regidor que había sido del ayuntamiento de Guayaquil. Dos miembros de su familia han dado gran lustre á la Iglesia nuestra madre, su tío D. José Ignacio Moreno, arcediano de Lima, y autor muy apreciable de las *Cartas Peruanas* y del *Ensayo acerca de la Supremacía del Soberano Pontífice*, y el eminentísimo Cardenal Moreno, Arzobispo de Toledo y primo hermano de nuestro héroe.

Los dos esposos eran dignos de sus antepasados por sus muchas prendas, y sobre todo por su invencible amor á la religión católica. Dios Nuestro Señor recompensó las virtudes de estos generosos cristianos, dándoles una magnífica corona de hijos que fueron su consuelo; pues el más pequeño será eternamente su gloria. El mayor fué llamado por Dios al estado sublime del sacerdocio, y el segundo, aunque seglar, hizo un concienzudo estudio de la liturgia católica. El tercero, llamado Pedro, fué uno de los propietarios más ricos del Ecuador. El cuarto hermano de García Moreno era Miguel, que más tarde llegó á ser administrador de las salinas del Estado; también tuvo tres hermanas, Rosario, Mercedes y Carmen, y las tres edificaron al mundo con una vida santa é irreprochable.

Gabriel fué el último vástago de esta numerosa é interesante familia y en ella bebió aquellos sentimientos de ardentísima fé y de honor caballeresco

que caracterizaron su vida entera. Además, para mejor templar su alma y prepararla al glorioso papel para el cual era destinado, Dios Nuestro Señor quiso añadir á las enseñanzas de la familia, las rudas y provechosas lecciones de la adversidad.

A consecuencia de los trastornos que traen consigo las revoluciones, D. Gabriel García Gómez perdió la mayor y mejor parte de su fortuna, de manera que de opulenta que antes era la familia, viéronse casi de repente en la pobreza con el consiguiente séquito de privaciones, tanto más penosas, cuanto más se disimulan á los ojos del mundo. Mas los pobres padres sufrían por Gabrielito, que, niño aún, no había comenzado su educación y acongojábanse viéndolo difícil que sería para ellos darle una carrera.

Comprendió Doña Mercedes el espinoso cargo que le imponían las circunstancias, y quiso ella misma ser la maestra de su hijo. Rodeado, éste, de los tiernos cuidados de su madre, acostumbróse á vivir en medio de la piedad y del amor al trabajo, y sobre todo, á no quejarse de las penas de la vida. A los siete años sabía ya leer y escribir correctamente, y como su inteligencia era demasiado precoz, desarrollóse con detrimento de sus fuerzas físicas, criándose enfermizo, á pesar de los cuidados y solicitud de su piadosa madre. Amaba Gabriel á Doña Mercedes con grandísima pasión, y jamás olvidó todo lo que su madre había hecho por él durante aquel período de su vida.

Sin embargo, ¡cosa rara! el hombre que más tarde asombró al mundo por su valentía, era en su infancia tímido y medroso en extremo. Las tinieblas, las tempestades, y sobre todo los muertos, causábanle mortales angustias, de tal manera, que su padre vióse obligado á emplear medios muy enérgicos para curarle de aquella terrible pusilanimidad.

Un día que el huracán azotaba con furia las casas de la ciudad, encerró á Gabrielito en un balcón dejándole solo para que se acostumbrase al ruido del viento y de los truenos y perdiese el miedo. Además, los acontecimientos ayudaron bastante á disipar aquellos imaginarios terrores é iniciaron al niño en la azarosa vida que le esperaba. Puede decirse que fué educado al ruido del cañon y de la fusilería.

En 1830, una nueva desgracia, mucho más terrible que las precedentes vino á llenar de tristeza al niño y á la madre. D. Gabriel García Gómez murió de la muerte de los justos cuando su apoyo era más necesario que nunca. Era cuando Gabrielito debía comenzar sus estudios y adquirir la ciencia por la cual suspiraba su alma. Ahora bien; la muerte de su padre, al privar á la familia de su único sostén, no permitía que el niño aspirase á recibir instrucción de ningún género. Desesperada por situación tan penosa, Doña Mercedes no tuvo otro remedio que quejarse al cielo, y Dios que cuenta las lágrimas de las madres, vino en su ayuda de un modo inesperado.

Un santo religioso de la Merced, el P. Betancourt, confidente de las penas y tristezas de Doña Mercedes, ofrecióse á dar al niño algunas lecciones de latín. Loco de contento, Gabrielito comenzó las declinaciones con verdadero furor. En el corto espacio de diez meses, púsose al corriente de todas las reglas del idioma latino y en muy pocos años recorrió el círculo de los estudios elementales.

Acercábase la época de emprender una carrera, y Guayaquil no tenía entonces colegio en donde se diese enseñanza completa: el único medio de poseer la ciencia consistía en irse á Quito para frecuentar las clases de la Universidad; empero oponíase á esto la carència de recursos.

A fuerza de buscar medios y combinaciones, el P. Betancourt triunfó también de esta dificultad al parecer insuperable. Acordóse el venerable religioso que tenía en Quito dós hermanas tan caritativas como él, [aunque de medios de fortuna bastante escasos, y mandóles á su joven protegido para que le ayudasen en lo posible á seguir sus estudios. Acogieron las hermanas del P. Betancourt con alegría al joven García Moreno, consolándolo de la dolorosa emoción que había experimentado al separarse de su madre y hermanos, únicos amigos que tenía en el mundo.

CAPÍTULO II

Decide García Moreno perfeccionarse en las humanidades.—Nómbrale inspector D. Buenaventura Proano.—Energía que desplegó en el espinoso cargo de inspector.—Entra en la cléricatura.—Su amor á las ciencias.—Su conducta irreprochable.

DUEGO que García Moreno llegó á Quito, decidió (previa consulta con las hermanas del P. Betancourt), antes de comenzar los estudios filosóficos, perfeccionarse en las humanidades, siguiendo el curso superior de latín que el docto D. Buenaventura Proano explicaba en la Universidad. Este experimentado profesor conoció y apreció en seguida al nuevo discípulo; admiraba en él las eminentes cualidades de su inteligencia, su regularidad y su amor al estudio, y sobre todo, aquella firmeza de carácter impropia de su edad. Confióle, sin vacilación de ninguna especie, la vigilancia de los tránsitos por donde se paseaban los alumnos repasando las lecciones antes de la hora de clase.

El nuevo inspector de quince años no defraudó

las esperanzas del profesor. Pronto hizo entrar en cintura á los perezosos y atolondrados, y los delinquentes habitudinarios vieron en la necesidad de tener que contar con él. Enemigo de cobardes condescendencias, castigaba sin respeto humano á los autores del más pequeño desorden ó les denunciaba á la severidad de los superiores. El Rev. Padre A. Berthe cuenta en su hermoso libro *García Moreno* que un día en que los alumnos estudiaban bajo la inspección del joven Argos, los menos absortos vieron entrar en la galería á dos personajes al parecer muy desorientados de verse en semejante compañía. Era un pobre sastre francés, empleado, hacía muy poco, en el establecimiento, que se había extraviado con su hija en medio de aquellos desapiadados duendes. El extraño atavío de los forasteros, y su aire atolondrado fueron saludados con una carcajada seguida de cuchufletas de toda especie; en semejantes casos, el mejor partido que la prudencia aconseja consiste en hacer la vista gorda y conceder á los culpables una amnistía interesada, empero ni siquiera esta tentación tuvo Gabriel: denunció el escándalo y los más traviosos fueron azotados sin piedad.

García Moreno poseía una memoria asombrosa; cuando tenía que pasar lista, jamás consultaba el registro y llamaba de memoria y por orden alfabético á los trescientos alumnos del establecimiento que estaban á su cargo y sabía hasta el número de puntos buenos ó malos que cada alumno merecía.

En este primer año pasado en Quito, Gabriel se granjeó la estima de sus maestros por su amor al estudio y por lo bien que desempeñó el difícil cargo de inspector, á pesar de su rigidez inflexible. Sus compañeros amábanle por su espíritu de justicia, por sus virtudes y por las nobles cualidades de su inteligencia.

El 1.º de Septiembre de 1837, Gabriel entró en el colegio de San Fernando para estudiar filosofía, matemáticas y ciencias naturales. Por espacio de tres años Gabriel García Moreno iba á alimentarse con la leche secularizada del *alma mater*.

En los tiempos de la dominación española, la Universidad de Quito gozó en la América del Sur de merecida celebridad por su gran devoción á las doctrinas tomistas; pero una vez emancipada de la madre patria, creyó que debía también emanciparse de la Iglesia y de sus tradicionales enseñanzas. El angel de las escuelas, en Quito como en Madrid, Salamanca y París, no fué ya Santo Tomás, y sí el novador Descartes. Por fortuna los maestros eran mejores que las instituciones, y la educación católica de los alumnos se impuso á las influencias de aquella corrompida atmósfera. García Moreno escapó al peligro gracias á su gran religiosidad.

Como recompensa por su aplicación al estudio, el gobierno le concedió una beca, con la condición de enseñar el latín, al mismo tiempo que asis-

tía á las clases de filosofía. Preguntábanse sus profesores cómo aquel joven podía llevar de calle tantas obligaciones y eclipsar á todos sus condiscípulos. Empero, lo que más admiró á profesores y alumnos fueron los sensibles progresos que Gabriel hacía en la virtud. Veíanle asistir á los ejercicios religiosos con fervor y asiduidad; acercarse todos los domingos á la sagrada mesa, y hacer con más amor que nunca, todo lo que podía contribuir al servicio de Dios y á la gloria de su Iglesia Santa.

Hallábase por aquel entonces invadido su espíritu por la idea de que Dios le llamaba al sacerdocio. Parecíale hermoso ser soldado de Cristo y campeón de la Iglesia en aquellos tiempos de persecución, y abrió su corazón al Obispo electo de Guayaquil Sr. Garaicoa, que á la sazón encontrábase en Quito con motivo de su consagración episcopal. Como conocía la familia y honradísimos antecedentes de su diocesano, el buen señor le animó á seguir lo que él creía ser su vocación y aconsejóle entrase inmediatamente en la cléricatura. Algunos días después de la consagración episcopal, recibía Gabriel de manos del nuevo pontífice la tonsura y las órdenes menores.

A partir de aquel día fué para él una honra llevar la corona y el alzacuello distintivo de los clérigos.

Terminado su primer año de filosofía, enfríose algún tanto en su vocación eclesiástica para dedi-

carse con verdadera pasión al estudio de las ciencias exactas. Fué tal el furor con que se dedicó al estudio, que cometió una porción de excesos graves. Levantábase á las tres de la mañana, después de haberse acostado sobre unas tablas con el fin de no prolongar el sueño mas allá de los límites que él mismo se había fijado. En una palabra, estas y otras mortificaciones ocasionáronle una enfermedad gravísima de la vista, de la que no pudo librarse sino después de largo y doloroso tratamiento.

Sus costumbres, no obstante la peligrosa edad en que se encontraba, conserváronse siempre puras. El mundo no tuvo para él encanto ninguno; prueba evidente son sus poesías en las que encontramos esta significativa estrofa:

«Amores no quiero,
Hermosas muchachas;
Amores que sólo
Dan penas al alma.»

CAPÍTULO III

Decide García Moreno estudiar para abogado, abandonando la carrera eclesiástica por consejo de sus directores.—Inconvenientes del estudio del derecho moderno, emancipado de la iglesia.—Toma gusto á las diversiones del mundo.—Realiza un acto de suprema energía para librarse del mundo.—Provoca en desafío á un oficial de la guarnición.—Actos de energía para dominar el miedo.—Explora el Pichincha acompañado de S. Wyse.—Su horror á las malas causas.—Su matrimonio con Doña Rosa Ascasubi, y presentimientos de sus futuros destinos.

ANTES de comenzar los estudios especiales, Gabriel tuvo que pensar en la elección definitiva de un estado de vida. Sus sentimientos religiosos no habían sufrido alteración ninguna desde su entrada en la clericatura; empero su carácter, sus aptitudes y los consejos de sus maestros, inclináronle á escoger una posición más militante. El porvenir nos hará ver que Dios le había creado, no para ser sacerdote, y sí para escoltar al sacerdote, para ser obispo externo, según la hermosa expresión del gran Constantino. García Moreno desconocía aún tan bella misión; mas la divina Providencia fué preparándole poco á poco á la vida pública de defensor de la justicia; por eso se decidió á estudiar la noble carrera de la abogacía.

Por desgracia, en nuestra época de indiferentismo religioso, el estudio del derecho consiste precisamente en la ignorancia completa de las nociones de lo verdadero y de lo justo, sobre todo, cuando se trata del derecho social, político y religioso. Hoy se anteponen los derechos del hombre á los derechos de Dios, principios fundamentales de toda sociedad, concentrándoles todos en manos del Dios-Estado. De aquí resulta esa turba infame de abogados ignorantes é impíos que no sirven más que para ser malos periodistas ó diputados gárrulos, enemigos de todo lo que es cristiano y honesto.

Cuando García Moreno se matriculó en la Universidad de Quito, enseñábase en la facultad de derecho la supremacía absoluta del Estado, el patronato real concedido en otro tiempo á los reyes de España, y ahora exigido por los presidentes de la república y otras usurpaciones evidentemente cismáticas y de sabor regalista.

Un joven de veinte años, aunque fuese tan piadoso como García Moreno, líbrase con dificultad de la infección de semejantes doctrinas; pues es casi imposible, al menos de un milagro, rehacer contra la autoridad de los autores el ascendiente de los maestros, y sobre todo, contra la costumbre.

Como generalmente los jóvenes se ocupan muy poco en confrontar todos esos *textos vivos* con las leyes de la justicia eterna, resulta que el estudio del derecho no es más que un negocio de almace-

naje: él todo está, en llenarse la cabeza de una formidable nomenclatura de títulos, capítulos y artículos. García Moreno no tuvo más que servirse de su incomparable memoria para eclipsar á todos sus rivales.

Gabriel era entonces un mozo elegante y de educación esmeradísima. Joven de elevada estatura, de rostro regular y expresivo, su alma se retrataba en su semblante. Sus brillantes éxitos, su carácter abierto y expansivo, aún en las conversaciones más íntimas, eran la causa de que fuese bien visto en la sociedad. Hasta entonces no había tenido tiempo de frecuentar los salones por estar absorto únicamente en sus estudios. Si alguna vez se hacía ver, en vez de tomar parte en las conversaciones, entreteníase en hojear los libros que encontraba sobre la mesa, contestando al mismo tiempo á las interpelaciones que le dirigían. Mas fuese cansancio de espíritu ó disminución de piedad, lo cierto es que se dejó arrastrar por los encantos y falsos halagos del mundo y acabó por gustar los frívolos entretenimientos de los mundanos.

Mas una vez cogido en el lazo, quiso salirse de él y para esto vióse obligado á tomar una resolución heroica. Afeitóse la cabeza como un monge y se encerró en casa durante seis semanas sin dar señales de vida. Nada más radical ni más eficaz para romper con una costumbre.

Fuerte contra sí mismo, no era menos intrépido cuando se trataba de hacer frente á algún enemigo;

entonces la energía degeneraba en audacia y algunas veces en violencia. Un joven oficial lo aprendió un día á costa suya. En una discusión con Gabriel llegó hasta provocar á éste á un desafío. Olvidando sus deberes de católico, García Moreno recogió el guante y determinaron qué día habían de batirse. Mas el oficial, fuese miedo ó prudencia, se lo contó al coronel, y este le dejó arrestado en el cuartel, pues las leyes prohíben el duelo bajo severísimas penas. En el día y hora señalados, Gabriel se dirigió al lugar convenido, pero no encontró allí á su adversario; creyó en un acto de cobardía y corrió inmediatamente al cuartel, y en presencia de los demás oficiales aplicó á su enemigo una tremenda bofetada. Aplaudieron todos aquel acto de violencia indigno de un cristiano. Porque si es bueno no temer á los hombres; también es locura no respetar las leyes de Dios.

Quería llegar á esa intrepidez que mira con la mayor sangre fría los peligros y hasta la misma muerte. Un día que se paseaba por el campo con un libro en la mano, encontróse con una enorme roca que formando bóveda garantía de los rayos del sol. Aprovechóse de aquel albergue para descansar algunos instantes, cuando notó que aquella inmensa mole suspendida sobre su cabeza, estaba casi enteramente arrancada de su base y podía derrumbarse aplastándole al caer. Movido como por un resorte saltó de aquella caverna; empero avergonzado enseguida por haber cedido al miedo, volvió

á sentarse bajo la terrible bóveda, quedándose allí más de una hora, con el fin de sujetar el instinto á la voluntad.

Otro acto de audacia fué la expedición que hizo con Sebastián Wyse para explorar el interior del volcán Pichincha. Después de haber hecho una ascensión de más de cuatro mil metros, bajaron al crater oriental cargados con toda clase de instrumentos, pasando luego al crater occidental hasta una profundidad de cuatrocientos quince metros. Pasaron allí algunos días expuestos á perecer, hasta que después de mil peripecias y llenos de heridas, llegaron á las nueve de la noche del cuarto día á la cima del volcán.

A pesar de todas sus distracciones científicas no había olvidado Gabriel su carrera de abogado, pues á los veintitres años habíase ya graduado de doctor, inscribiéndose en el colegio de abogados de Quito.

García Moreno comenzó á ejercer su cargo de jurisconsulto con gran brillantez, aunque jamás rehusó ayudar y defender á los pobres que reclamaban su apoyo, de tal manera que la mayor parte de sus clientes fueron los desheredados de este mundo; pues su virtud favorita fué siempre la caridad.

Exentas de ese charlatanismo, tan común en los abogados, sus defensas se distinguían por la claridad, concisión y firmeza en las conclusiones. Jamás consintió que le encargasen la defensa de una

mala causa ó simplemente sospechosa. Un día que el presidente quiso imponerle de oficio la defensa de un célebre asesino, negóse rotundamente diciendo: «Estad cierto, señor presidente, que me sería más fácil asesinar que defender á un asesino.»

Sin embargo, á pesar de su gran amor á la justicia y su delicadeza en la elección de las causas, llegó un día en el cual pecó por defecto de prudencia. Un proceso escabroso del cual García Moreno se encargó con alguna ligereza, hizole comprender la iniquidad de la legislación liberal.

Un eclesiástico indigno llegó á sorprender la buena fé del joven abogado hasta el punto de hacerse íntimo amigo suyo. Sucedió que el Arzobispo de Quito, instruido de la conducta de aquel sacerdote, le recogió las licencias. En lugar de pedir perdón, el desgraciado sacerdote protestó de su inocencia con tanto calor y con sinceridad tan aparente, que, creyéndole víctima de alguna falsa denuncia, García Moreno cubrióse con las leyes existentes para atacar la sentencia del prelado. Estaba tan confiado en la bondad de su causa, que durante un año entero, sostuvo el proceso con el fin de obligar al prelado á levantar el interdicto; mas cuando obtuvo la prueba irrecusable de la indignidad de su cliente, apresuróse á abandonar la causa de aquel desgraciado.

Permitió la divina Providencia que aquella triste aventura le obligase á hacer estudios serios acerca del derecho eclesiástico y sobre el virus revo-


lucionario de que están llenas las leyes modernas; y los acontecimientos á los cuales va á cooperar con el estudio de la historia serán los dos grandes instrumentos de Dios para completar su conversión.

Hablemos algo de su vida íntima antes de entrar en la arena política. Hacía ya mucho tiempo que su gran inteligencia, su conducta admirable y el brillante porvenir que ante él se presentaba, habían hecho olvidar su humilde situación de fortuna. Sus amigos le decían que podía aspirar á honrosa alianza con las familias más distinguidas de Quito. Con efecto, al principiar el año de 1846 contrajo matrimonio con la señorita Doña Rosa Ascasubi, noble joven, cuyos ascendientes habíanse mezclado en las luchas de la Independencia. Además de los bienes de fortuna, Doña Rosa llevaba al matrimonio conformidad perfecta de ideas con el hombre cuyos destinos iba á compartir.

En esta época tenía ya García Moreno el presentimiento de sus futuros destinos; por eso, cuando sus amigos le apremiaban para que escribiese la historia del Ecuador, contestábales: «Mejor es hacerla.» En efecto, su historia se confundirá, desde hoy, con la de su país.

CAPÍTULO IV

Caida de Flores y elección de Roca, de quien García Moreno se declara partidario.—Sus ataques contra Flores.—Caida de Roca y elección de Ascasubi.—Caida de Ascasubi y elección de Noboa.—Sale García Moreno del Ecuador con rumbo á Europa.—De vuelta á América encuentra en Panamá á los jesuitas expulsados de Colombia y llévalos consigo al Ecuador.—Obtiene de Noboa el permiso para instalarlos en el Ecuador.—Rabia de los masones contra García Moreno y los jesuitas.—Defiende García Moreno á la Compañía.

 la caída del general Flores de la presidencia de la república, motivada por la revolución del 6 de Marzo de 1846, los diputados ecuatorianos ocupábanse con ardor en la elección de un nuevo presidente. Como generalmente sucede en semejantes casos, dividiéronse los ánimos cuando se trató de elegir á uno de los candidatos que se hallaban en presencia. Eran estos el comerciante Roca y el poeta Olmedo. García Moreno, como todos los jóvenes literatos de aquella época, tomó el partido de Olmedo, y con este motivo, fundó en Quito un periódico satírico, *El Zurriago*, verdadero látigo de Juvenal que Gabriel hacía crugir sobre las espaldas de los partidarios de Roca.

Cuando algunos meses después de la caída de Flores se dijo que este personaje había venido á España para reclamar el auxilio del gobierno de Doña Isabel II, y que este mismo gobierno había abierto un crédito de diez millones para armar una flota que tuviese por objeto desembarcar en Guayaquil, y conquistar para España la república del Ecuador, García Moreno sintió despertarse en su corazón el amor á su patria y á la independencia y fundó otro periódico con el título de *El Vengador*, en el cual trataba al general Flores de infame traidor que había vendido la patria al gobierno español. Finalmente, García Moreno resucitó su antiguo periódico satírico, pero cambiándole el nombre de *Zurriago* en el de *El Diablo*, destinado también á combatir al presidente de la república.

Sin embargo, los poderes de Roca terminaron en Octubre de 1849, y á pesar de las intrigas de un aventurero llamado Urbina, el Congreso puso las riendas del gobierno en manos del vice-presidente Manuel Ascasubi, hombre íntegro y honradísimo y cuñado de García Moreno. Este desenlace tan imprevisto no le gustó á Urbina, y el 20 de Febrero de 1850, pronunció á la guarnición de Guayaquil contra Manuel Ascasubi y proclamó jefe supremo á Noboa, anciano sin energía; empero el verdadero presidente era Urbina.

García Moreno no se encontraba en el Ecuador cuando tuvo lugar el pronunciamiento contra su cuñado. Cansado de las luchas políticas, abandonó

á Quito al finalizar el año 1849 y se embarcó con rumbo á Europa. En Guayaquil se apercibió ya de la fermentación de los espíritus, presintiendo una revolución próxima. Seis meses estuvo en Europa, recorriendo Inglaterra, Francia y Alemania, estudiando el estado político de estos países, casi tan revolucionarios como América. Finalmente, terminada su misión, dióse de nuevo á la vela, cada vez más convencido que Jesucristo es el único salvador de los pueblos y que un Estado sin religión hállese destinado, sin remedio, al sable de un César ó al puñal de los anarquistas.

De vuelta á Panamá, García Moreno hizo un hallazgo, y á pesar de sus buenas resoluciones, fué causa de que comenzase de nuevo la lucha. En el momento de embarcarse para Guayaquil vió algunos religiosos tristemente agrupados y cerca de ellos un buque que se disponía á salir para Inglaterra. Eran estos los religiosos de la Compañía de Jesús que el gobierno masón de Nueva Granada acababa de expulsar, sin más razón que su odio á la Iglesia Católica, de la cual los jesuitas son los más ardientes defensores.

Iban las víctimas á buscar un suelo más hospitalario, cuando García Moreno se presentó al superior para hacerle una proposición tan sencilla como inesperada. Díjole que hacía ya mucho tiempo deseaban las familias católicas del Ecuador confiar á los padres de la Compañía la educación de sus hijos; y puesto que encontraba allí el personal

necesario para la fundación de un colegio, ofreciales un refugio en Quito.

Acostumbrados á seguir el precepto del Maestro: «Si os echan de una ciudad, marchaos á otra», los jesuitas mostráronse dispuestos á embarcarse para el Ecuador bajo la protección de García Moreno. Como no estaba muy seguro de la benevolencia de las autoridades, cuando llegaron á Guayaquil, Gabriel saltó el primero á tierra y corrió, sin perder un minuto, á casa del presidente Noboa. Hablóle con tanto calor del buen hallazgo que había hecho y del bien que los religiosos podían hacer en el Ecuador, que el presidente concedió gustoso la autorización para que los jesuitas se estableciesen en Quito.

A partir de este momento, la cuestión de los jesuitas estuvo á la orden del día y apasionó todos los ánimos. El Congreso discutió largamente el asunto, hasta que obligados á ceder á la presión popular, los diputados reintegraron á los jesuitas en posesión de sus antiguos bienes. Devolvieron á la Compañía la iglesia que les había pertenecido antes de la supresión, ítem más, un magnífico convento y la casa de la Moneda para establecer en ella un colegio. El día de su reinstalación en la iglesia de Jesús, después de un destierro de ochenta y tres años, fué para los padres un día de verdadero triunfo. Todo era vivas y plácemes en la ciudad de Quito, y las gentes del pueblo agolpábanse para ver pasar á los hijos de San Ignacio.

García Moreno había triunfado; pero los hermanos masones, llenos de diabólica rabia, encargáronse de hacerle ver, una vez más, que ellos se inspiran, no en la voluntad del pueblo, y sí en su odio á la Iglesia y á sus instituciones. Inmediatamente imaginaron un plan muy sencillo: consistía en echar abajo á Noboa y arrojar brutalmente del Ecuador á los jesuitas.

En seguida comenzaron las amenazas y las calumnias tantas veces repetidas desde hace más de un siglo. El agente diplomático de Nueva Granada se olvidó hasta publicar contra la Compañía, un folleto, especie de libelo difamatorio lleno de estúpidas calumnias. García Moreno, que había sido el introductor de los padres en el Ecuador, cogió su pluma y opuso al libelo del joven diplomático su *Defensa de los Jesuitas* (1).

Para que mis lectores vean con cuánto calor defendió á los padres de la Compañía el futuro restaurador de la tesis católica, citaremos aquí un párrafo de su famosa *Defensa*:

«Por lo que toca á nosotros, sabemos muy bien que la guerra está declarada no á los jesuitas y sí al sacerdocio y á la fé católica. Llegarán á proscribir á los jesuitas, luego al clero secular, y finalmente á todos los hijos de la Iglesia. Así se ahondará el abismo donde se ahogará Nueva Granada, el Ecuador, y todas las repúblicas católicas, si

(1) Opúsculo de 60 páginas en 8.º. Quito, 1851.

llevamos la cobardía hasta someternos á las infernales exigencias de la cuadrilla roja. Pero no, no será así; la fé de nuestros padres no cesará jamás de alumbrar á nuestro Ecuador. Para defenderla no mostrará el sacerdote apatía y el pueblo no se dormirá con silenciosa resignación. Iremos al combate guiados por la eterna Providencia. Si hemos de pasar como los hebreos al través de las olas del mar Rojo, Dios abrirá camino á su pueblo escogido, y entonces entonaremos en la otra orilla el cántico del triunfo y del rescate.»

Este escrito impuso silencio al diplomático imberbe de Nueva Granada y aterró á los enemigos de los jesuitas.

CAPÍTULO V

Corre la voz del nuevo desembarco de Flores.—Los masones toman de aquí pretexto para atacar á los jesuitas.—Urbina derriba á Noboa con infamias y engaños.—Expulsa Urbina á los jesuitas.—Sentimiento del pueblo ante semejante iniquidad.—Conjuran á García Moreno se oponga á la expulsión.—Defensa de los jesuitas en el periódico *La Nación*.—Expulsa Urbina del Ecuador á García Moreno.—Huye de la cárcel de Pasto y vuelve á Quito para derribar al tirano.—Friaaldad de sus compatriotas.—Embárcase para el Perú.—Es nombrado Senador por Guayaquil.—Viene á Quito y Robles le pone preso.—Su destierro á Payta y salida para Paris.

En los primeros meses del año 1851, y cuando el pueblo hallábase aún bajo la impresión de los acontecimientos que acabamos de narrar, corrió por todo el Ecuador la noticia que el general Flores había desembarcado en Guayaquil con una nueva expedición de filibusteros armados y equipados por la república del Perú. Los radicales, con Urbina á la cabeza, aprovecharon de esta coyuntura para acusar al presidente Noboa de *floreano* disfrazado: diciendo además que la llegada de los jesuitas al Ecuador no tenía otro objeto que allanar el camino al tirano.

Semejante absurdo fué suficiente para que la plebe gritase traición. Urbina creyó llegado el

momento de pescar en río revuelto. Escribió á Noboa una carta llena de hipocresía en la cual aconsejaba al presidente viniese á Guayaquil; pues su presencia contribuiría en gran manera á apaciguar los ánimos. El bueno de D. Diego creyó al infame revolucionario é inmediatamente se puso en camino con toda la pompa que convenía al jefe del Estado.

Urbina hizo brillantes preparativos para recibir al presidente, y entretanto mandaba á los generales Villamil, Robles y Franco que fuesen á los cuarteles para sublevar las tropas contra Noboa, el esclavo de los jesuitas. Sin embargo, el anciano Noboa acercábase á Guayaquil: un vapor engalanado esperábase en Bobahoyo y una guardia de honor le recibió con entusiastas demostraciones: empero al acercarse al muelle, el buque que conducía al presidente cambió de rumbo dirigiéndose hacia un barco de vela que parecía esperarle. Antes que Noboa despertase de su asombro, el capitán de la guardia de honor púsole la mano sobre el hombro diciendo: «Presidente, daos preso».—¿Y en virtud de qué orden? exclamó el anciano estupefacto.—En virtud de la orden que me ha dado el general Urbina, hoy presidente de la república. Noboa fué trasportado al barco de vela, errando por alta mar durante algunos meses, sin que nadie supiese su paradero. Finalmente, cuando Urbina se creyó seguro en la presidencia, mandó que desembarcasen al ex-presidente en las costas del Perú.

Como es natural, el presidente Urbina persiguió con encarnizamiento á los pobres jesuitas para granjearse los buenos oficios y la amistad de Nueva-Granada. Obtuvo de la Convención un decreto de expulsión, no obstante los millares de firmas de habitantes del Ecuador que pedían la conservación de los padres.

Una vez publicado el decreto, el pueblo se obstinó en creer que García Moreno podía impedir su ejecución; y una tarde que volvía á su domicilio apoyado en un bastón por tener una pierna herida, se vió rodeado por multitud de gente que le suplicaba hiciese algo en favor de las víctimas; pero Urbina, que temía las manifestaciones populares, dió orden para que inmediatamente se expulsase á los jesuitas, conduciéndoles por caminos desiertos al pequeño puerto de Naranjal.

Sin embargo, hubo un hombre que no podía resignarse á contemplar con frialdad el asesinato de una nación. «Incapaz de quedarse indiferente entre la víctima y el verdugo», García Moreno no podía tampoco guardar silencio. Sabía de memoria todas las razones de los prudentes; empero creía que era necesario turbar el reposo de los malos gritando á la conciencia pública: y que al fin, cuando los pueblos se acostumbran al yugo acaban por dormirse en el materialismo más abyecto.

En medio de un pueblo aterrorizado y cuando la prensa estaba amordazada, no vaciló en sacar á

la pública vergüenza las infamias del presidente Urbina.

Inmediatamente lanzó contra el dictador una oda terrible y enseguida comenzó á publicar un periódico semanal titulado *La Nación*, desplegando á todos los vientos la bandera de la civilización católica.

Urbina comprendió que *La Nación* acabaría con su gobierno, é inmediatamente mandó decir á García Moreno que si osaba lanzar el segundo número del periódico sería inmediatamente deportado y fusilado en algún desfiladero.

Nuestro héroe contestó al ayudante que le había entregado el oficio: «Decid á vuestro amo que á los poderosos motivos que tengo para continuar el periódico, se añade ahora el de no deshonrarme cediendo á sus amenazas».

La Nación publicó su segundo número en la mañana del 15 de Marzo de 1856 y dos horas más tarde firmaba Urbina el arresto de García Moreno.

Advertido éste que la policía tenía orden de hacerle prisionero, salió de su casa acompañado de dos amigos suyos también tildados por el presidente. Dirigiéronse los tres á la plaza pública para que los esbirros les prendiesen delante de todo el pueblo.

En efecto, pronto llegó la fuerza armada y los tres prisioneros montaron á caballo sin oponer resistencia; y saludando á los amigos salieron de

Quito sin que el pueblo exasperado con aquella nueva infamia supiese dónde les llevaban.

El hombre verdaderamente heroico es aquel que en la adversidad como en la gloria sigue el camino que Dios le traza sin pararse en los sacrificios ni en los peligros que puedan oponerse á su paso. Este caracter caballeresco era tan natural en García Moreno, que al seguir á los esbirros por el camino del destierro pensaba menos en su infortunio que en los medios que había de tomar para libertar á su patria. Sin embargo, al mismo tiempo que soñaba con nuevas luchas, apercibióse que la odisea parecía ser algo aventurada. La caravana se dirigía hacia Nueva-Granada: sin duda quería Urbina entregar los tres deportados á sus buenos amigos los masones nuevo-granadinos? En pocos días llegaron á Pasto, primer pueblo del territorio granadino, en donde fueron puestos en la cárcel de orden del gobernador,

Todo se podía temer de aquellas fieras; por eso García Moreno, que creía menos peligroso tentar una invasión que quedarse en poder de aquellos hombres, aprovechó el momento en que la guardia no le observaba para escaparse del calabozo, atravesar el pueblo á favor de las tinieblas y lanzarse al campo. Algunos días después entró disfrazado en Quito para combinar con sus amigos un nuevo plan de ataque; pero vió que las clases tituladas conservadoras no habían sufrido todavía lo bastante para rebelarse contra el autócrata.

Tomó entonces el camino de Guayaquil, queriendo ver antes de expatriarse si encontraría eco entre aquellas gentes de temperamento más ardiente, pero encontróles tan apáticos como los de Quito. Creyendo entonces inútil prolongar su estancia en medio de sus enemigos, embarcóse en un buque extranjero que se dirigía al Perú.

Sin embargo, sus sacrificios no fueron estériles, pues apenas había puesto el pie en la tierra extranjera, cuando supo que la ciudad de Guayaquil le había nombrado senador. Esto era una protesta contra la odiosa tiranía del presidente y hasta una invalidación indirecta del decreto de destierro.

Usando de su derecho, García Moreno no faltaría al Congreso para tener ocasión de descubrir todas las torpezas del dictador, por eso era preciso impedir que enemigo tan terrible se sentase en los escaños del Senado. García Moreno sabía muy bien que luego que se presentase en el Congreso le habrían de echar mano; pero quería que el déspota multiplicase los actos brutales y arbitrarios para que de esa manera pudiese sentarle en el banquillo de la opinión. Presentóse, pues, á la apertura de las Cámaras para tomar posesión de su cargo, y el gobernador de Guayaquil, el borracho Robles, ejecutó puntualmente la consigna que le había dado su amo. Cogieron los agentes al senador y le metieron en un buque de guerra que le dejó en las costas del Perú, en el pequeño puerto de Payta.

Esta audaz violación de los derechos de García

Moreno marcaba al pueblo del Ecuador el grado de servidumbre en que se hallaba. El Congreso, verdadera reunión de esclavos, apenas se ocupó de semejante abuso, y *La Democracia*, órgano del ministro Espinel, declaró que era un escándalo confiar un acta de senador á un ecuatoriano expulsado del territorio de la república.

García Moreno se resignó á habitar con sus compañeros de destierro el pueblecillo marítimo de Payta en los confines del Ecuador. Esta playa desierta y arenosa, sin señal ninguna de vegetación, convenía á un proscrito de su temple y de su carácter. Trabajador tenaz, su mayor felicidad consistía, en aislarse del mundo, para encerrarse en un gabinete de estudio en medio de los libros.

Una vez en la soledad, la pasión del saber vino á atormentar su inteligencia, cuando los periódicos del Ecuador le anunciaron que Urbina, no contento con haberle desterrado, quería todavía deshonrarle.

Esta nueva cobardía no le extrañó; pues conocía muy bien á Urbina y su gente. Inmediatamente publicó un folleto fechado en 17 de Noviembre de 1853 con el título *La verdad á mis calumniadores*. García Moreno ponía de oro y azul á Urbina y á su ministro Espinel, y se defendía contra las acusaciones de aquella gentuza.

Cansado de vivir en el pueblecito de Payta, en

donde no le era posible ocuparse en sus estudios científicos, dijo adiós á sus compañeros, y embarcándose para Panamá, llegaba á París al cabo de un mes.

CAPÍTULO VI

Llega García Moreno á París poniéndose inmediatamente al trabajo estudiando el movimiento intelectual de Europa.—Incidente que le recuerda sus deberes religiosos algún tanto olvidados.—Iniciase en el derecho cristiano.—Bien que hizo en él la lectura de Rohrbacher.—El destierro engrandece á García Moreno.—Elegio que hace de él Luis Veuillot.

PARÍS es para los extranjeros, ya sean europeos, asiáticos, americanos, literatos ó políticos, desterrados ó excursionistas, príncipes jóvenes ó emperadores maduros, la ciudad por excelencia de los placeres y del *dolce farniente*. París es la Babilonia de los tiempos modernos: dentro de sus muros encuéntranse pocos judíos que lloren á Jerusalen, quiero decir, la patria ausente.

García Moreno no se dejó fascinar por los encantos de París; al contrario, la capital de Francia fué para él el lugar en donde los nobles gérmenes que Dios había depositado en su corazón tuvieron completo desarrollo. Inmediatamente volvió á la vida de estudiante y sin otros compañeros que sus libros. Encerrado en un modesto cuarto de la ca-

lle de la *Vieille Comédie*, levantábase todas las mañanas muy temprano y trabajaba durante todo el día. Para descansar poníase al corriente del movimiento político, literario, industrial y militar de Francia. Su piedad, antes tan ferviente, habíase enfriado algún tanto, mas un incidente muy singular vino á dar á aquella alma el ramalazo de que tenía necesidad.

Paseábase un día por el jardín del Luxemburgo con algunos compatriotas, también desterrados como él, pero de ideas religiosas muy diferentes de las suyas. La conversación versó acerca de un desdichado que, obstinándose en su impiedad, habíase negado á recibir los sacramentos á la hora de la muerte. Algunos encontraron semejante conducta irreprochable; García Moreno sostenía, por el contrario, que si la irreligión se explica durante la vida, á causa de la ligereza humana y de los negocios que todo lo absorben, en la muerte es una verdadera monstruosidad. Entonces uno de los interlocutores respondió con cierta sorna: amigo hablas como un libro, pero me parece que esa religión tan bella la olvidas tú también en la práctica. ¿Cuánto tiempo hace que no te has confesado?

Esta observación cortó la respiración al polemista. Desconcertado, bajó la cabeza un instante, y luego mirando de hito en hito á su contradictor: —«Hasme contestado con un argumento personal que puede parecerte excelente ahora; empero mañana te aseguro que no valdrá nada.»

Y en seguida abandonó bruscamente el paseo. Una vez en su cuarto, meditó largo rato sobre los años que habían pasado desde que lleno de fervor consagróse á Dios á los pies del Obispo de Guayaquil; y agobiado por el dolor, cayó de rodillas en su cuarto, y después de haber orado largo rato, se levantó para ir á confesarse aquella misma tarde. Al día siguiente recibía la sagrada comunión, dando gracias á Dios por haberle avergonzado de su negligencia y tibieza.

A partir de aquel día comenzó de nuevo sus hábitos de piedad para no volverles á abandonar jamás. Veíasele casi todos los días en San Sulpicio, en donde oía misa antes de ponerse al trabajo. Rezaba todas las tardes el santo rosario, devoción que había heredado de sus piadosos padres.

También se le veía á menudo en la capilla de Misiones Extranjeras, á donde iba para pedir á los mártires el heroísmo que no retrocede nunca ni aún en presencia de la muerte, cuando se trata de cumplir con un deber. A las ciencias humanas unió la ciencia de Dios que las domina para hacer de ellas los instrumentos de la verdadera civilización.

Con la ciencia y la piedad encontró García Moreno en la capital de Francia el complemento de su educación política.

García Moreno conocía muy bien á los hombres para ignorar la inmensa influencia que puede ejercer una personalidad poderosa en los destinos

de un pueblo, y de aquí sacaba esta consecuencia: que con el auxilio de Dios un hombre prudente y fuerte puede salvar á una nación.

¿Empero de qué sirve sacar una nación de las garras del Moloch democrático si se le entrega á la voracidad del Moloch cesarista? El verdadero libertador es aquel que devuelve á un país la verdadera libertad haciendo que doble la rodilla ante el Rey de reyes, Cristo Jesús. Más dichoso que Napoleón III, que sustituyó la tiranía imperial á la tiranía republicana, García Moreno tuvo en aquellos días la suerte de iniciarse en el derecho cristiano.

Ya conocen mis lectores la enseñanza universitaria de Quito acerca de las relaciones entre la Iglesia y el Estado: unión de los dos poderes; pero con la condición de que la Iglesia aceptase la supremacía del Estado. Ya hemos dicho cómo García Moreno vióse obligado á estudiar el derecho cristiano, con motivo de un escandaloso proceso. Desgraciadamente el mundo actual desconoce las primeras nociones del derecho católico y de la historia eclesiástica. Los historiadores liberales y galicanos habían disfigurado la historia para mayor gloria de la omnipotencia real; empero Dios nuestro señor suscitó en la primera mitad de este siglo un verdadero misionero de los derechos de la Iglesia y del Papado. Este misionero fué el abate Rohrbacher el autor de la gigantesca historia titulada: *Histoire universelle de l'Eglise Catholique*.

En esta obra admirable la Iglesia católica aparece como la reina del mundo á quien han de obedecer los reyes y los pueblos; ella es la cabeza del gran cuerpo social, y el Estado debe ser el brazo que la defiende contra sus enemigos.

«Cuando García Moreno leyó la historia del abate Rohrbacher, vió levantarse delante de sus ojos como una aparición celeste, ante la cual se desvanecieron todos los derechos revolucionarios. Entonces comprendió que el pueblo de Jesucristo tiene derecho á ser gobernado cristianamente.

García Moreno amaba en el nuevo historiador de la Iglesia lo que algunos espíritus superficiales le han reprochado, esa mezcla de la teología con la historia.

El destierro engrandeció y maduró al mismo tiempo á García Moreno. Bastante fuerte para luchar con la revolución, y suficientemente humilde para doblar la rodilla delante de Jesucristo, era de raza de verdaderos libertadores, y Dios podía abrirle ya las puertas de su patria. Antes de verle en lucha con sus enemigos, permítasenos copiar algunas líneas del defensor más valiente de los derechos de la Iglesia en nuestro siglo: «En la tierra extranjera, solo, desconocido, pero sostenido por la fé y por su gran corazón, García Moreno educóse él mismo para reinar, si tal era la voluntad de Dios. Aprendió lo que debía saber para gobernar á un pueblo en otros tiempos cristiano; pero que se había vuelto salvaje y no podía ser traído á la ci-

vilización de la cruz, á no ser con un freno bordado en las bujerías de Europa. Por eso quiso ser sabio. Paris, á donde le llevó la Providencia, era el taller que convenía á este aprendiz. Paris, cristiano y al mismo tiempo bárbaro y salvaje, ofrece el espectáculo de los dos elementos. Hay escuelas de sacerdotes y mártires, y una gran fábrica de antecristos, de ídolos y de verdugos..... El sabía dónde estaban la verdadera gloria, la fuerza verdadera y los verdaderos obreros de Dios...» (1).

(1) Luis Veillot, *Univers* del 27 de Septiembre de 1875.

CAPÍTULO VII

Triste estado del Ecuador durante la presidencia de Urbina.—Guerra á la Iglesia.—Destituye al Obispo de Guayaquil.—Convierte los conventos en cuarteles.—Pone en los seminarios rectores hechos á su imagen y semejanza.—Es calumniado el clero secular.—Lamentable estado de la instrucción pública.—Terrible tiranía ejercida por Urbina.—Destierro de los redactores del *Expectador*.—Caída de Urbina y subida de Robles á la presidencia.—Permite éste que García Moreno vuelva á su patria.—Es nombrado alcalde de Quito y rector de la Universidad.—Reformas que introduce en la instrucción pública.—Funda *La Unión Nacional* y vence en las elecciones al gobierno de Robles.

MIENTRAS que García Moreno se preparaba en el destierro para representar el papel de regenerador, su patria descendía rápidamente al abismo. No pudiendo el presidente Urbina reinar por la fuerza, trabajaba en la degradación del pueblo con el fin de ahogar en el universal naufragio de las conciencias toda idea de reivindicación. Para tener una idea de los graves acontecimientos que tuvieron lugar durante la presidencia de Urbina, bueno será trazar el cuadro de esta inteligente cuanto execrable tiranía.

Como la Iglesia es la primera fuerza vital de un pueblo, Urbina vió en ella á la gran enemiga. No

se atrevió á desterrar á los Obispos, como había expulsado á los jesuitas, pero en cambio esperaba que, usando á su antojo de los titulados derechos del patronato, llegaría á corromperles ó á dominarles. El primer golpe fué dirigido contra el Obispo de Guayaquil, á quien destituyó con ánimo de reemplazarle con una de sus criaturas. Mas, como era natural, el intruso no obtuvo las bulas de la Santa Sede, pero se vengó destituyendo á su agente de negocios en Roma, señor marqués de Lorenzana, con el pueril pretexto de que un marqués no podía representar dignamente á la república.

Entonces comenzó una larga serie de atentados contra el clero secular y regular, con el propósito evidente de desmoralizarlo. Convirtió los conventos en cuarteles, y no era posible protestar contra semejante tiranía, porque la ley del patronato investía á Urbina del derecho de *Regium exequatur* en la elección de superiores provinciales y locales, y usaba de él contra los religiosos que querían contrariar su obra de corrupción sistemática. De esta manera cayeron pronto las órdenes religiosas en un estado de irremediable decadencia.

El clero secular sufría la misma persecución. Urbina se apoderó de los seminarios poniendo en ellos rectores á su imagen y semejanza, sin tener en cuenta ni la ciencia ni la virtud. El clero parroquial fué víctima de los periódicos liberales, que no cesaban de calumniar y publicar esos pretendidos abusos y escándalos de los curas, desnatura-

lizando los actos más inocentes con la más cínica audacia.

Tampoco la instrucción pública halló gracia ante este Erostrato. Los colegios fueron transformados en cuarteles y las escuelas de primeras letras completamente abandonadas. De semejante estado de cosas se siguió la ruina absoluta de los estudios, en una palabra, el embrutecimiento general.

A partir de aquel momento, el autócrata gobernó el Ecuador como país de negros ó de ilotas, y mientras que las provincias del interior gemían bajo su yugo de hierro, sus dos sátrapas, Robles y Franco, llenaban de terror el litoral. Quien quiera que osara levantar la voz contra la tiranía del presidente era sin misericordia desterrado al Perú, á Nueva Granada y hasta las salvajes llanuras del Napo. No perdonaba ni sexo ni edad, y lo mismo las señoras que los niños eran desterrados ó puestos en la cárcel por razones políticas.

En cuanto á los periódicos, no tenían éstos otra misión que incensar al amo que les pagaba. Sin embargo, cuando Urbina estaba ya para terminar su presidencial carrera, algunos animosos ciudadanos crearon en Quito un periódico, *El Expectador*, con el fin de reivindicar los derechos de «la religión y de la patria». «No queremos, decían los redactores, ni despotismo que encadene el pensamiento, ni demagogia que lo corrompa. Aborrecemos igualmente la cimitarra de los tiranos y el

puñal de los revolucionarios. Católicos y patriotas, queremos la religión, porque ella ha roto las cadenas de la esclavitud y levantado á los desgraciados, aplastados por el pie de los déspotas. Esta religión defenderemos hasta el último suspiro.»

Los redactores de *El Expectador* no tuvieron que esperar mucho tiempo el último suspiro; inmediatamente fueron deportados á los desiertos del Napo para morir allí de muerte lenta pero segura.

Aquella razzia de católicos en el momento de la elección presidencial fué un golpe de mano maestra. Decapitado el partido por la pérdida de sus jefes, muerto su órgano en la prensa, y aterrorizados los electores, era preciso renunciar, no solamente al triunfo, sino que también á la lucha.

Por fin llegó el día de la caída de Urbina; empero vino á reemplazarle otro radical tan malo ó peor que él; los radicales nombraron jefe del Estado al general Robles, sin otro consuelo para los que gemían en el destierro que ver en los decretos de proscripción la firma de Robles en lugar de la de Urbina.

Al terminar el año de 1856, y valiéndose de una deliberación del Congreso sobre una proposición de amnistía, los amigos de García Moreno pidieron al presidente Robles un salvo-conduto para que el gran ciudadano volviese á la madre patria. Robles lo concedió sin dificultad, y el desterrado entró en su pueblo con todo el prestigio de un ca-

ballero que ha sufrido persecución por la causa santa de la religión y de la patria.

Apenas había llegado, cuando la municipalidad de Quito le nombró alcalde, y algunos meses más tarde los doctores de la Universidad nombraronle rector, como el más digno de ocupar un puesto tan eminente como difícil. Era preciso levantar la enseñanza del desprecio en que había caído durante la administración precedente y operar reformas radicales que el gobierno de Robles no aceptaría. Sin embargo, García Moreno puso manos á la obra, esperando tiempos más bonancibles. Estimuló al trabajo á profesores y alumnos, concediendo los grados, no ya á las recomendaciones y al dinero, y sí al saber. Esta medida obligó á los estudiantes á asistir á las aulas, á pesar de la libertad que les concedía la ley de estudios.

La facultad de Ciencias, que solo existía de nombre, fué reorganizada por García Moreno, dotando á la Universidad de un magnífico gabinete de química que había comprado en París para su uso personal, encargándose él mismo de enseñar esta ciencia.

Sin embargo, la ciencia no le había hecho olvidar el rescate de su patria. Por eso cuando tuvieron lugar las elecciones del mes de Mayo de 1857, resolvió entrar en el Senado con algunos amigos políticos y enarbolar la bandera de la oposición frente á los aduladores del poder de Robles.

Para presentar su candidatura era preciso crear

un periódico, arma peligrosa que podía abrirle de nuevo el camino del destierro. Esta consideración no le arredró, y cuatro meses después de su vuelta de Francia aparecía en Quito el primer número de *La Unión Nacional*. El nuevo periódico combatió con denuedo á Robles, reuniendo al mismo tiempo á todos los descontentos en un solo haz.

Todos se aprestaron á la lucha, y al cabo de tres meses de preparativos llegó el día de la gran batalla. El gobierno hizo esfuerzos inauditos contra los católicos, apostando los batallones en los colegios electorales, y haciendo numerosas víctimas las cargas que dieron los soldados contra los pacíficos habitantes.

No obstante, á pesar de aquellas tiránicas ilegalidades, el gobierno fué derrotado por García Moreno.

Urbina comprendió que esta derrota era un golpe terrible asestado á su despotismo; pues en adelante las Cámaras tendrían que contar con la oposición, y además con un pueblo avergonzado de haber arrastrado tanto tiempo ignominiosa cadena. El 15 de Septiembre de 1857 hizo García Moreno su entrada en el Congreso, rodeado de sus colegas de oposición, con aplauso de todo el pueblo.

CAPÍTULO VIII

Discurso de Robles en la apertura del Congreso.—Ataca García Moreno al gobierno acerca de la instrucción pública.—Presenta una ley orgánica y es rechazada.—Admitenle un artículo contra los masones.—La cuestión de fronteras con el Perú.—Injusticias de Robles y Urbina.—Véngase de los patriotas haciendo á Guayaquil capital del Ecuador.—Prision de los consejeros municipales y fusilamiento de Valencia.—Valentía de García Moreno y terribles terremotos en Quito.—Pronunciamiento de Maldonado.—Muere el comandante Darquea asesinado por el presidente Robles.—Nuevo gobierno provisional.—Fundación del periódico *El Primero de Mayo*.—Pónese García Moreno al frente de algunas compañías y es derrotado por Urbina.—Bondad del corazón de García Moreno.—Constancia de García Moreno.—Habla en Payta al presidente del Perú.—Restablecimiento del gobierno provisional.

ABRÍOSE el Congreso en el día prefijado, y Robles dirigió á los diputados el famoso discurso de cajón, ó de la corona como le llaman en los países monárquico-constitucionales: «Durante el primer año de la nueva administración, la República había seguido su tranquila marcha, normal, constitucional y progresiva en el interior, armoniosa y cordial con las naciones extranjeras.»

García Moreno esperaba turbar un poco esta dulce quietud. Sin hacer una oposición sistemática, había resuelto atacar al ministerio siempre que lo pidiesen los derechos de la Iglesia y del pueblo. En semejante caso, la paz le hubiera parecido cobardía y el silencio complicidad.

La cuestión de instrucción pública era también una de las preocupaciones de García Moreno, la libertad de enseñanza revolucionaria había acabado con los colegios y con los estudiantes serios. García Moreno presentó á las Cámaras una ley orgánica acerca de la enseñanza; empero fué rechazada con el pretexto de la penuria del tesoro, y que antes de pensar en los estudiantes era preciso dar pan á empleados y militares.

Nuestro héroe fué más favorecido en otra discusión acerca de las logias masónicas que se habían establecido subrepticamente en Guayaquil. García Moreno pidió la abolición de la masonería en nombre de la religión que las anatematiza y de la sociedad cuyos fundamentos minan estas satánicas instituciones. El Congreso decretó la disolución de las logias masónicas; pero sucedió con esta ley como todas las que salen de la iniciativa parlamentaria, en vez de ser aplicada quedó al estado de letra muerta.

A pesar de las enfáticas afirmaciones de Robles, las relaciones con las naciones extranjeras no eran ni «cordiales» «ni armoniosas». Hacía ya tiempo que una cuestión litigiosa relativa á las fronteras agitaba al Ecuador y al Perú. Con el fin de amortizar la deuda exterior, había el Ecuador cedido á sus acreedores ingleses y americanos algunos terrenos bastante considerables en la provincia oriental, terrenos incultos, bosques vírgenes, que los emigrantes colonizan en su provecho, conservando

el Estado el alto dominio. Reclamó el Perú contra esta enagenación de un territorio que decía era suyo, virtud de antiguas delimitaciones. En apoyo de estas reivindicaciones uníase una profunda antipatía á Urbina y á Robles.

Sucedía esto en Octubre de 1858, precisamente cuando el Congreso acababa de retirar á instancias del gobierno la ley contra las logias masónicas. Dios acaba siempre por tomar en su mano su causa y la de las naciones oprimidas. Los masones del Ecuador tuvieron ocasión de convencerse bien pronto de esta verdad.

Diputados y senadores habían seguido con atención las peripecias de esta larga negociación, que parecía no tener otro desenlace que una guerra con el Perú. Por eso cuando reclamó del Congreso poderes extraordinarios, los representantes, bajo la sola inspiración del patriotismo, dieron un decreto que autorizaba al gobierno á trasladarse á Ríobamba ó á Cuenca mientras durase el peligro, y además contraer un empréstito de tres millones de duros.

Urbina y Robles abusaron de los poderes que el Congreso les había conferido, ejerciendo sobre los honrados ecuatorianos sus más viles y bajas venganzas. El reclutamiento de los soldados se hizo de un modo arbitrario, y las contribuciones forzosas fueron tan injustas y desleales en el reparto, que fué preciso servirse de la tropa para hacer la recaudación. No parecía sino que el gobier-

no hacía los preparativos de guerra contra el Ecuador y no contra el Perú. Finalmente, la irritación llegó á su colmo cuando se supo que Robles y Urbina andaban en tratos con los Estados Unidos para venderle las islas de los Galápagos por una cantidad de tres millones de duros.

Al recibir tan grave noticia, el Congreso se reunió con el propósito de conjurar el nuevo peligro que amenazaba á la nación. García Moreno propuso se despojase al gobierno de los poderes facultativos de que tanto abusaba y que el Congreso tenía el deber en defender la constitución amenazada. El gobierno fingió la indignación ante semejante acusación y echó la culpa á los senadores.

García Moreno redujo á la nada la hipocresía del gobierno, y que si éste exigía hombres y dinero, era únicamente para continuar sus crímenes.

Después de dos días de deliberación, la ciudad entera participaba de la efervescencia que animaba á los senadores. Urbina quiso acabar de una vez. Mandó á una escuadra de Tauras que al día siguiente fuese al Congreso y arrastrase á García Moreno si se permitía nuevas invectivas contra él. Los habitantes de Quito supieron las intenciones de Urbina y suplicaron á García Moreno que no asistiese al Senado, pues se exponía á ser asesinado, y contestó que nunca retrocedería delante de aquellos criminales. En efecto, á la hora de costumbre se presentó en el antiguo convento de San Buenaventura, en donde celebraba el Senado sus

sesiones. A su llegada ya se vió rodeado de jóvenes entusiastas dispuestos á defenderle en caso d'ado.

García Moreno comenzó el debate con más animosidad que la víspera; juntó las brutalidades del gobierno, el desprecio de la ley y de la constitución. Señaló con el dedo á los sicarios, á los odiosos sicarios, y denunció con voz terrible el proyecto abominable de Urbina contra la representación nacional y la cobardía de aquellos soldados convertidos en verdugos. Al salir de la sala García Moreno fué rodeado de su amigos, colmándole de felicitaciones y llevándole en triunfo á su casa.

Los dos déspotas creyeron sería más fácil intimidar á la Cámara de diputados. Los esbirros de Urbina hacíanse ver todas las noches, puñal én mano, á la puerta de la morada de los diputados hostiles, como para significarles la suerte que les esperaba; empero nada pudo decidir á la mayoría para que abandonase la lucha.

Es imposible hacerse una idea de la exasperación de los ánimos después del golpe de Estado del gobierno contra el Congreso. Guiado por la religión y el patriotismo, el pueblo iba á salvarse á sí mismo ó perecer. En esta coyuntura, los representantes de la mayoría comprendieron toda la extensión del peligro y resolvieron no abdicar. Guiados por García Moreno, diputados y senadores redactaron una protesta contra la disolución del Congreso, sobre todo contra las maniobras de

las cuales se había servido el gobierno para anular la representación.

Entonces, como para cansar la paciencia del pueblo, el gobierno abandonó la capital para marcharse á Guayaquil. Era esto desafiar á la mayoría, que había concedido todos los poderes menos el de hacer de Guayaquil la capital del Ecuador, y era además abandonar las provincias del interior á una soldadesca desenfrenada y provocar la guerra civil. En nombre de la ciudad abandonada, y de los intereses comprometidos, el Consejo municipal de Quito protestó contra la ilegalidad de semejante medida. Estas enérgicas reclamaciones llegaron hasta el público, gracias á la heroica abnegación del impresor Valencia, que nó temió afrontar la cólera de los dos déspotas.

La cólera se convirtió bien pronto en delirio. De orden del gobierno, varios consejeros municipales fueron hechos prisioneros y deportados. El impresor Valencia, condenado al destierro, abandonó á Quito con buena escolta, acompañado de los doctores Herrera, Mestanza y otras víctimas de la tiranía, cuando estos desgraciados prisioneros se apercibieron que tenían que habérselas con asesinos y no con soldados. Una vez en la cima de Cunchibamba, quisieron escaparse; empero Valencia, montado en un mal caballo, fué cogido, atado á un árbol y fusilado, mientras que sus compañeros, mucho más dichosos que él, pudieron huir.

No hubo más que un grito de reprobación con-

tra tan cobarde y bárbaro atentado; García Moreno tomó la pluma para denunciar al país la bárbara prisión de tantas personas honradas; y hasta los mismos demócratas estigmatizaron el régimen de barbarie que se imponía en el Ecuador. García Moreno, después de haber estado en Guayaquil para conferenciar con sus amigos sobre los medios de salvar al país, el gobierno lanzó contra él un decreto de destierro, y apenas tuvo el tiempo necesario para refugiarse en el Perú.

Hasta el cielo parecía dar la señal de próximas catástrofes. El 22 de Marzo, un terrible terremoto, en menos de un minuto, amenazó echar abajo á la capital. Los templos y los palacios derruidos parecían el presagio de otros temblores más profundos en el orden moral y político. El 4 de Abril, la guarnición de Guayaquil, á las órdenes de Maldonado, se pronunció contra los dictadores. A las once de la noche el comandante Darquea, seguido de veinte hombres armados, se presentó en casa del presidente Robles, á quien encontró jugando al tresillo con su amigo Franco. Detúvose sin resistencia y le llevó al cuartel para encerrarle en un calabozo, cuando Franco, que había podido escapar, fué derecho á los soldados y con un revolver levantó la tapa de los sesos á Darquea. Durante todo este tiempo, y en lugar de apoyar el movimiento de sus subordinados, el general Maldonado estaba acampado en una altura con lo mejor de sus tropas. Al tener noticia de la muerte de Dar-

quea perdió su sangre fría y púsose á parlamentar con Robles. Las tropas amotinadas se volvieron á los cuarteles, excepto quinientos hombres que aprovecharon la ocasión para desertar.

Esta desgaciada derrota sirvió á los dictadores para ejercer nuevas venganzas contra los jefes de la oposición; empero no había terminado con el pronunciamiento de Guayaquil, cuando una insurrección popular echaba á bajo el gobierno en Quito. Como casi todo el ejército estaba en Guayaquil y en Cuenca, no quedaban en la capital más que algunos batallones de guardia nacional y un pelotón de caballería. Por eso el día 1.º de Mayo de 1859 una multitud de jóvenes armados con fusiles viejos, con lanzas y palos se echaron sobre el cuartel, el cual se rindió enseguida. Cuando el ministro Espinel acudió con algunos demócratas de su calaña, los soldados fraternizaban ya con los paisanos, y entonces parecióle prudente eclipsarse.

Pero era necesario reemplazar el gobierno caído con otro. Al efecto, los personajes más influyentes de la ciudad decidieron formar un gobierno provisional compuesto de tres miembros; García Moreno fué el primer elegido, los otros dos fueron Carrión y Gomez de la Torre.

Al mismo tiempo que los patriotas se felicitaban del feliz pronunciamiento, comprendían que era más fácil sublevar al pueblo que defenderle contra los aguerridos batallones de Robles y Urbina. Era, pues, preciso prepararse á una lucha terrible

y el único hombre que podía ponerse al frente de aquel movimiento era García Moreno, desterrado entonces en el Perú. El gobierno provisional le mandó un propio, anunciándole que el pueblo le esperaba con ansia. El valiente patricio salió inmediatamente del Perú, llegando á Quito después de haber pasado por grandísimos peligros.

Sin tomar ningún reposo, García Moreno quiso darse cuenta de la situación. Para mantener en el pueblo el fuego sagrado del patriotismo, fundó un periódico con el título de *El Primero de Mayo*. Algunos días después de la fundación del periódico, García Moreno dejaba la pluma para tomar la espada. Sin ser soldado de profesión, conocía perfectamente la noble institución de las armas; pues había estudiado las obras más notables del arte militar. El nuevo ejército componíase de unos ochocientos hombres reunidos apresuradamente, muy mal armados y sin ningún ejercicio. García Moreno se puso al frente de semejante tropa, y después de haber recogido la contribución voluntaria de sus compatriotas, salió para Santiago, pueblo de los alrededores de Guaranda, en donde los soldados, impacientes por batirse, le acogieron con transportes de júbilo.

Dejándose llevar por aquel ardor algún tanto febril, García Moreno siguió el impetuoso empuje de sus inexpertas compañías. El día 3 de Junio encontráronse los dos ejércitos cerca de Tumbuco: empeñóse el combate á eso de las diez de la maña-

na y duró hasta las cuatro de la tarde. Los soldados de Urbina tenían posiciones muy ventajosas, y los de García Moreno, con peores posiciones é inferiores en número, hicieron, no obstante, prodigios de valor. Después de haber despreciado más de veinte veces la muerte y haber perdido el caballo, el nuevo general tuvo que abandonar el campo de batalla, dejando la mayor parte de los suyos fuera de combate.

García Moreno mostró entonces una bondad de corazón igual á su intrepidez. Viósele en medio del fuego curar á los heridos y derramar lágrimas sobre los muertos. Después de la acción quiso huir, pero perdido en aquellos desfiladeros, temía á cada instante ser víctima de los soldados de Urbina. De repente ve pasar al coronel Vintimilla, buscando su salvación en la fuga. Al verle, Vintimilla se apea y le ofrece generosamente su caballo.—No—dice García Moreno,—¿qué sería de usted si le dejase aquí?—No importa—respondió con nobleza el coronel—siempre habrá Vintimillas, pero no hay más que un García Moreno.—Y con un gesto que no admitía réplica, obligóle á que tomase el caballo y se alejase al galope.

García Moreno desapareció en los bosques, no sin haber derramado por el camino abundantes lágrimas sobre los infelices cuyos cadáveres estaban esparcidos por el suelo. Ausentóse de aquel triste lugar y se dirigió á Ambato, donde sus amigos, que seis días antes le habían aclamado, ro-

deáronle tristemente dándole el pésame por el éxito desgraciado de la batalla.—Muchísimas gracias—les dijo, pero ante todo, dadme un pedazo de pan, que hace ya tres días que no he comido.

Al salir de Ambato, García Moreno encontró á su amigo el doctor León Mera, y como éste le preguntase qué era lo que pensaba hacer en situación tan desesperada:—Voy á continuar mi tarea—respondió—hasta que acabemos con Urbina y los urbinistas.—Dos días más tarde entraba en Quito, donde fué recibido con entusiasmo.

Las circunstancias no podían ser más críticas.

En una conferencia con sus colegas, García Moreno fué de opinión que un levantamiento era imposible y que era preciso hacer uso de la diplomacia. Volvióse, pues, al Perú para entenderse con el presidente Castilla acerca de las dificultades pendientes entre los dos países y al mismo tiempo obtener su apoyo contra los dos tiranuelos.

García Moreno se presentó en Payta, donde á la sazón se hallaba el presidente del Perú. Sin embargo, el gobierno provisional, con la pequeña guarnición de Quito y los restos de Tumbuco, retiróse á Ibarra; empero Urbina, que había entrado victorioso en la capital el 15 de Junio, no tardó en perseguir al enemigo.

El gobierno provisional retrocedió hasta San Vicente, á dos jornadas de la frontera peruana, esperando con ansiedad noticias de García Moreno.

Éste, después de algunas entrevistas con Casti-

lla, quedó convencido que no podía esperarse nada del presidente del Perú; porque lo que deseaba era apoderarse de una parte del territorio ecuatoriano.

Entretanto, graves acontecimientos tenían lugar en Quito, en donde reinaba gran efervescencia desde la salida de Robles. Súpose que Carvajal había derrotado con su pequeño ejército á las tropas del gobierno, en Cuarantum, provincia de Ibarra, y que marchaba sobre la capital. Los patriotas no tuvieron la paciencia de esperar, y el 4 de Septiembre, con motivo de nuevas vejaciones del gobernador, el pueblo se sublevó contra sus opresores. Armados de escopetas y piedras, se echaron sobre el cuartel de artillería, haciendo que se rindiese la guarnición. Algunos días después de esta victoria llegó Carvajal á Quito y restableció el gobierno provisional.

Así se terminó esta primera campaña.

CAPITULO IX

Casi todo el Ecuador abraza la causa del gobierno de Quito.—Actividad de García Moreno.—Insurrección de los antiguos soldados de Urbina.—Peligros que corrió García Moreno.—Escápase de la cárcel.—Hace prisioneros á los principales autores del motin.—Fusilamiento de Palacios.—Triste equivocación de Mocha.—Término de la terrible tragedia de Riobamba.

Al fin quedaba el Ecuador libre de los dos gemelos; pero faltaba todavía el salvaje Franco, traidor infame que no se avergonzaba en ser apoyado por el extranjero para apoderarse del poder supremo. García Moreno se propuso acabar también con él, proyecto algo difícil si se consideran las fuerzas respectivas de los dos partidos cuando comenzó la revolución de Septiembre.

El gobierno provisional representaba á casi toda la nación. Las provincias de Imbabura, Pichincha y Chimborazo habíanse pronunciado en favor suyo, y Cuenca había hecho acto de adhesión después de la marcha de Urbina. Exceptuando trescientos hombres que se hallaban con Franco, las tropas del tirano habían abrazado la causa del gobierno de Quito. García Moreno y sus colegas

tenían por ellos el derecho. ¿Pero, cómo desarmar al usurpador? Con el pequeño ejército de Carvajal y los indisciplinados batallones de Urbina no era posible hacer frente á los soldados de Franco.

García Moreno vió todas estas dificultades, y, sin embargo, no descansó hasta asegurar el triunfo completo de la nación. Fuéle preciso representar todos los papeles: hacerse reclutador, instructor, ingeniero, diplomático, general y jefe de Estado.

La experiencia de Tumbuco habíale enseñado que el valor es impotente contra el número y la táctica. Comenzó por mandar á Guaranda reclutas destinados á formar más tarde aguerridos batallones, y las tropas de Urbina, que le inspiraban menos confianza, dejólas de reserva en Ríobamba.

La dificultad no estaba en reclutar soldados; era preciso impedir que desertasen. Para cortar el mal de raíz, García Moreno vióse obligado á emplear la severidad: anunció en los cuarteles que los desertores serían fusilados sin remisión. Algunos creyeron que esto no era más que una amenaza, y en aquella misma noche escapáronse varios reclutas. Tres fueron aprehendidos y fusilados sin misericordia. Desde aquel día no se volvió á notar ninguna desertión.

La cuestión que parecía insoluble era la del armamento. Fusiles, cañones y municiones estaban en poder de Franco, y como no se podía esperar socorro ninguno del extranjero, era preciso para

tener armas forjarlas allí mismo. García Moreno no retrocedió ante semejante dificultad. Á cuatro leguas de la capital, en la hacienda de Chillo, propiedad de D. Juan Aguirre, había una manufactura de algodón y la convirtió en fábrica de armas.

Sin embargo, aunque se preparaba á la guerra, García Moreno confiaba en un arreglo pacífico. En los primeros días del mes de Octubre tuvo una entrevista con Castilla; empero éste pidió como condición, si quería que le ayudase contra Franco, la cesión del territorio en litigio. García Moreno respondió que jamás el gobierno de Quito aceptaría una proposición tan contraria á la justicia y al honor nacional. Después de haber pasado todo el mes de Octubre en negociaciones infructuosas, tomó el camino de Quito con ánimo de visitar las tropas escalonadas á su paso. Apenas había salido de Guayaquil, cuando se vió expuesto á ser asesinado por unos cuantos miserables urbinistas; pero, gracias á su agilidad, pudo librarse del puñal de semejantes sicarios.

Un hecho mucho más grave que el anterior nos hará ver toda la energía de que era capaz García Moreno.

Después de la fuga de Urbina, los antiguos soldados del tirano estaban, como hemos dicho, acuartelados en Ríobamba. Como es natural, Franco se propuso ganar á su causa aquellos veteranos de Robles y de Urbina. Como tenía entre los oficiales amigos de larga fecha, no le fué difícil corres-

ponder con ellos y sembrar en los regimientos gérmenes de división y de discordia.

Después de haber visitado García Moreno las tropas acampadas en Guaranda, llegó el 7 de Noviembre á Riobamba con ánimo de descansar algunos días. Mas hé aquí que á media noche fué despertado por sus criados anunciándole que los cuarteles estaban sublevados. Estaba tranquilo y silencioso pensando en los medios de apagar la insurrección, cuando el comandante Caveró se presentó ante él con la audacia de un revoltoso, y le intimó la orden que abandonase la presidencia. —¡Jamás!— respondió García Moreno. Y como el comandante se permitiese amenazarle: —¡Basta!— exclamó;— puede usted quitarme la vida, pero ninguno de ustedes es bastante fuerte para doméñar mi voluntad. Á una señal de Caveró, el capitán Palacios arrestó al intrépido presidente, significándole que al día siguiente sería fusilado. El primer pensamiento de García Moreno fué de encomendar su alma á Dios; pues no ignoraba que aquellos facinerosos eran capaces de asesinarle sin compasión, y luego se ocupó de los medios de prolongar una vida que no creía inútil para la patria.

Desde una ventana que daba á la calle veía á los centinelas que, con aire triste, estaban impacientes por escaparse en busca de los compañeros que en aquel momento saqueaban la ciudad; de aquí conjeturó el prisionero que pronto abandonarían su puesto para ir con los otros á hartarse de licores y

de boñín. En aquel momento el criado de un amigo suyo pudo verle un instante, y le dijo que era sumamente fácil escalar el muro de la cárcel, y que una vez libre encontraría á las puertas de la ciudad un caballo ensillado.—Dí á tu amo—respondió el prisionero—que saldré de aquí, no por las paredes, y sí por la puerta.

Su previsión se realizó punto por punto. Los centinelas fueron desapareciendo unos tras otros, y después de algunos instantes de reflexión, García Moreno se acercó al único centinela que quedaba y le dijo con tono imperativo:—¿A quién has prestado juramento de fidelidad?—Al jefe del Estado—respondió el soldado temblando.—El jefe legítimo del Estado soy yo, y tus oficiales son unos rebeldes y unos perjuros. ¿No te da vergüenza hacer traición á Dios y á la patria?—El soldado cayó de rodillas pidiendo perdón.—Te perdonaré si quieres obedecerme y cumplir con tú deber.

Algunos momentos después salía de la cárcel ayudado por el centinela. Acompañado de un general salió de Rióbamba, tomando el camino de Calpi, donde le esperaban sus más resueltos partidarios. Una hora después de haber salido de Rióbamba, reunía en Calpi á catorce hombres armados. Sin darles tiempo para reflexionar, les sugiere la idea de volver á Rióbamba para someter á las tropas y castigar á los principales rebeldes. Todos le aprueban, contando para la ejecución del proyecto con la audacia del jefe. Cuando entraron en

la ciudad, varios jefes habían desaparecido con sus compañías; otros, como el capitán Palacios, estaban ebrios ó dormidos. Sin perder un momento, García Moreno cogió á Palacios con los principales bandidos, y allí, en medio de la plaza, instaló un consejo de guerra compuesto de sus catorce compañeros. Palacios compareció el primero sin darse cuenta de su posición, á consecuencia de la embriaguez. Condenado á muerte, contestó con insolencias; empero García Moreno hizole saber que no le quedaba más que media hora para prepararse á la muerte. Un sacerdote quiso reconciliarle con Dios, pero Palacios rehusó su ministerio.

Aquel golpe de audacia aterró á soldados tan cobardes como indisciplinados. Al ver caer á sus jefes comprendieron que era preciso entrar en yereda. Entonces el incansable presidente se propuso perseguir á los fugitivos. Inmediatamente salió en dirección de Mocha con sus catorce valientes. En este pueblo se hallaban los rebeldes durmiendo bajo los soportales de la plaza, y con los fusiles en pabellones. García Moreno entró en Mocha á eso de media noche. Al verle, el centinela quiso huir, empero quedó muerto de un bayonctazo. Sorprendidos durante el sueño, creyeron los rebeldes que tenían que habérselas con un ejército numeroso y se rindieron. García Moreno creíase dueño del terreno, cuando le dijeron que en los alrededores de Mocha había un ejército de algunos

cientos de hombres. Va á ellos con sus compañeros y se baten con furor en medio de las tinieblas. Muchos caen muertos y heridos.

—Rendíos—grita Maldonado al jefe de la tropa.

—¡Nunca!— responde éste cayendo herido de una lanzada.

—Rendíos, asesinos—grita á su vez García Moreno. Un soldado reconoce la voz del presidente; el nombre de García corre de boca en boca, y reconocen con dolor que el ejército, compuesto no de rebeldes y sí de soldados fieles, llegaba de Ambato para combatir á los insurrectos de Ríobamba.

Después de haber llorado la muerte del malogrado jefe y de sus compañeros, García Moreno, á la cabeza de aquel refuerzo, continuó la persecución de los revoltosos, haciendo trescientos prisioneros.

Los insignificantes restos de aquellas cohortes pretorianas dispersáronse por las montañas, haciéndose salteadores de caminos.

Así terminó aquella tristísima tragedia. El genio y el valor de un solo hombre había triunfado de los traidores. Agobiado por el dolor más que por la fatiga, viendo la anarquía que assolaba á su patria, García Moreno volvió á Quito para activar los preparativos de una campaña contra el seudogobierno de Guayaquil.

CAPÍTULO X

Maquiavéticos planes de Franco y Castilla.—Vigilancia de García Moreno.—Traición de Franco y patriotismo de García Moreno.
—Ruptura de las hostilidades y gran pericia militar del caudillo católico.—Batalla ganada contra las tropas de Franco.

MIENTRAS que García Moreno desarmaba á los insurrectos de Riobamba, Castilla y Franco descubrían con más claridad sus proyectos. A mediados de Noviembre Castilla aparecía á la embocadura del Guayas con una escuadra fuerte de seis mil hombres. El cobarde Franco autorizaba el desembarque de aquellos soldados extranjeros, y para disimular la traición, firmaba el 4 de Diciembre un tratado con Castilla para abrir las negociaciones á las que sería convidado el gobierno de Quito, y tratar definitivamente acerca de las reivindicaciones territoriales del Perú.

Conociendo á los dos ladrones, García Moreno sabía muy bien que nada impediría el desmembramiento del Ecuador, porque ninguna consideración era bastante para hacerles renunciar á sus ambiciosos planes. Era, pues, preciso ser audaz y

responder á la fuerza con la fuerza. En este orden de ideas mandó un refuerzo de mil hombres á Guaranda, para vigilar las operaciones de Franco; empero con reclutas tan poco foguados, era muy difícil hacer frente á un ejército regular sostenido por un ejército extranjero. García Moreno entretuvo á sus colegas con un pensamiento, que después de la insurrección de Riobamba dominaba su espíritu. Parecíale que con soldados sin disciplina y rodeados de traidores dispuestos á todas las felonías, hasta la existencia de la república hallábase amenazada, si no la ponía bajo el protectorado de una nación europea. Acordóse de Francia, que siempre ha sido protectora de los débiles, y confesó que había cambiado sobre el particular algunas cartas (1) con el representante del gobierno francés en el Ecuador.

Tal fué la proposición de García Moreno, que de ningún modo repugnaba al honor nacional, como decían sus enemigos, sobre todo tratándose de un país agonizante, como lo era en aquel entonces el Ecuador.

Rechazada la idea del protectorado, el gobierno provisional, queriendo agotar todos los medios de pacificación, aceptó la conferencia oficial propuesta por Castilla y Franco acerca de la delimitación del territorio. De Guayaquil exigían que cuatro

(1) Estas cartas, divulgadas más tarde, sirvieron de pretexto á los enemigos de García Moreno para echar sobre él el peso de sus acusaciones é insultos.

plenipotenciarios, elegidos en los dos campos, fuesen autorizados para arreglar este asunto. En su consecuencia, el gobierno de Quito diputó á dos de sus miembros, Avilés y Gómez de la Torre, con plenos poderes; empero con la expresa reserva de no comprometer la integridad del territorio ni la independencia de la nación.

Los dos delegados, después de haber sido engañados por Franco, haciéndoles creer que no había tal enagenación de territorio, mandó que les pudiesen en la cárcel, y cuando les creyó bastante desmoralizados para ceder á su voluntad, ofrecióles la libertad á condición que consintiesen en la enagenación del territorio. Gracias al encargado de negocios de la Gran Bretaña consintió Franco en dar pasaportes á los dos delegados, intimándoles al mismo tiempo la orden de salir de Guayaquil en el término de seis horas. Los delegados redactaron una protesta muy severa contra las arbitrariedades de Franco.

Después de semejante ultraje, el gobierno de Quito comprendió que era preciso vencer ó morir; y García Moreno dió una proclama al pueblo ecuatoriano en la cual desenmascaraba ante todos la conducta incalificable de Franco.

Los dos partidos deseaban con ardor venir á las manos. Después de la ruptura de las negociaciones, Franco ordenó al coronel León que inmediatamente pasase la cordillera con mil hombres, y contaban con la victoria, porque la importante

ciudad de Cuenca estaba mandada por el comandante Cerda, uno de sus más fieles partidarios. Cerda no tenía más que combinar sus movimientos con los del coronel León para coger entre dos fuegos al pequeño ejército de Guaranda y derrotarle al primer choque.

Con el fin de no dejar á estos dos jefes tiempo para ponerse de acuerdo, García Moreno tomó enseguida el mando de las tropas. Los soldados, exasperados contra Franco, deseaban batirse cuanto antes. En efecto, el 20 de Enero el pequeño ejército salió al encuentro del enemigo. El coronel León se había fortificado en las alturas de Piscurco, esperando para comenzar el ataque la llegada del comandante Cerda y algunos refuerzos de Guayaquil. Era, pues, necesario deshacer el plan presentándole inmediatamente la batalla. A una señal dada por García Moreno, las tropas fieles atacaron con furor á los adversarios, empero tenían estos tan ventajosas posiciones, que á pesar de los esfuerzos que hicieron no pudieron desalojarles de sus trincheras. García Moreno resolvió entonces caer sobre su retaguardia, y para ocultar la maniobra, dejó delante de Piscurco al coronel Dávalos con algunas compañías de infantería y un escuadrón de caballería, mientras que el, tomando la derecha, caía sobre el camino de Yagui. Una lluvia torrencial inundaba entonces el camino, de tal manera que fué preciso emplear más de dos horas para hacer un trayecto de dos leguas. Finalmente,

hacia las dos de la tarde, encontró al enemigo acampado en la hacienda de Yagui, de donde fué desalojado en cinco minutos con una carga á la bayoneta. Por su parte el coronel Dávalos y sus bizarros compañeros sostuvieron durante tres horas un vivo fuego de fusilería. En fin, una carga dada por la caballería, hizoles dueños del campo y determinó la victoria.

Este hecho de armas y otros muchos que siguieron no dejaron al general Franco más que la provincia de Guayaquil, partidaria toda ella del gobierno nacional, pero ocupada por el usurpador. García Moreno se apresuró á pasar las cordilleras para, en acción decisiva, medir sus armas con Franco y Castilla.

CAPÍTULO XI

Entusiasmo de los ecuatorianos por García Moreno é indignación general contra Franco.—Sublime abnegación de nuestro héroe.— Llegada de Flores á Guaranda para ponerse al frente del ejército.—Proclamas de García Moreno al ejército y al pueblo.—Ataque de Babahoyo.—Paso del Estero Salado y toma de Guayaquil.—Es proclamada patrona del Ecuador la Virgen de las Mercedes.—Obligación del gobierno y del ejército de asistir á los oficios divinos en el día de la festividad de la Redentora de Cautivos.

DESPUÉS de un año de infructuosas negociaciones y de escaramuzas sin resultados, fué evidente para todos que la paz no se firmaría á no ser en Guayaquil. Por eso ciudadanos y soldados deseaban con ansia batirse, confiando en Dios y en el incomparable patricio cuyo valor era la admiración de propios y extraños.

El entusiasmo por García Moreno aumentábase á medida que crecía el odio á Franco; pues cinco días después de la derrota de Yaguí, el miserable dictador cedía al Perú el territorio en litigio.

Al divulgarse el tratado que estipulaba la venta oficial del territorio, elevóse contra Franco un verdadero concierto de maldiciones. Un rico propietario ofreció á la tesorería de Quito su capital para

salvar el honor de la nación. De todas las provincias llegaban al gobierno provisional protestas llenas de indignación. García Moreno aprovechó de este movimiento y del descanso obtenido con sus recientes victorias para disciplinar sus tropas.

Sin embargo, antes de hacer frente á los cañones del enemigo, quiso tentar nuevas negociaciones con Franco. Proponía García Moreno al infame Franco el destierro voluntario de los dos en obsequio á la madre patria. El miserable dictador de Guayaquil, lejos de conmoverse con tan generosa proposición, entró en furor al pensar que había de abdicar la presidencia, único objeto de su avaricia.

La magnánima iniciativa del gobierno provisional produjo en Castilla el efecto contrario. El presidente del Perú comprendió la victoria moral que acababan de ganar sus adversarios, y suponiendo que las columnas de García Moreno atacasen á Guayaquil después de haber derrotado á Franco, ¿podía él, presidente del Perú, exterminar á un ejército victorioso por defender á un infame, á quien la nación entera odiaba con todas sus fuerzas? Y apercibiéndose, aunque algo tarde, de su falsa posición, dió orden á sus tropas para que abandonasen á Guayaquil y se volvieran al Perú.

La situación comenzaba á aclararse, y las fuerzas de los dos partidos comenzaban á equilibrarse, cuando el gobierno provisional recibió un refuer-

zo tan precioso como inesperado con la llegada á Guaranda del anciano general Flores.

Desterrado de su patria, el expresidente había hecho varias tentativas para entrar en el Ecuador, y al fin establecióse en el Perú, gracias á la benevolencia de Castilla; empero al ver la guerra tan desleal que el presidente del Perú hacía al Ecuador, aconsejó á todos sus amigos que se uniesen al gobierno provisional para defender el honor y la independencia de la patria. Olvidando sus desgracias, él mismo escribió lo que sigue á García Moreno: «En las difíciles circunstancias por que atravesáis, hacedme saber si puedo seros útil en algo, y enseguida estoy á vuestras órdenes.» García Moreno, olvidando antiguos resentimientos, contestóle lleno de júbilo: «Venid inmediatamente y sed nuestro general.» Al cabo de algunos días los dos adversarios políticos abrazábanse en presencia del ejército.

Flores tomó el mando de las tropas, precisamente cuando más necesidad tenían de sus talentos militares y de su larga experiencia en los combates. Un mes después de su llegada á Guaranda se supo que Franco subía por la orilla del río Guayas para tomar posiciones en Babahoyo. Los dos jefes decidieron enseguida no dejarle tiempo para pasar la cordillera y que irían á buscarle á la llanura, en medio de los pueblos que gemían bajo su tiránico yugo.

García Moreno dirigió á los habitantes de Gua-

yaquil y de Manabí una proclama llena de ardor patriótico, y otra á los soldados. Hé aquí un párrafo de la alocución de García Moreno á sus soldados, alocución digna de los más grandes capitanes: «Soldados, el resultado de la campaña no es dudoso. Defendéis la más pura y santa de las causas, la causa de la independencia nacional, de la justicia y de la civilización; vuestro número ha se multiplicado después de los últimos combates; tenéis á la cabeza un general ilustre, oficialès llenos de valor y de inteligencia, y sobre todo contáis con la visible protección de la Providencia.»

No hacía falta más para inspirar confianza y electrizar á los soldados. Contaban con el talento militar de Flores y la audacia invencible de García Moreno.

Estos dos jefes, de distinto carácter, completábanse el uno al otro. Decidieron que sorprenderían al enemigo evitando todo encuentro directo, salvo á atacarle con vigor cuando las circunstancias fuesen favorables. Este plan, único posible en las condiciones de inferioridad en que se encontraban, fué ejecutado con la mayor habilidad.

Las tropas de Guayaquil formaban dos cuerpos de ejército; el primero, á las órdenes de Franco, ocupaba á Babahoyo, ciudad situada al pie de la cordillera; el segundo, á las órdenes del general León, ocupaba á Catarama, pueblecito situado en el camino de Ventanas, á la derecha del río Guayas. Ahora bien; el ejército de Quito debía nece-

sariamente seguir el camino ordinario de Babahoyo, ó tomar el de Ventanas. Queriendo impedir el encuentro con los dos generales enemigos, Flores se propuso atacar á la improvisada la retaguardia de Franco, y esto sin que lo advirtiese el general León.

Con el fin de ocultar sus intenciones, mandó una división á Bilován, cerca de Babahoyo, mientras que, protegido por esta falsa demostración, el resto del ejército dirigiase á marchas forzadas, por los senderos de la montaña, al camino de Ventanas. El 5 de Agosto llegaron los dos primeros cuerpos de ejército; los demás no tardaron también en llegar. Á pesar de increíbles fatigas, fué preciso ponerse en camino en el silencio de la noche para escapar del general León, cuyo campamento no estaba muy lejos. Felizmente los campesinos, todos partidarios de García Moreno, eran magníficos confidentes. Anduvieron de aquel modo durante dieciséis mortales horas antes de llegar á Babahoyo. Los movimientos fueron tan rápidos y tan bien concertados, y de tal modo guardado el secreto, que el viaje se efectuó sin quemar un cartucho.

El día 7, á las diez de la mañana, comenzó el ataque de Babahoyo. Sorprendido en su mismo campamento, Franco quiso defenderse; empero sus soldados no pudieron resistir el ímpetu de las tropas de Quito. Sin embargo, el fuego de las baterías enemigas había durante dos horas retardado el resultado del combate, cuando Flores dió orden

á la caballería de cargar á los artilleros, quienes fueron acuchillados al pie de los cañones. Á partir de aquel momento la derrota fué general; el mismo Franco, perseguido por un lancero, apenas si tuvo tiempo de refugiarse en un barco para ir á Guayaquil á ocultar su vergüenza.

Después de tres horas de combate, García Moreno era dueño de la importante plaza de Babahoyo, gran número de oficiales y soldados, tres cañones, gran cantidad de fusiles y la imprenta del gobierno; también las salinas del Estado cayeron en su poder. La toma de Babahoyo puso al general León en situación harto crítica; hallábase incomunicado, y para salir de aquel mal paso bajó hasta Zamborodón con ánimo de embarcar á sus soldados y unirse con Franco en Guayaquil; empero Flores encontrábase ya en Boca Corbina, frente á Zamborodón, con artilleros y cañones. El infortunado vióse reducido á ganar la ciudad marítima atravesando bosques y ríos bajo un sol devorador.

Quedaba todavía la fortaleza de Guayaquil, en donde Franco preparaba desesperada resistencia. Fué preciso un mes para acercarse á Guayaquil. Los dos jefes establecieron el cuartel general en Mapasingue, con ánimo de combinar las últimas disposiciones antes de dar el terrible asalto.

La entrada de Guayaquil está por este lado defendida con una colina de baterías que la hacen inexpugnable. A la izquierda de esta fortaleza na-

tural corre el Guayas, y á la derecha avánzase el Estero Salado, verdadero brazo de mar que aisla completamente á Guayaquil. Para penetrar en la plaza sin tropezar con los cañones enemigos, los dos jefes tuvieron que valerse de una hábil y audaz extratagema.

Hacía ya algunos días que Flores preparaba el asalto de la colina y del fuerte que une á ésta con el Estero Salado. Tampoco Franco estaba inactivo. El 22 de Septiembre, por la noche, cada cual se fué á descansar, persuadidos que la batalla tendría lugar al día siguiente, cuando el ejército de los asaltadores se puso en marcha, salvo un regimiento de lanceros y una compañía de artilleros encargados de defender en caso de ataque el cuartel general de Mapasingue, y de llamar por aquel lado la atención del enemigo. El ejército se dirigió al Estero Salado para atravesarle aquella noche y sorprender á Guayaquil por el lado que no esperaba Franco; porque á nadie se le podía ocurrir que persona humana pasara por aquel laberinto.

Los soldados fueron conducidos por sus intrépidos jefes, y después de dos horas de marcha por senderos difícilísimos llegaron al fin á un valle en donde los soldados pudieron descansar. En pie antes de amanecer, llegaron luego á orillas del Estero Salado. El general en jefe, rodeado de una compañía de tiradores, dióse cuenta de las dificultades del paso cuando una descarga salida del Salado hizole ver que le observaban. Sin perder tiempo

avanzó con sus soldados al través de los nopales para reconocer al enemigo. Libróse de los importunos huéspedes, pudiendo instalarse al otro lado del río para proteger el paso de las tropas. Varios batallones habían ya pasado cuando del fuerte de Liza salió un vivo fuego de fusilería. En aquel instante veinte cornetas tocan paso de ataque, y los enemigos, creyendo que todo el ejército iba á echárseles encima, creyeron prudente cesar el fuego.

Por la tarde el ejército, formando un vasto cuadrilátero, extendióse por la llanura esperando la señal de ataque. García Moreno y Flores recorrían las filas dando instrucciones. A las once tocaron los cornetas marcha de frente, esto es, la victoria ó la muerte. Detrás de los combatientes abríase una tumba de fango que había de sepultarles en caso de retirada, y delante tenían los cañones de Franco. Jefes y soldados estaban animados de un solo deseo: vencer á los traidores ó vender caramente sus vidas.

En aquel momento rugieron al unísono las baterías de Franco y los cañones del vapor peruano *Tumbez*. Los soldados de García Moreno respondieron con un grito formidable de «¡Viva el Ecuador!» y se precipitaron con tal furor, que varias compañías de la vanguardia enemiga huyeron en el mayor desórden, seguidas de cerca por las bayonetas de los soldados del coronel Vintimilla. Las alturas y los fuertes continuaban defendiéndose, cuando García Moreno y Flores, que ocupaban el

centro de las operaciones, dieron, á eso de las cuatro, la señal de un ataque general. El coronel Vintimilla, bajo un fuego terrible, tomó por asalto las fortificaciones de la Legua, apoderándose de las baterías. A las seis, el general en jefe se acercó á las trincheras del cerro para inímar la rendición al epemigo, cuando un mulato corrió tras él lanza en ristre, y Flores escapó de sus manos, como de milagro. Sin embargo, después de algunos instantes, volvió á la carga con los Vengadores de Quito, tomando el Cerro á la bayoneta después de haber acuchillado á los artilleros al pie de los cañones. Durante este tiempo, los coroneles Salvador y Vintimilla apoderábanse de todas las baterías desde la Legua al hospital militar.

El enemigo huyó á la desbandada al través de las calles de la ciudad, parapetándose en las casas para poder defenderse contra los invasores.

La toma de Guayaquil, que terminaba una lucha de quince meses, fué saludada con aclamaciones que resonaron hasta en los confines del Ecuador.

El cristiano no se olvidó entonces que la victoria es debida, no al genio del hombre, y sí á la intervención del Dios de los ejércitos. Como la toma de Guayaquil tuvo lugar el 24 de Septiembre, festividad de nuestra Señora de las Mercedes, decretó que para «dar gracias á la Madre del Divino Libertador, y para merecer su asistencia en lo porvenir, el ejército de la república sería puesto bajo el es-

pecial patrocinio de la Virgen de las Mercedes, y que todos los años el gobierno y el ejército asistirían en corporación á los oficios divinos.»

En efecto, la libertadora de los cautivos había-les librado de los sarracenos liberales, peores mil veces que los mahometanos.

CAPÍTULO XII

Gran habilidad de García Moreno en el desempeño de su cargo.— Reforma ciertos abusos electorales.—Furor de los liberales con motivo de las reformas de García Moreno.—Intentan asesinarlo.—Apertura del Congreso y lucha del presidente en favor de la unidad católica.—Es elegido presidente efectivo.—Alegria del pueblo por esta elección.

En estos últimos quince años hemos admirado en García Moreno las cualidades maravillosas de un jefe de oposición que combate sin tregua contra los enemigos de su patria. Vamos á verle ahora en la presidencia rompiendo los ídolos de la sociedad moderna y restaurando el reinado social de Cristo Jesús. Grandes, muy grandes son las dificultades que tendrá que vencer; pero no importa, el soldado de Cristo irá siempre adelante.

Además de las reivindicaciones de sus aliados liberales, que se habían unido á él para salvar á su patria, García Moreno tenía en frente al partido vencido. El triunvirato Urbina-Robles-Franco dejaba en pos de sí numerosos adherentes.

García Moreno no era entonces más que un simple jefe del gobierno provisional. Su papel no era

otro que hacer elegir la Convención nacional, que había de dar al país una constitución y un presidente. Si después de haber echado abajo á los revolucionarios, quería reformar las instituciones, en él estaba obtener con su influencia personal una asamblea de representantes íntegramente católicos. Durante la dominación española el Ecuador estaba dividido en tres grandes distritos: Quito, Cuenca y Guayaquil. Al fundar la República se decretó que estos tres distritos, muy desiguales en población, nombrarían cada uno seis diputados; sistema injusto, pero que los liberales encontraban muy provechoso. Con esta igualdad de representación, Guayaquil, verdadero nido de liberales, podía hacer oposición á Quito, cuya población, en general compuesta de católicos, era tres veces más numerosa. La envidiosa Cuenca uníase siempre con Guayaquil para combatir á la capital. De aquí resultaba que un pueblo católico estaba casi siempre representado por liberales.

García Moreno se propuso cortar el mal en su raíz, haciendo que los diputados fuesen elegidos, no por distritos, y sí según el número de habitantes. Cada fracción de mil almas tendría derecho á un representante al Congreso. Los liberales se amotinaron contra el nuevo decreto, y al mando de Pedro Carbo hicieron un pronunciamiento en favor de la antigua distribución electoral.

García Moreno recogió el guante por medio de una carta á Carbo, en la cual le refutaba, ó más

bien refutaba su inconsecuencia en nombre de la soberanía nacional, arca sacrosanta del liberalismo.

Para vengarse de su derrota, los liberales echaron mano de los medios acostumbrados: la sedición y el puñal. Algunos días después de la elección descubrióse una conspiración contra el gobierno, y tres individuos de mala fama, Cortés, Castro y Proano, formaron el proyecto de asesinar á García Moreno y sublevar los cuarteles, proclamando presidente á Pedro Carbo. García Moreno se libró milagrosamente del puñal de los asesinos, y al fin se supo que Pedro Carbo entretenía relaciones con los bandidos.

Por fin, se abrió el Congreso, empero de cuarenta diputados, muy pocos profesaban el catolicismo íntegro de García Moreno; la mayor parte eran jóvenes que habían hecho sus primeras armas durante el período de Franco. Católicos más ó menos prácticos, aunque casi todos liberales exaltados, entraron en el Congreso con la cabeza llena de ideas americanas acerca de la separación de la Iglesia y del Estado, sobre el sistema federativo y otras utopías entonces muy en boga en Nueva Granada. Si á todos aquellos pedazos de soberano les hubiesen exigido la definición de la libertad, es casi cierto que no hubiesen sabido contestar. Era, pues, de temer que aquella asamblea que tenía la misión de curar las heridas de la patria, matase al enfermo en vez de salvarle. Por suerte García Mo-

reno no perdía de vista aquel soberano de cuarenta cabezas, y por lo mismo capaz de hacer los mayores disparates.

El día de la apertura de las sesiones, que tuvo lugar el 10 de Enero de 1861, García Moreno fué nombrado presidente interino por segunda vez, y deseando dar al Ecuador una constitución católica, único medio de moralizar al país con la represión del crimen y la sólida educación de las nuevas generaciones, tuvo que tropezar con las ideas liberales de la mayor parte de sus compañeros.

El proyecto de constitución declaraba la religión católica, apostólica romana, religión del Estado, con exclusión de los demás cultos. Lejos de constituir una innovación, consagraba un principio admitido siempre en las repúblicas americanas y además, un hecho más claro que el sol. Empero, el viento soplaba del lado del liberalismo. Toda aquella caterva de dementes quería abolir los últimos vestigios de la Inquisición. Hasta un eclesiástico tuvo la osadía en declamar un discurso de Mirabeau, pidiendo, en nombre de Dios, la libertad de conciencia.

Todas estas ridículas declamaciones no tuvieron más resultado que indignar á todo el país contra sus autores. Escandalizado al ver comparar la abominable heregía con la santa religión de sus padres, el pueblo dejó oír en la asamblea murmullos bastante significativos. Por su parte García Moreno usó de toda su influencia para traer los extra-

viados á ideas más sanas, y el artículo fué mantenido.

Después de varias sesiones consagradas á asuntos de interés, la asamblea puso á la orden del día la elección de presidente. García Moreno fué elevado á la presidencia de la república por unanimidad de votos y sin debate; y á excepción de los urbinistas, el pueblo respondió con unánimes aplausos á la elección de los diputados.

García Moreno negóse á aceptar la presidencia que le ofrecían, alegando, y con razón, la insuficiencia de los poderes concedidos por la constitución al nuevo gobierno. Desarmar á la autoridad enfrente de la Revolución, era, según él decía, decretar la anarquía perpetua. Más adelante se verá cuán justas eran sus previsiones. Al fin acabó por ceder á instancias de sus amigos y aceptó el poder. Y para probarle su buena voluntad, los representantes votaron varias leyes orgánicas y decidieron que un Concordato sería propuesto al soberano Pontífice, y puesto en ejecución *sin esperar la ratificación del futuro Congreso*. Por esta puerta que ellos mismos habían abierto, García Moreno hizo pasar todas las libertades de la Iglesia.

CAPÍTULO XIII

Limpieza que hizo García Moreno de los abejones ó zánganos liberales. — Aumento y reforma del Tesoro público. — Destruye la plaga del militarismo. — Humillante castigo impuesto al general Ayarza. — Destrucción del *patronato* y libertad de la Iglesia. — Concordato con la Santa Sede. — Concilio provincial de Quito y reforma del clero. — Alegría de los católicos y furor de los liberales.

GARCÍA Moreno puso enseguida manos á la obra; y para apreciar la necesidad de la limpieza hecha por este gran católico, basta que tengamos presente un principio cien veces confirmado por los hechos: que el liberalismo es lúgubre enjambre de ruidosos zánganos, sin más especialidad que gastar sin producir. Si se apoderan de un país por un pronunciamiento ó por la estupidez de los electores, no es para ayudar al pueblo á vivir mejor, sino para vivir á costa de este mismo pueblo; y cuando las laboriosas abejas de un país han muerto á los golpes del aguijón de semejantes parásitos, entonces es cuando los abejones se deslizan en ministerios, gobiernos de provincia, cuarteles, tribunales y donde quiera que haya algo que chupar. Después de algunos años de semejante ré

gimen, por rico que sea un pueblo, queda sumido en la mayor pobreza.

Tal era el estado del Ecuador cuando García Moreno tomó las riendas del gobierno. Su primer cuidado consistió en asociarse un personal administrativo honrado y laborioso, dispuesto á seguirle en la realización de sus gigantescos designios. Sin consideraciones por la nobleza ó las riquezas, alejaba sin piedad de todos los empleos públicos á aquellos que eran incapaces en desempeñarlos. Los empleados trabajaban en las oficinas desde la mañana hasta la noche. En lo que más se ocupó García Moreno fué en arreglar el mal estado de la Hacienda.

Ahora bien; en los treinta años que la república del Ecuador contaba de existencia, nunca había podido equilibrar ni los ingresos ni los gastos. Arruinada por los parásitos que engordaban con el dinero de la nación, no había en el Ecuador ni tesoro ni crédito. Para allegar recursos un gobierno honrado no podía cometer los latrocinios de los pretorianos; mas ¿cómo subsistir en un país sin crédito ni dinero? García Moreno resolvió el problema de una manera que, á pesar de su sencillez, supera no obstante al talento de nuestros hacendistas más ilustres.

Hasta tanto que una administración prudente le pusiese en situación de multiplicar las fuentes de riqueza, estableció rigurosa economía en todos sus gastos.

Una reforma no menos urgente que la de la Hacienda, era la reforma del ejército. La república moríase de militarismo. Los soldados disponían del país, de la propiedad, de la vida de los ciudadanos, y, con sus pronunciamientos, hasta del gobierno.

Cuando García Moreno se sentó en el sillón de la presidencia juró acabar con el despotismo militar. «Un ejército así constituido, decía, es un cáncer que devora á la nación; ó le he de reformar, ó si no le destruiré.» Puso, pues, manos á la obra, haciendo un reglamento muy severo contra la inmoralidad, las salidas nocturnas y otros excesos cometidos por oficiales y soldados. Algunos quisieron protestar, pero García Moreno hizoles entrar pronto en vereda.

En los primeros días de su gobierno hizo ya ver á los revolucionarios que los pronunciamientos costaban caros. Uno de los generales de Franco, Ayarza, que vivía retirado en Quito, aprovechó la consideración de que gozaba entre sus compatriotas, para pronunciarse contra la autoridad. García Moreno sintió que era preciso hacer un escarmiento: en efecto, el culpable fué llevado preso al cuartel y azotado como si hubiese sido un soldado raso.—«Fusiladme, gritaba desesperado Ayarza: no se azota á un general, antiguo soldado de la Independencia.»—«¡No se echa á perder la pólvora para fusilar á un traidor!» replicó García Moreno.

Preguntándole un día un amigo por qué usaba de tanta severidad: —«Quiero, respondió, que el traje negro mande en el colorado. Mi cabeza será colgada de un árbol ó el ejército entrará en vereda.»

Una vez en posesión de este triple elemento de acción, un personal á toda prueba, la Hacienda arreglada y el ejército suficientemente disciplinado, echó inmediatamente los fundamentos de la civilización católica, con la cual quería enriquecer á su país, y que él miraba como condición esencial del verdadero progreso.

García Moreno había mondado el árbol haciendo desaparecer los abusos del orden material y moral. ¿Osaría ahora cortarle de raíz, es decir, acabar con la subordinación de la Iglesia al Estado y otros fundamentales principios de la Revolución? Hacía ya más de tres siglos que las naciones profesaban esta doctrina del despotismo, ¿y un pobre presidente de la República iba á romper con una legislación tres veces secular? El Concordato negociado con el Papa Pío IX, responderá á esta grave cuestión.

Nuestros lectores conocen el origen del patronato eclesiástico. Vista la dificultad que los reyes de España tenían para corresponder con el Nuevo Mundo y para simplificar la administración, habían obtenido de los soberanos Pontífices numerosos privilegios relativos á las personas y propiedades eclesiásticas, como el derecho de presenta

los Obispos. Poco á poco el poder del Rey fué sustituyéndose al poder del Papa y las leyes de la corona á las canónicas. De aquí, abusos y conflictos; mas como los Reyes Católicos deseaban sinceramente el bien de sus pueblos, la disciplina y la fé no tenían por qué sufrir de aquel estado de cosas. Por el contrario, la Revolución triunfante se apoderó de los privilegios de los monarcas españoles para perseguir á la Iglesia. Además, los jóvenes que habían estudiado en la Universidad liberalizada de Quito y los legistas todos, profesaban el famoso principio de la supremacía del Estado sobre la Iglesia.

Este dogma masónico causaba horror á García Moreno, que, como católico íntegro, se lamentaba viendo á la Iglesia, la reina del mundo, encorvada como una esclava á los piés del poder civil. Como hombre de Estado contaba con esta divina maestra de los pueblos para regenerar á su patria. García Moreno comprendía perfectamente estas palabras de San Anselmo: «Nada ama Dios tanto como la libertad de su Iglesia.» Por eso quiso romper la ignominiosa cadena que sujetaba la Iglesia de Cristo Dios á los poderes caducos de la tierra.

Propuso, pues, al Congreso la autorización de celebrar un Concordato con la Santa Sede, y para esto eligió á un sacerdote joven, empero de grandísima virtud y de ideas sanas: D. Ignacio Ordoñez, entonces arcediano de Cuenca, y hoy Arzobispo de Quito, fué el mensajero de García More-

no para negociar el Concordato con el gran Papa Pío IX.

Después de seis meses de discusión, el proyecto de Concordato *ad referendum* fué firmado el 26 de Octubre de 1862 por el cardenal Antonelli, ministro de Estado, y por D. Ignacio Ordoñez, plenipotenciario del Ecuador. Hé aquí el artículo principal: «La religión católica apostólica romana es la religión del Estado con exclusión de otros cultos ó sociedades condenadas por la Iglesia. Gozará perpétuamente y en su integridad de todos sus derechos y prerrogativas conforme al orden establecido por Dios y según las prescripciones canónicas.» Y este otro: «Teniendo el soberano Pontífice jurisdicción en toda la Iglesia, Obispos y fieles podrán comunicar libremente con él, *sin que las letras ó rescriptos pontificios sean sometidos al EXEQUATUR* del poder civil...»

Monseñor Tavani fué al Ecuador en calidad de delegado apostólico, y el 22 de Abril de 1863 el Concordato fué promulgado en la capital y en las demás ciudades del Ecuador.

Después de la larga esclavitud del patronato regalista, adoptado y aprobado por la Revolución, García Moreno quiso librar á la Iglesia de la capa de lodo con que estaba cubierta, queriendo que los hombres viesan en ella *la luz del mundo y la sal de la tierra*.

El católico presidente creía que para reformar al clero era necesario un Concilio provincial. El

anciano Arzobispo de Quito, Sr. Riofrío, tan tímido y pusilánime, como García Moreno era valiente y atrevido, decidióse al fin á lanzar las letras de convocación al Concilio; pero no se atrevió á reunirle sin haber antes obtenido el *placet* acostumbrado. El presidente no quiso reconocer con un acto público una ley cismática; negó la autorización que le pedían y aconsejó á los Obispos que se reuniesen; pues de ningún modo tenían necesidad de su permiso. El nuevo Concilio restableció la disciplina algún tanto relajada en el clero secular y regular y fundáronse varias diócesis.

Los católicos saludaron en la regeneración del clero la aurora del renacimiento católico y los liberales mansos y fieros echaron á manos llenas el cieno sobre el *intolerante* García Moreno. Este les dejaba gritar; pues sabía muy bien que los criminales tienen por costumbre maldecir á los jueces que les condenan, y tenía el ejemplo de San Gregorio VII, que murió en el destierro por haber amado la justicia y odiado la iniquidad.

CAPÍTULO XIV

Desavenencias entre García Moreno y Arboleda.—Derrota de Tulcan.—Tratado de alianza entre los dos jefes católicos.—Reina grandísima agitación en Quito.—Explotan los liberales la situación con ánimo de hacer un pronunciamiento.—Preséntase García Moreno en Quito.—Alegría del pueblo.

AS reformas civiles y religiosas levantaron gran polvareda contra García Moreno, quien, según los liberales de todos los matices, quería esclavizar al Ecuador, cuando una expedición tan caballeresca como desgraciada vino á dar nuevas armas á sus enemigos.

Hacia la mitad del año 1860, el general Mosquera, católico renegado, no habiendo podido obtener del partido católico el sillón de la presidencia, púsose á la cabeza de los liberales para sublevar los Estados de Colombia contra el gobierno central. Al estallar la guerra civil, el presidente Ospina llamó á un granadino establecido en París con su familia, al valiente católico Julio Arboleda. Descendiente de antigua y distinguida familia, guerrero lleno de valor y cristiano integérrimo, Arboleda



tenía grandísima semejanza con García Moreno. Llamado por el poder legítimo, corrió á Santa Marta, defendiéndola contra los rebeldes.

Y como Mosquera, dueño de Bogotá, proclamase la dictadura dando la señal de una atroz persecución contra la Iglesia, Arboleda se fué á la provincia de Cauca para organizar la resistencia en medio de aquellas gentes sinceramente católicas. Todo el Ecuador, con García Moreno á la cabeza, alegrábase de su triunfo, cuando un incidente desgraciado indispuso á aquellos dos hombres, antes tan amigos.

El 19 de Junio de 1862, un batallón de Arboleda, que perseguía á una partida de mosqueristas, pasó el río Garchi, hiriendo gravemente al representante del Ecuador, que había querido oponerse á la violación del territorio. García Moreno pidió explicaciones un poco duras á Arboleda. Este no encontró de su gusto que le pidiesen explicaciones en términos tan bruscos, máxime habiéndose cometido la violación del territorio sin premeditación y únicamente por perseguir á los mosqueristas, enemigos jurados de Dios y de su Iglesia. En una palabra, García Moreno y Arboleda no se entendieron y decidieron romper las hostilidades.

El ejército de García Moreno acampó en Tulcán, Arboleda, que seguido de algunos de sus soldados había querido durante la noche reconocer el terreno, hizo prisionero á un confidente de García Moreno, que había tenido la imprudencia de encender

un cigarro. Aterrorizado en verse prisionero del jefe granadino, el espía condujo el ejército enemigo hasta Tulcán. Sorprendido el ejército de García Moreno, hizo prodigios de valor, pero al fin hubo una desbandada completa, y García Moreno, que no sabía ni huir ni capitular, se precipitó seguido de cinco ginetes en medio de los batallones enemigos, y después de haber dado tajos y mandobles á diestro y siniestro, se entregó á un oficial diciéndole: «Condúzcame V. á su jefe, es á él á quien quiero entregar la espada.» Arboleda trató al magnánimo prisionero con grandísimo respeto, y reconciliados sinceramente, los dos jefes católicos deploraron las circunstancias que les habían obligado á guerrear uno contra otro. Concluyeron un tratado de alianza contra la Revolución, y García Moreno, declarado libre, tomó el camino de la capital.

En Quito reinaba grandísima agitación; pues sabíase ya la derrota del ejército y el cautiverio de su jefe. Los liberales explotaban la situación del presidente exagerando la derrota y declarando á todos los vientos que García Moreno era un presidente demasiado comprometedor.

Empero los liberales de Quito que contaban ya con un pronunciamiento para echar abajo al gobierno de García Moreno, supieron con verdadero espanto que el prisionero de Tulcán se encontraba en el palacio de la presidencia dispuesto á amordazarles de nuevo.

Finalmente, el pueblo, que supo la verdad sobre la derrota de Tulcán, ensalzó el heroísmo de García Moreno; pues no hay deshonor en perder una batalla en semejantes condiciones. La derrota de las Termópilas jamás empañó la gloria de Leonidas ni el honor de Esparta.

CAPITULO XV

Unión de todos los liberales contra García Moreno.—Ataques al Concordato.—Lucha de García Moreno contra las injustas pretensiones del Congreso.—Salva el Concordato de las acometidas liberales.

A PENAS hacía dos años que García Moreno ejercía el poder, y si tenía en su favor al pueblo católico, en cambio toda la trunca liberal mansa y fiera detestábale con toda su alma. La liga fundada para echar abajo á García Moreno tenía como jefe al infame Urbina. Todos los liberales y masones del Ecuador eran enemigos encarnizados de García Moreno, particularmente el ambicioso Pedro Carbo. Otro fanático de Urbina era el doctor D. Pedro Moncayo, libre-pensador furibundo y masón de alto grado. A éstos hay que añadir todos los descontentos del interior, como los cesantes y militares que encontraban algún tanto dura é incómoda la disciplina militar, y, sobre todo, los católicos liberales, quienes encontraban que García Moreno era demasiado celoso de los derechos de la Iglesia.

Toda esta gente hacía coro para acusar al digno presidente del Ecuador de haber querido vender la patria al imperio francés.

Según la Constitución, el Congreso debía abrir las sesiones en el mes de Agosto de 1863. En el Ecuador, como en todas las repúblicas americanas, los diputados y senadores no se reúnen más que cada dos años y por tiempo limitado, menos dañosos en esto que los nuestros, quienes todo el año le pasan hablando y tirándose los trastos á la cabeza. García Moreno podía temerlo todo de los nuevos representantes, casi todos elegidos bajo la influencia de la Revolución cosmopolita. Una campaña terrible había comenzado contra el *hombre nefasto* que había impuesto al país un Concordato sin esperar la ratificación de las Cámaras; un odio so é intolerable Concordato contrario á nuestro siglo de las luces y del progreso. El principal instigador de todas estas calumnias era el famoso Pedro Carbo, encarnizado enemigo de García Moreno.

A los enemigos de la Iglesia uníanse ciertos católicos picados de la tarántula liberal. De tal manera ha confundido la Revolución las ideas, hasta en las mejores cabezas, que el hecho de devolver á la Iglesia su libertad es considerado como una usurpación de los derechos del poder civil.

Esta oposición general y violenta de la clase dirigente tuvo como efecto natural engañar al pueblo, que no entiende esta especie de cuestiones.

Hasta D. Antonio Borrero, antes muy amigo de García Moreno, y que había combatido contra el despotismo de Franco, separóse del presidente por no hacer su política solidaria de la de García Moreno. Ahora bien; en la época á que hemos llegado, 4 de Enero de 1863, García Moreno propuso á Borrero como candidato á la vicepresidencia de la República. A pesar de este acto de cortesía por parte del católico presidente, el católico liberal no pudo menos de tirar la piedra á la obra de García Moreno y de Pío IX.

Por su parte, el presidente, decidido á luchar contra las pretensiones del Congreso y de Borrero, resolvió presentar la dimisión antes de permitir que se aboliese el Concordato, que él consideraba como la salvación de la patria. El mensaje que dirigió á las dos Cámaras tenía el carácter de un verdadero *ultimatum*. Al dar cuenta de su gestión con una franqueza que no se encuentra en exposiciones de ese género, confesaba que las continuas discusiones con el Perú habíanle obligado á hacer grandes armamentos, y como consecuencia inmediata el Tesoro encontrábase algún tanto empeñado. «En el interior—decía García Moreno,—á pesar de los desesperados esfuerzos de una facción inmoral y turbulenta, hemos podido realizar considerables progresos, hacer cerca de cincuenta kilómetros de carretera, construir colegios y escuelas, traer órdenes religiosas para la enseñanza, y, sobre todo, celebrar un Concordato destinado á producir en la

nación una verdadera restauración moral, fuente de todo progreso.» Y añadía: «De qué nos servirán los progresos materiales ó científicos si la moral pública se encuentra en irremediable decadencia?... Finalmente, los ataques contra el Concordato ocasionarían la deshonra de la patria. Además, ni vosotros ni yo permitiremos que la Iglesia de Cristo vuelva á verse aherrojada con ignominiosa cadena; es decir, que arruinadas la religión y la moral, y desprestigiado el clero, hundiríase la república en espantoso desastre.»

Este mensaje fué acogido por aquella cáfila de liberales mansos y fieros con una frialdad más que glacial; y García Moreno hubiera presentado la dimisión sin los sordos rugidos que venían del lado de Nueva Granada. García Moreno no podía abandonar la presidencia en frente del invasor Mosquera sin hacer traición á su patria. Para terminar con aquellos insensatos debates y volver contra Mosquera todas las fuerzas vivas de la nación, reunió á los diputados, expúsoles su ansiedad, y terminó diciéndoles que continuaba considerando el Concordato como un tratado inviolable, y puesto que no podía impedir la laceración de sus artículos, pidióles le presentasen ellos mismos una reforma, y añadió que, según la ley constitucional, le reservase el derecho de poner el *veto* á la nueva reforma si atentaba á los derechos de la Iglesia.

Al revisar el Concordato los diputados, suprimieron de una plumada las inmunidades del clero,

quitáronle sus bienes y muy ufanos con semejante reforma, presentáronla al presidente para ser sancionada por la Santa Sede. García Moreno guardó el documento en el bolsillo y les anunció que, según su derecho, negaba el *Exequatur* á la ley de reforma, por ser ésta contraria á las leyes imprescriptibles de la Iglesia.

Después de haber deliberado con calma, los representantes de la nación juzgaron ellos mismos que la ley era imposible y absurda. Anularon las desdichadas disposiciones que habían decretado y rogaron al presidente se entendiese con la Santa Sede, lo cual aceptó sin dificultad. Así se salvó el Concordato, por la invencible energía de García Moreno, que no consintió jamás hacer el papel de rey constitucional.

CAPÍTULO XVI

Lanza Mosquera una proclama revolucionaria á los liberales de América.—Desea apoderarse del Ecuador.—Avistase con Mosquera D. Antonio Flores con plenos poderes para tratar de la paz.—Declárase la guerra entre los dos países.—Penetra el general Flores en Colombia.—Combate de Pasto.—Traición de Cuaspud.—Proclama de García Moreno á los habitantes del Ecuador.—Abandona Mosquera el Ecuador.

HEMOS dejado á Mosquera en las orillas del Carchi buscando el momento oportuno para invadir el Ecuador. El proyecto de confederación no era más que un pretexto; García Moreno lo adivinó y entonces Mosquera se quitó la careta.

El día 15 de Agosto dirigió á los habitantes de Cauca la siguiente proclama: «Marchemos juntos á la frontera para plantar allí la libertad. . . Ilustres defensores del derecho, apóstoles de las doctrinas radicales, las repúblicas de raza latina cuentan con vosotros para defender la independencia americana. La Colombia formará muy pronto una vasta confederación de veinte y cuatro millones de hombres.»

La Revolución, encarnada en Mosquera, venía á destruir la unión de la Iglesia y del Estado, personificada en García Moreno.

Mosquera fué excomulgado por el Santo Pío IX en una célebre Encíclica dirigida á los Obispos de Nueva Granada.

Entre la libertad predicada por este excomulgado y la libertad de los hijos de Dios, tal como la entendía García Moreno, el pueblo católico del Ecuador no podía vacilar. Cuando apareció la proclama de Mosquera, el gobierno recibió millares de firmas protestando de su apego á la Iglesia de Cristo y contra la unión del Ecuador á Colombia. Unido á este pueblo, que pedía combatir *pro aris et focis*, García Moreno expuso á las Cámaras la situación del Ecuador, con la firme esperanza, añadía, que el patriotismo de los representantes no le faltaría en tan críticos momentos.

Reuniéronse en congreso las dos Cámaras, y después de una discusión de dos días, enviaron un mensaje al presidente. Diputados y senadores condenaban la proclama de Mosquera, considerándola como una declaración de guerra y un insulto á la nación. Por el contrario, el pueblo católico indignábase al pensar que había de ser gobernado por un perseguidor de la Iglesia.

Declarada y aceptada moralmente la guerra, García Moreno quiso aún agotar los medios de conciliación. Envió, pues, á Pasto, cuartel general de Mosquera, al doctor D. Antonio Flores (1) con

(1) Hijo del ilustre general, nombrado presidente de la república á principios de 1888.

plenos poderes para tratar de la paz: Mosquera no hizo otra cosa que engañar al plenipotenciario, dando así tiempo para prepararse á la guerra, y al mismo tiempo hacer un pronunciamiento en el Ecuador, ayudado del incorregible Urbina.

No pudiendo ya García Moreno sufrir las provocaciones y los insultos del perseguidor de la Iglesia sin abdicar todo sentimiento de honor, el domingo 22 de Noviembre, después de haber dado un manifiesto á los habitantes de Tuquerres y Pasto, Flores penetró en Colombia favorecido por los mismos habitantes, de los cuales algunos incorporáronse á su ejército. Mosquera se estableció el 4 de Diciembre en Cumbal, mientras que las divisiones ecuatorianas, acampaban en los alrededores de Cuaspud, á una milla de distancia.

Al mismo tiempo seiscientos hombres mandados por el Coronel Eraso apoderábanse de Pasto después de terrible combate contra la guarnición.

Cortadas las comunicaciones con la capital de la provincia, Mosquera comprendió que la posición era difícil, y que para vencer érale preciso usar de astucia. El 5 por la tarde supo Flores por sus confidentes qué posiciones tenía Mosquera. Pasó la noche organizando las tropas y combinando los movimientos, cuando al tomar posiciones reconoció que su adversario, habiendo cambiado de dirección, dirigíase desde Cumbal hacia el Carchi, como si quisiera hacer diversión y entrar en el Ecuador. Sus confidentes, vendidos al enemigo,

habíanle engañado y vióse obligado á improvisar un nuevo plan de ataque. Lanzó el grueso del ejército á retaguardia del enemigo, mientras que varios batallones, ganando las alturas de Cuaspud, amenazaban el centro. Cuando Mosquera vió que la caballería de su adversario no podía operar, mandó á los suyos dar frente al enemigo, desplegándose en guerrilla para quitar á los Ecuatorianos las terribles posiciones de Cuaspud. Pero en vano; los soldados de Flores rechazaron á las guerrillas con tal ímpetu, que ya los colombianos huían en desbandada, cuando algunos batallones de la segunda división, poseídos de yo no sé qué pánico, echaron á correr gritando: ¡Sálvese el que pueda! llenando de terror á todo el ejército. En vano hicieron jefes y soldados heróicos esfuerzos para contrarrestar el miedo de unos pocos; la derrota fué completa. Quinientos hombres quedaron sobre el campo de batalla, y más de la mitad eran soldados de Mosquera.

La noticia de la derrota (ó más bien traición) de Cuaspud llevó la consternación á todo el Ecuador. Mosquera, vencedor, invadiría enseguida el país incorporándolo á la Colombia, y entonces la consecuencia legítima sería la persecución de la Iglesia, yugo mil veces más pesado y odioso que el del infame Urbina.

García Moreno conocía la situación mejor que nadie, y resolvió vencer ó morir. Al recibir, el 8 de Diciembre, la noticia de la derrota de su ejército,

lanzó la siguiente proclama, en la cual muéstrase su grande alma con toda la resignación y energía de un verdado cristiano.

«Compatricios, Dios ha querido probarnos; adoremos sus insondables designios.

»Dos oficiales venidos de Ibarra nos dicen que nuestro ejército ha sido batido en Cuaspud, y aunque ignoramos los detalles del combate, la derrota no es dudosa.

»Ecuadorianos, hoy más que nunca son precisos grandes esfuerzos para salvar la religión y la patria; hoy más que nunca debemos oponer á nuestro injusto agresor la barrera de heróico valor y de constancia invencible.

»¡A las armas, hijos del Ecuador! Volad á la frontera para llenar las bajas del ejército. Imploramos todos la clemencia del Todopoderoso, y fuertes con su apoyo, obtendremos la victoria ó la paz.»

De un extremo del Ecuador al otro levantóse inmenso clamor, y multitud de jóvenes fueron á combatir contra el bárbaro Mosquera, enemigo de la religión de Cristo y de la nacionalidad ecuatoriana.

Al ver aquel levantamiento en masa, Mosquera perdió la arrogancia y se apresuró á firmar un armisticio, y despues un tratado sin condiciones, dejando al Ecuador en paz y volviéndose por donde había venido.

CAPÍTULO XVII

Vistas las muchas dificultades del mando, proyecta García Moreno retirarse á la vida privada.—Vicepresidencia de Carvajal.—Escandalosa sentencia de los tribunales.—Decide García Moreno presentar la dimisión.—Cuestión del Perú.—Conspiración y fusilamiento de Maldonado.—Proclamación de García Moreno.—Insurrección de Machala y huida de Urbina.—Fusilamiento de Campoverde.

AL principiarse el año de 1864, García Moreno, después de haber sufrido tantas pruebas, preguntábase si sería humanamente posible continuar la lucha contra todas las fuerzas revolucionarias interiores y exteriores. Estas consideraciones impresionábanle vivamente y creía que era imposible gobernar el Ecuador si no se modificaba la constitución.

Ante esta situación sin salida, García Moreno manifestó el día 10 de Enero la firme resolución de retirarse á la vida privada; mas esta noticia causó tal impresión de tristeza en el pueblo, que al fin tuvo que abandonar el proyecto. Animado por el cariño del pueblo, puso de nuevo manos á la obra, convocó el Congreso en sesión extraordinaria para someter á su aprobación el tratado celebrado con

la Colombia, y presentar á sus sufragios al valiente Carvajal, que aspiraba á la vicepresidencia de la República por causa de la dimisión presentada por Romero.

El católico integérrimo Carvajal fué elegido con gran contento del pueblo. Los buenos ciudadanos comenzaban á respirar, cuando una escandalosa sentencia del Tribunal Supremo provocó una crisis mucho más grave que la anterior.

Los conjurados de Quinche, Espinel, Molineiros, Endara, Vélez y Cartagena, fueron llevados á los tribunales por crimen de alta traición. No había duda acerca de la culpabilidad de los acusados; pues constaba por cartas de Espinel que todos estos tristes personajes habían excitado al presidente de Colombia para que invadiese el Ecuador, prometiéndole el concurso del pueblo; sin embargo, á pesar de la evidencia de la traición, los tribunales masónicos del Ecuador les absolvieron. Con semejante justicia, el poder era entregado en manos de la Revolución.

Indignado con tal conducta, García Moreno mandó su dimisión al Congreso extraordinario. Un mensaje explicativo impregnado de noble tristeza recordaba el desastre de Cuaspud, causado por la escandalosa desertión de algunos batallones. «Antes de continuar las deliberaciones, decía, dignaos descargarme del peso del poder que me ha sido confiado..... Si en el ejercicio del poder he cometido alguna falta, dadme jueces; si estimáis que he

hecho todo lo que ha estado en mi poder para desarrollar la prosperidad de la República, quedame la satisfacción de haber cumplido con un deber, lo cual es mi única ambición. Quiera el cielo conceder á mi pátria días felices bajo el reinado de mi sucesor.»

Estos nobles sentimientos produjeron en los miembros de la asamblea una emoción vivísima, y las prevenciones contra García Moreno se desvanecieron como por ensalmo. Los diputados uniéronse al pueblo para obligarle á conservar el poder hasta la espiración de los poderes.

Viendo los revolucionarios que García Moreno continuaba en la presidencia, no les quedaba otro recurso para acabar con él que el puñal, tan en conformidad con las tradiciones liberales. Combinaron, pues, un plan de acción que pusiese en movimiento todas sus fuerzas. Desde el Perú, convertido en arsenal y baluarte de conspiradores, lanzarían algunos buques sobre Guayaquil y otros puntos de la costa, mientras que algunas partidas entrarían por las fronteras de Nueva-Granada. Los cómplices del interior procurarían asesinar á García Moreno, y entonces el pueblo reclamaría al libertador Urbina. Los conjurados contaban con varios oficiales, particularmente con el general D. Tomás Maldonado, enemigo personal del presidente.

Maldonado creíase el primer personaje de la República, y tenía envidia del gran prestigio de García Moreno.

Urdido el complot, tratábase en desacreditar al presidente, cuando un conflicto entre España y el Perú estalló, muy á propósito para servir de tema á sus acusaciones.

El almirante Pinzón, jefe de las fuerzas navales españolas, acababa de ocupar las islas Chinchas, parte integrante del territorio peruano. El agente diplomático Mazarredo había en un *Memorandum* lanzado la palabra *reivindicación*. Las repúblicas todas de la América meridional se conmovieron, y reclamaban nada menos que una confederación de todos los Estados contra España. Todos los liberales del Ecuador tocaron el esquilón del entusiasmo para discurrir contra la nación española. García Moreno no se entusiasmó como los liberales sus compatriotas, y declaró «que el Ecuador guardaría prudente reserva y estricta neutralidad mientras España no aprobase la usurpación de su agente..... pero que, confiado en el espíritu caballeresco de la nación española, tenía el convencimiento que el gobierno de S. M. Católica desaprobaba la inexplicable acción de su almirante.»

Esta conducta previsora y circunspecta fué interpretada por los revolucionarios como un insulto hecho al Perú y un abandono de los derechos de América. Sin hacer caso de las injurias, García Moreno preguntó ¿por qué el Ecuador había de mostrarse hostil á España, cuando se cruzaban de brazos en Bogotá, en Santiago y hasta en Lima? Esta razón tan obvia fué contestada con injurias.

El radical Pedro Carbo protestó en nombre del consejo municipal de Guayaquil contra la ocupación de las islas Chinchas, exponiéndose á que España declarase la guerra al Ecuador. Esto le valió una reprimenda del presidente. Los periódicos liberales del Perú atizaban el fuego de la discordia. Había llegado el momento de poner en ejecución el complot urdido contra el Ecuador y su jefe.

Los conspiradores, absueltos poco antes por el Tribunal Supremo, los Espinel, Enderas y Molineros, decidiéronse á tentar una revolución, ayudados por unos cuantos facinerosos que habían de incendiar la ciudad y asesinar á cuantos les resistiesen. Felizmente una indiscreción descubrió á los culpables, que fueron todos detenidos. García Moreno fué á Guayaquil, hízoles juzgar según las leyes, y perdonó á los culpables después de haber prometido en lo porvenir fidelidad inviolable. Según ciertas noticias de origen privado, el presidente se convenció que Maldonado conspiraba. García Moreno le echó en cara su deslealtad, y queriendo el general defenderse: «No quiero saber nada—díjole el presidente;—le perdono á usted; pero si en adelante le vuelvo á coger á usted conspirando, general y todo, mando que lo fusilen en medio de la plaza de Quito.»

Apenas habían pasado tres meses de este acto de generosa clemencia, cuando aquellos incorregibles facinerosos, con Maldonado á la cabeza, combina-

ron un habilísimo plan, que consistía en apoderarse del cuartel donde se hallaban presos los bandidos cogidos en Guayaquil, y ayudados de esta gente asesinar al presidente y á los principales personajes de la capital. El ayudante de García Moreno, Jaramillo, habíase obligado á entregar á su amo. Todo estaba muy bien preparado. El oficial de Guardia debía entregar el cuartel el 23 de Junio por la noche. Para evitar sospechas, Maldonado se ausentó de Quito tres días antes de dar el golpe, con el pretexto de retirarse á su casa de Latacunga. Empero son inútiles todas las precauciones cuando Dios no es del complot.

El día de la ejecución se reunieron los conjurados en una casa cercana al cuartel para tomar las últimas medidas; pero un amigo de los conjurados que lo sabía todo, vencido por el remordimiento, reveló al presidente todos los detalles de la conspiración. Sin perder un instante, García Moreno voló al cuartel, y llamando al oficial de guardia: «Le doy á usted cinco minutos—le dijo—para declararme los nombres de todos los cómplices de la conjuración que va á estallar esta noche, si no, le fusilo á usted como á un traidor.» Viéndose descubierto, el desdichado temblaba como un azogado y designó los nombres de sus cómplices, y García Moreno arrestó á los culpables en la misma casa donde estaban conspirando. A la luz de estos siniestros relámpagos, el presidente comprendió lo peligroso de la situación, y era preciso vencer á

aquellos energúmenos ó morir en la demanda.

Ante todo pensó aterrarnos con un acto solemne de justicia. Los sicarios tenían como jefe á un general bastante influyente para desmoralizar el ejército, y bastante criminal para hacerse jefe de ladrones y asesinos. García Moreno estaba decidido á hacer un escarmiento. «Que se esconda bien Maldonado—decía,—porque si cae en mis manos me veré obligado á ahogar la revolución en su sangre. Por eso se inquietó muy poco de los otros conspiradores. Contentóse con desterrarlos al Brasil. El coronel D. Ignacio Vintimilla recibió la orden de registrar todo el país para descubrir su paradero. Por su parte, los revolucionarios no perdonaban esfuerzo ninguno para salvar á su jefe.

El Ecuador fué asaltado por todas partes. El 21 de Junio una compañía de piratas, equipados por Urbina con el dinero del Perú, se arrojaron sobre las provincias de Manabí, llevándolo todo á sangre y fuego. El coronel Salazar, con un puñado de valientes, les salió al encuentro, y en un ataque á la bayoneta mataron á la mayor parte, quedando los restantes prisioneros, los cuales fueron fusilados sin misericordia.

En la provincia de Oriente hubo otro movimiento insurrecto; empero García Moreno, impasible en medio de la tempestad como la roca azotada por las olas, preparaba las tropas organizando la defensa, persuadido que era necesario aterrar á los revolucionarios; cuando el 24 de Agosto Mal-

donado fué descubierto y hecho prisionero en una hacienda de las inmediaciones de Guayaquil. El coronel Vintimilla condujo el prisionero á Quito.

En los primeros momentos llenáronse de estupor los liberales; empero luego reflexionaron que las leyes no permitían al presidente más que la deportación ó los tribunales; pero como los jueces en su mayoría eran masones, estaban seguros que Maldonado sería absuelto. Desgraciadamente para los radicales, García Moreno no aceptaba que una nación deba resignarse á perecer antes que violar la legalidad constitucional. Creía con todos los filósofos que las leyes eternas están sobre todas las farsas parlamentarias. Y de su propia autoridad, encargado como estaba por Dios de proveer á la salvación de su pueblo en aquel supremo instante, decretó que Maldonado sería fusilado al día siguiente, 3o de Agosto, en medio de la plaza de Santo Domingo.

La víspera de la ejecución, el mismo García Moreno fué á la cárcel para anunciar al prisionero que iba á ser fusilado. El 3o de Agosto, antes de la ejecución, el coronel Dalgo recibió la orden de escalonar las tropas en la carrera que había de seguir el prisionero para ir al patíbulo. Cuando se vieron los siniestros preparativos, la ciudad entera levantóse llena de una impresión de sorpresa y de espanto. Todos se interesaban por la vida de Maldonado, y se formaron diputaciones para interceder en favor del culpable. García Moreno, para no

verse obligado á escuchar á nadie, cerró la puerta de su casa, dando orden que no dejasen pasar á persona alguna. Por otra parte, la llegada á Quito de la esposa de Maldonado aumentó la emoción del público. El coronel Dalgo veíase perplejo ante las demostraciones populares, y no sabiendo qué hacer, mandó á un oficial al palacio de García Moreno pidiendo instrucciones. «Diga usted al coronel—respondió el presidente,—que si á las cinco no oigo el fuego del pelotón de ejecución, lo haré fusilar á él en lugar de Maldonado.» Algunos momentos después pagaba Maldonado con la vida su infame traición.

La multitud volvía silenciosa y aterrada cuando García Moreno salió de su casa, atravesó con gran calma entre militares y paisanos, yendo fuera de la ciudad para inspeccionar ciertos trabajos que le ocupaban en aquel entonces.

En aquella misma noche redactó la siguiente lacónica proclama:

«Ecuatorianos: Vuestro reposo, vuestros bienes, y hasta vuestra vida, están amenazados desde hace mucho tiempo por criminales corrompidos por el oro del Perú y cuya impunidad asegura nuestra legislación. La invasión de Manabí, la revolución sangrienta proyectada en el mes de Junio, los latrocinios de Napo, la sublevación de Machala, el alistamiento de Nueva-Granada, y los esfuerzos tentados ahora para pronunciar las pacíficas poblaciones de nuestras costas, prueban hasta la evi-

dencia que la imoralidad de algunos miserables hace que peligre el orden público.

»En esta espantosa crisis, el gobierno debe optar entre dos partidos extremos: abandonar el orden público, vuestros más caros intereses, vuestras leyes, vuestra Constitución, sucumbir á los golpes de esos facinerosos, ó tomar sobre sí la grave pero gloriosa responsabilidad de comprimir su furor por medios severos pero justos, terribles pero necesarios..... Por eso, los que hayan sido corrompidos por el oro caerán bajo el plomo vengador; al crimen sucederá el castigo..... Si es preciso sacrificar mi vida para obtener este resultado, lo haré con gusto por vuestro reposo y vuestra felicidad.»

Libre de Maldonado, el presidente volvió sus armas contra Urbina que á la cabeza de quinientos ó seiscientos bandidos ocupaba el pueblo de Machala. Con sus tres grandes amigos, Robles, Franco y León, estaba seguro que la revolución se extendería por todo el país. En una proclama enfática anunciábase como un libertador. Los pobres habitantes de Machala no podían hacerlo bueno; pues tuvieron que huir á los montes por no caer en manos de los facinerosos soldados de Urbina.

Semejante acogida, unida con la ejecución de Maldonado, hizole reflexionar, cuando un decreto de García Moreno poniéndole fuera de la ley, desanimóle completamente. Varios batallones fueron

á Machala con orden de apoderarse de Urbina y fusilarlo sin formación de causa.

Siempre prudente, en lugar de esperar las tropas de Guayaquil, el *libertador* se escapó con trescientos hombres con el pretexto de sublevar la provincia de Loja; empero no era otro el motivo que ganar la frontera del Perú: Robles desapareció, y Franco y León fueron derrotados en Santa Rosa el 17 de Septiembre, huyendo hasta Zapotillo y desde aquí al Perú.

Así abortó la expedición preparada por la Revolución cosmopolita para echar á bajo á García Moreno. Terminada la campaña, el católico presidente recorrió las provincias invadidas, visitando á Guayaquil, Machala, Santa Rosa y Cuenca.

Felicitó á los pueblos por su fidelidad, perdonó á los que se habían dejado seducir por miedo ó por sorpresa, pero se mostró inexorable con los cómplices de Urbina. Había en la cárcel de Cuenca un jefe de partida llamado Campoverde.

Los habitantes de la ciudad se defendieron contra él hasta hacerle prisionero y un consejo de guerra le condenó á muerte, el mismo día que García Moreno hacía su entrada en Cuenca. Aprovecháronse de esta circunstancia para pedir el indulto del culpable. «Si invocais la justicia, respondió el presidente, hacedme ver que este hombre no es culpable, y si es, por caridad, tened compasión de los inocentes cuya muerte vais á causar: porque si perdono á este criminal, mañana correrá la sangre

g

en una nueva revolución.» Campoverde fué fusilado.

De este modo se terminó, al principiarse el año de 1865, esta lucha de cuatro años, sostenida por un hombre solo contra los revolucionarios de su patria. El Concordato estaba implantado, y las reformas sociales en vía de ejecución, á pesar de la oposición del Congreso, la traición de Maldonado y las invasiones de Urbina. Buscando á Dios y su justicia, García Moreno prevaleció contra todos. Ya no quedaba á la Revolución otro recurso que hacer nombrar un presidente según sus ideales, luego que García Moreno terminase su misión.

CAPÍTULO XVIII

Propone García Moreno á D. José Caamaño como presidente.—Renuncia de Caamaño.—Es elegido D. Jerónimo Carrión.—Robo del *Washington* por los Urbinistas.—Heroismo de García Moreno.—Energía que mostró con el cónsul inglés y el capitán del *Talca*.—Sale de Guayaquil á bordo del *Talca* y derrota en Jambeli á los urbinistas, fusilando á la mayor parte.—Triunfo hecho al presidente en Guayaquil.

EL año de 1865 era el de la elección presidencial. Así lo quería la igualdad republicana, que no confía el poder sino por cuatro años, y sin facultad de reelección. Los revolucionarios deseaban llegase el período electoral, y García Moreno veíalo llegar con inquietud. Un capitán que ha dirigido un navío en medio de las tempestades, no le abandona sin gran sentimiento á manos inexpertas. Y sin embargo, dejó el poder con mucha alegría. Todo su afán consistía en buscar un sucesor que siguiese su política francamente católica. Por eso propuso á D. José María Caamaño, de Guayaquil, quien, según él, poseía las cualidades esenciales de un hombre de Estado; honradez acrisolada, carácter enérgico, sentido recto y práctico, espíritu religioso, de los pocos que en Gua-

yaquil no se han avergonzado nunca en practicar sus deberes cristianos, por lo cual merece el odio de los masones, muy numerosos en la referida ciudad.

Los comités y periódicos del Gobierno protegían con calor esta candidatura, cuando una mala inteligencia vino á contrariar los designios del presidente.

Un club urbinista compuesto de radicales más ó menos comprometidos en las últimas insurrecciones, fué cerrado por sus violencias y por no querer comunicar los nombres de sus miembros. Los liberales de todos los matices pusieron el grito en el cielo, y Caamaño, sin conocer las causas del cierre del círculo, declaró públicamente que se negaría á aceptar una candidatura impuesta por la violencia y la coacción. Contrariado con semejante respuesta, García Moreno escribió á su candidato diciéndole que no tenía ninguna gana de coartar la libertad de los electores; empero que se había visto obligado á tomar medidas de rigor contra un club compuesto de perturbadores de profesión. Entonces Caamaño, mejor informado, declaró «que si hubiese conocido la existencia de esas sociedades perturbadoras, en lugar de escribir su desdichada carta, hubiera aprobado las medidas del Gobierno.» Sin embargo, García Moreno creyó más prudente elegir un candidato menos pronto á dejarse llevar de influencias liberales. D. Jerónimo Carrión, de Cuenca, hombre sencillo y reli-

gioso, amigo de la religión y enemigo irreconciliable de los revolucionarios, fué el elegido de García Moreno. Los católicos, guiados por el gran patriota, aceptaron esta candidatura.

La oposición se dividió entre Pedro Carbo y Gomez de la Torre, dos liberales, fiero y ardiente el primero, manso é hipotético el segundo. Carbo se retiró de la lucha después de haber insultado á García Moreno en periódicos y folletos, y en presencia de Carrión no quedó otro competidor que D. Manuel Gómez de la Torre. Los liberales fieros, viéndose privados de la candidatura de Carbo, unieronse con los partidarios de Gómez, según su táctica de siempre: lo importante del asunto era impedir el triunfo del reinado social de Jesucristo personificado en García Moreno.

La elección tuvo lugar el día 15 de Mayo de 1865. El candidato católico obtuvo veinte y tres mil sufragios, mientras que el liberal Gómez de la Torre, ayudado de revolucionarios é hipotéticos, no pudo reunir más que ocho mil. García Moreno alcanzó una gran victoria con esta elección. Grande fué la desesperación de los liberales de todos los matices al ver á Carrión de presidente de la República, y por consiguiente triunfante la política católica de García Moreno. Ante perspectiva tan desoladora, tomaron la resolución de hacer un supremo esfuerzo para apoderarse del país. Contaban para ello con la muerte reciente de Flores, cuyos talentos militares eran antes un obs-

táculo á sus planes: además García Moreno no era ya presidente y no podría hacerse obedecer de los soldados con tanta facilidad como antes.

El 31 de Mayo por la noche, unos cincuenta urbinistas mandados por el intrépido José Marcos ocultáronse en una isleta del río Guayas, no muy lejos de Zamborodon. El navío mercante *Washington*, que se había acercado al lugar donde los bandidos se habían ocultado, recibió á estos, habiendo dado al capitán mil duros para entregarles el barco con armas y municiones. Hacia las once de la noche, cuando la ciudad y el río estaban en la mayor oscuridad, acercáronse silenciosamente al vapor *Guayas*, único barco de guerra del Ecuador. No teniendo motivos para tener sospechas del *Washington*, los oficiales del *Guayas* creyeron que era una falsa maniobra del capitán; iban ya á prestarle socorro, cuando los urbinistas se lanzaron al abordaje como lobos rabiosos, matando al comandante Matos y degollando á los pobres marinos desarmados. Enseguida desataron las amarras, ataron el *Guayas* al *Washington* y se lanzaron á alta mar.

Al día siguiente se supo que los dos vapores, acompañados de un tercero, el *Bernardino*, estaban en Jambelí, á ocho leguas de Guayaquil.

Al cabo de tres días, un correo de Guayaquil llevaba á García Moreno la noticia de esta nueva conjuración, y el nuevo peligro en que se encontraba el Ecuador. Hallábase entonces bastante

aquejado por la enfermedad del hígado, y para descansar algunos días habíase retirado á su hacienda de Chillo. Para vencer no le quedaban al heroico presidente más que su energía y su confianza en Dios. Pronto, como el rayo, en un instante trazó un plan de campaña. Aquella misma noche salió para Quito, y después de haber entregado algunos decretos al vicepresidente Carvajal, tomó el camino de Guayaquil acompañado de su ayudante. En tres días hizo ochenta leguas, cayendo como un relámpago en medio de sus enemigos. Era el día 8 de Junio; nadie le esperaba en aquellos momentos, pues la captura del *Guayas* no databa más que de ocho días y era casi imposible recibir la noticia y estar en el teatro de la guerra. El Consejo municipal, compuesto en su mayoría de liberales avanzados, encontrábase todavía reunido, saludando ya el triunfo de Urbina y la caída del déspota, cuando un empleado se precipitó en medio de la sala gritando: ¡García Moreno!.... En un instante quedó la sala vacía.

Al día siguiente apareció en todas las paredes de Guayaquil el siguiente decreto:

«Considerando: que en la noche del 31 de Mayo cincuenta filibusteros, á bordo del vapor *Washington*, hanse apoderado por sorpresa del buque de guerra *Guayas* después de asesinar al capitán y á los soldados....

»Los piratas serán juzgados en Consejo de guerra verbal, al menos que, arrepentidos de sus crí-

menes, no invoquen espontáneamente la clemencia de la autoridad. Aquellos que favoreciesen en cualquier punto del territorio los anárquicos manejos de los piratas, serán también juzgados en Consejo de guerra y condenados á pena capital... Serán, no obstante, exceptuados los que abandonen las filas de la insurrección, implorando la clemencia del gobierno.»

Seguía otro decreto que concernía al ejército, no menos riguroso que el primero:

«Considerando: que la paz de la República se halla seriamente amenazada con el atentado de 31 de Mayo, declaramos al ejército en campaña. Los desertores serán sometidos á un Consejo de guerra y castigados según las leyes. El presidente de la República tomará el mando del ejército.»

Al leer estos decretos, todo el mundo comprendió que García Moreno les pondría en ejecución sin consideración de ningún género. Por eso los revolucionarios llenáronse de miedo: sin embargo, todos se preguntaban cómo se las arreglaría García Moreno para vencer á los piratas. La llegada del vapor inglés *Talca* reveló la audaz idea del caudillo católico, idea mucho más atrevida que el abordaje del *Guayas*. Sin esperar á los piratas y para acabar de una vez con las insurrecciones, se propuso atacarles en el mismo Jambelí.

Como siempre, se supo su secreto en el momento de la ejecución. Luego que el *Talca* entró en el puerto, García Moreno rogó al cónsul inglés se

le cediese momentáneamente para armarle en guerra y perseguir á los filibusteros. El cónsul accedió mediante una indemnización. Los trabajos de armamento habían ya comenzado, cuando el cónsul, creyendo sin duda que el barco se perdería, exigió el precio de la venta, que él mismo evaluó en 50.000 libras, ó sean seis millones de reales. No teniendo tiempo para discutir con John Bull, García Moreno aceptó el precio. Entonces tocó la vez al capitán, quien se puso á protestar contra la venta de un barco que le había sido confiado. Sin dar aviso á García Moreno, ordenó á sus marineros que expulsaran del barco á obreros y soldados y quitasen la bandera ecuatoriana que ondeaba en el vapor. Y para apoyar sus protestas pidió auxilio á una fragata española, y ésta le prometió que haría fuego sobre el buque si llegaba á salir del puerto.

En presencia de semejantes dificultades, el presidente se decidió á obrar con energía. Hizo ver al capitán inglés la injusticia de sus reclamaciones; pero el hijo de Albión replicó que iba á enarbolar la bandera inglesa y que antes de tocar al buque, habían de pasar por encima de su cadáver. —«Y yo, dijo García Moreno, voy á mandarlo á usted fusilar ahora mismo y su bandera le servirá de mortaja.» Al ver el pelotón dispuesto para hacer fuego, el inglés se retiró, pero todo no estaba aun terminado. Al visitar la máquina se apercibió que le faltaban varias piezas necesarias. García Moreno mandó apresar á los dos maquinistas, obligándos-

les bajo pena de la vida, á arreglar la máquina en presencia de otro maquinista que minuciosamente comprobaría sus operaciones. Cuatro soldados estuvieron encargados de la vigilancia y de saltarles la tapa de los sesos si se mostraban recalcitrantes.

Terminados los preparativos, el barco fué armado con cinco cañones, municiones, hachas y demás instrumentos de abordaje. Católicos y liberales prestaron asistencia á los soldados, los primeros por amor á la religión y los otros por librarse de García Moreno. Un desastre parecía inevitable; por eso no se encontró maquinista á menos de 20.000 duros. Uno de los médicos designados para acompañar á la expedición se ocultó cobardemente y García Moreno le declaró desertor y privado de los derechos de ciudadano. Por lo que toca á los soldados, el caudillo católico dijoles antes del embarque: «A mí no me hacen falta más que hombres de corazón; que los valientes se pongan á mi derecha y los cobardes á mi izquierda.» En un instante pasaron todos á la derecha. Escogió doscientos cincuenta de los más determinados y les mandó subir al buque. Un sacerdote acompañaba á los soldados, como supremo consolador en los momentos de peligro.

Luego que los soldados estuvieron á bordo del *Talca* y del vapor *Smyrk*, García Moreno animóles á cumplir con su deber. El pequeño ejército abandonó el puerto de Guayaquil dando vivas á García Moreno, los católicos respondían desde la pla-

ya y los liberales cambiaban miradas de satisfacción; pues decían que la tripulación entera perecería. Los marineros de la fragata española encogíanse de hombros, viendo á aquellos valientes ir á buscar una muerte cierta.

García Moreno abandonó el puerto de Guayaquil el 25 á las seis de la tarde. El 26, á las ocho de la mañana, vieron la posición de los barcos enemigos en la rada de Jambelí. El *Guayas* y el *Bernardino* estaban reunidos y á vanguardia, mientras que el *Washington*, que acababa de llegar de Santa Rosa, quedaba anclado en una bahía bastante lejana.

El momento era solemne y decisivo. Apenas los insurrectos habían tenido tiempo para reconocer á los soldados de García Moreno, cuando ya estaban en orden de batalla y haciendo fuego con todas las piezas á la vez. García Moreno gritó entonces á sus soldados: «¡Nada de descargas inútiles: puñal en mano y adelante!» Envalentonados con la serenidad del jefe, los soldados cogieron los puñales. El *Talca* se lanzó á todo vapor, pero rodeando el *Guayas* para evitar las descargas del enemigo. Una vez al alcance de los enemigos, García Moreno dió la orden de hacer fuego. Una granada abrió el *Guayas* y entonces el *Talca* echóse sobre él matando á marinos y soldados. Cuarenta y cinco fueron hechos prisioneros y los demás perecieron allí mismo cosidos á puñaladas por los soldados de García Moreno.

Mientras que se apoderaban sin resistencia del *Bernardino* y de la goleta, *El Smyrk* corrió hacia el *Washington*, que tenía á bordo á los dos héroes Urbina y Robles. La sorpresa y el espanto causaronles tal pánico, que oficiales y soldados se echaron al agua con el fin de ganar los bosques vecinos. En la precipitación, los prófugos se olvidaron de la caja llena de falsos billetes de banco y de la correspondencia de Urbina con sus amigos de Guayaquil. Al cabo de tres días los aventureros pasaron la frontera del Perú, decididos á dejar los combates de mar y tierra.

La victoria fué completa, y el único sentimiento de García Moreno era no tener bastante gente para perseguir á los fugitivos y apoderarse de Urbina. Los prisioneros fueron condenados á muerte, excepto diecisiete que habían sido llevados á la fuerza. Entre los condenados figuraba José Marcos, jefe de la banda, el coronel Vallejo, Darío, Viterí y José Roblés. Todos los prisioneros recibieron el perdón de sus faltas de manos del sacerdote que acompañaba á la expedición é inmediatamente fueron pasados por las armas.

Cuando ya estaba la pequeña flota cerca de Guayaquil, el *Smyrk* se adelantó para anunciar la buena nueva. La ciudad entera estaba en el muelle llena de ansiedad. Cuando apercibieron el *Washington* y los otros barcos, muchos creyeron que Urbina volvía vencedor, pero García Moreno apareció de pié sobre el puente del *Talca*. Un inmenso *viva*

salió entonces de todos los pechos y hasta los marinos españoles, transportados de entusiasmo, saludaban al vencedor con salvas de artillería. Los papeles cogidos en el *Washington* descubrieron á muchos cómplices de Urbina, uno de ellos fué el doctor Viola, natural de Buenos Aires y agente principal de Urbina en Guayaquil. Después de haber confesado él mismo su participación en el crimen, García Moreno le hizo fusilar á pesar del empeño del cónsul de Buenos Aires por salvarle la vida. Urbina y sus amigos no intentaron más pronunciamientos, y Jambelí fué su última cruzada mientras vivió García Moreno.

CAPÍTULO XIX

El hombre providencial.—Perfidia de los liberales y amor del pueblo á García Moreno.—El pueblo se opone á su salida del Ecuador.—Indecisión del nuevo presidente.—La misión diplomática de Chile y el asesino Viteri.—Infamia de los tribunales masones.—Audacia de los liberales contra el gobierno.—Elecciones liberales y caída del gobierno. Propone García Moreno á D. J. Espinosa y es elegido Presidente.

CONSIDERADO ya como el héroe del Ecuador, García Moreno era para los ecuatorianos el hombre providencial enviado por Dios para matar al mónstruo revolucionario. Sin embargo, la alegría que reinaba en todos los corazones mezclóse con la tristeza de verle abandonar el sillón presidencial para instalar en él á su sucesor. La nación entera le felicitó por las victorias obtenidas en bien de la patria, y las diez sociedades populares de Quito representadas por sus delegados, ofrecieron al expresidente una medalla de oro enriquecida con diamantes y que contenía esta inscripción: «A García Moreno, modelo de virtud, como recuerdo de los servicios prestados á la patria.»

García Moreno respondió que no tenía ningún derecho á aquella excepcional recompensa; empero

que la aceptaba con gusto como prueba cariñosa de la amistad que le profesaban los hombres honrados.

Hemos visto los sentimientos del pueblo para con García Moreno en el momento que éste abandonaba el cargo de presidente, un año apenas del fusilamiento de Maldonado y un mes después del combate de Jambelí. Los actos de justísima severidad no le hicieron odioso á sus compatriotas, como falsamente lo propalaban los liberales; por el contrario, el pueblo, representado por todas las clases sociales, reconocía en García Moreno al hombre necesario para restaurar la tesis católica en la república ecuatoriana.

Faltaba saber si la opinión del pueblo sería confirmada por los diputados, la mayor parte liberales mansos y fieros. García Moreno tenía que dar cuenta al Congreso de todos sus actos durante el tiempo que había desempeñado la presidencia, y se decía ya que algunos diputados pensaban formarle causa con motivo de las acciones arbitrarias é ilegales que en los últimos años había cometido.

El pueblo en masa salió á la defensa del gran caudillo católico y en los muros de la capital aparecieron proclamas ensalzando las virtudes del ilustre García Moreno.

El expresidente dió cuenta al Congreso de todas sus acciones con soberana dignidad. Los miembros del Congreso viéronse desarmados ante la honradez y patriotismo de aquel hombre extraor-

dinario, y todos, católicos y liberales, aprobaron y aplaudieron su conducta, diciendo que, si había violado las leyes, fué para obedecer á la ley suprema, la cual le mandaba salvar á la nación.

La Constitución prohibía al presidente saliente salir del territorio antes de terminado un año sin autorización del Congreso, y García Moreno, que quería ser independiente, pidió la autorización de ausentarse del Ecuador. Enseguida se alarmó el pueblo, y todos creían ver la sombra de Urbina á medida que el héroe de Jambelí desaparecía en lontananza. Fué tal la emoción popular, que una petición numerosísima reclamando contra la autorización fué sometida al Congreso, y éste la discutió con verdadero calor.

Jamás hombre político fué objeto de semejante debate en un parlamento. La mayoría, conforme con los deseos del pueblo, votó que García Moreno, *el hombre necesario*, no podía salir del Ecuador. Esta decisión del Congreso prueba el gran prestigio del expresidente, y cuán indispensable era en medio de aquellas buenas gentes, que nada sabían ni podían hacer sin él.

El presidente Carrión comenzó su carrera presidencial con un discurso contra la revolución: «La demagogia—decía—ha hecho constantes esfuerzos para trastornar el orden público.» Según él, «exaltábase demasiado la libertad del mal, que los pueblos fascinados han tomado de las radicales teorías de la Francia revolucionaria para destro-

zarse unos á otros sobre las ruinas del orden y de la verdad.»

García Moreno no hubiera tenido inconveniente en firmar este programa; empero para ponerlo en práctica era necesaria una voluntad más firme que la del presidente Carrión. Hombre honradísimo en toda la extensión de la palabra, amante de la Iglesia, faltábale decisión cuando se trataba de obrar con energía. Para gobernar según sus patrióticas miras, no tenía más que apoyarse en García Moreno; pero ya fuera que temiese su influencia, ó deseo de unir todos los partidos, lo cierto es que alejó de sus consejos á su predecesor. Rodeóse de liberales, confiando la dirección de su política á D. Manuel Bustamante, muy conocido por su odio á García Moreno. Con semejantes inspiradores, el presidente Carrión gobernó de un modo absolutamente opuesto á su programa. La cuadrilla liberal aplaudía sus actos de gobierno, y hasta los radicales que volvían del destierro declarábanse satisfechos con el nuevo presidente. A la sombra del liberalismo crearon periódicos impíos é inmorales, en los cuales se atacaba con furor á la religión de Jesucristo, y se organizaron asociaciones políticas llamadas á ser más tarde oficinas de nuevos pronunciamientos.

Sin embargo, aunque sin influencia alguna en el gabinete, la sola presencia del ex-presidente en el Ecuador turbaba el reposo de los revolucionarios: por eso decretaron deshacerse de él en la pri-

mera ocasión. «El puñal y el asesinato son democráticos y liberales, ha dicho un liberal moderno, y las logias tienen siempre sicarios á su disposición.»

Con motivo de las cuestiones entre España y la república de Chile, García Moreno fué nombrado enviado extraordinario plenipotenciario del Ecuador en Chile con objeto de celebrar con esta república un tratado de comercio y navegación. El tratado no corría mucha prisa ni tampoco era muy importante, pero era necesario echar algún hueso al monstruo liberal, que jamás dice basta.

Los revolucionarios dieron gritos de alegría al ver que el gobierno se privaba de su apoyo más firme: además, el viaje á Chile era para ellos una magnífica ocasión de librarse para siempre de su mortal enemigo. Algunos meses antes habían ya formado el propósito de asesinarle en la Carolina, hacienda de García Moreno; empero ciertas indiscreciones de los conjurados obligáronles á dejarlo para más adelante. Esta vez decidieron las logias que el Ministro plenipotenciario de Chile no volvería al Ecuador.

García Moreno se embarcó en Guayaquil el 27 de Junio, no sin haber antes recibido anónimos en los cuales amenazábanle con la muerte. Una respetable dama de Lima suplicóle tomase algunas precauciones; pues los refugiados del Perú pensaban asesinarle á su llegada al Callao; empero el católico ex-presidente pertenecía á esa raza de

valientes que ponen en Dios toda su confianza.

Llegó el vapor al Callao el día 2 de Julio y García Moreno tomó en seguida el tren que había de llevarle á Lima. El tren llegó á la capital del Perú á medio día. Uno de los compañeros del ex-presidente, D. Ignacio de Alcazar, apeóse el primero con ánimo de hablar á un agregado de embajada que había ido á saludarles. García Moreno bajó después acompañado de una sobrinta suya. En el momento que volvía la cabeza para saludar á un amigo, un tal Viterí, pariente de Urbina y hermano de Darío Viterí, se acercó á él, sacó del bolsillo un revólver y tiróle dos tiros á boca de jarro, antes que García Moreno tuviese tiempo de hacer movimiento ninguno. Instintivamente y como movido por un resorte, lanzóse sobre el asesino y asiéndole el brazo con violencia, impidió que tirase el tercer tiro. La sangre corría de dos heridas ligeras que había recibido el caudillo católico, una en la frente y la otra en la mano derecha.

Mientras que tenía cogido del brazo á su adversario, uno de sus amigos, D. Félix Luque, corrió á prestar auxilio á García Moreno, pero un compañero de Viterí le atravesó la mano de un tiro. Al ruido de las detonaciones, acudió D. Ignacio Alcazar y cayó sobre Viterí á puñetazo limpio; pero herido en la cabeza el asesino y furioso contra el nuevo enemigo que se le echaba encima, descargó sobre Alcázar los dos tiros que le quedaban en el revólver; mas D. Ignacio respondió

con otra doble descarga, obligando á Viterí á poner piés en polvorosa. Aquella horrible escena no duró más que unos momentos.

Como sucede siempre en semejantes casos, la policía dejóse ver cuando ya no hacía maldita la falta. En vez de apresar á Viterí, que revólver en mano andaba buscando á García Moreno para asesinarlo, los *guardianes del público desorden* entretuviéronse en herir al secretario Alcázar, con el fin de quitarle el revólver. García Moreno protestó contra semejante conducta, y dijo á la policía que mientras no apresaran al asesino, ni él ni sus compañeros soltarían las armas. Al fin se decidieron á coger á Viterí, llevándolo al Gobierno civil.

La noticia del cobarde atentado corrió por toda la ciudad con la velocidad del rayo; el presidente de la república mandó el coche, encargando á su ayudante que llevase á palacio á García Moreno. En palacio fué recibido con las mayores muestras de cariño por el presidente Prado, y Viterí fué encerrado en un calabozo.

Empero en este proceso es donde brilla en todo su esplendor, y bajo su más cínico aspecto, la maldad de la banda infernal que hoy gobierna al mundo. Las logias embrollaron de tal manera el asunto, que, á pesar de haberse cometido el crimen en pleno día y de tener infinidad de testigos, los jueces masones absolvieron á Viterí, aconsejándole se hiciese pasar por víctima diciendo que García Moreno era quien había querido asesinarle,

y que él, Viterí, no había hecho más que defenderse.

Esta vergonzosa prevaricación de los jueces, más aún que el atentado del 2 de Julio, excitó en los católicos de Quito sentimientos de indignación y de cólera. Al ver cómo trataban á un embajador del Ecuador, todos preguntábase si ya no había gobierno, y qué era lo que hacía el presidente Carrión... Contentábase con escribir á la víctima una carta de pésame, y el ministro Bustamente, informado del acontecimiento por el mismo García Moreno, respondía á su vez: «que se hubiera inclinado á creer en una venganza personal, si la noticia del asesinato propalada antes del acontecimiento, y la insistencia de los emigrados por obtener del Tribunal Supremo la acusación de la víctima, no hubiesen manifestado un complot de la secta.»

Por lo que toca á los mestizos ó católicos liberales, creyeron la ocasión oportuna para gritar contra la intransigencia de García Moreno. Sin duda los sectarios hubieran cometido un crimen horrendo; pero sin el integrismo del expresidente no hubiese sucedido absolutamente nada.

Demasiado generoso para ocuparse en la indiferencia de los diplomáticos y en las insolencias de los ingratos, García Moreno, una vez curado de sus heridas, embarcóse con dirección á la república de Chile, aunque sus amigos le habían anunciado que nuevos asesinos le esperaban en Valparaíso. Los liberales hicieron correr semejantes no-

ticias con ánimo de impedir una misión que había de aumentar la consideración de su enemigo. El presidente y la buena sociedad de Chile recibieron al ilustre embajador con todas las consideraciones debidas á sus prendas personales y al alto cargo con que se hallaba revestido. Desempeñó su cometido á las mil maravillas. Convenciones postales, diplomáticas y consulares; tratados de alianza, de comercio y de navegación; determinación de principios comunes en las relaciones internacionales; todo fué arreglado con gran ventaja de las partes contrayentes. Además, en los seis meses que García Moreno pasó en Chile, tuvo ocasión de relacionarse con la nobleza y con lo más ilustre de Valparaiso. En todas partes almiraban su vasta ciencia y su catolicismo á machamartillo.

Tal fué el resultado de la conjuración liberal. El nombre de García Moreno resplandeció con nuevos y brillantísimos resplandores en toda América, y todos comprendieron que era el único hombre á quien temía la Revolución.

A su vuelta de Chile, García Moreno pasó algunos días en la capital en medio de su amigos; dió cuenta al presidente de la misión, retirándose enseguida á Guayaquil, en casa de su hermano Pablo, para tratar de asuntos de familia. Sin fortuna personal, y muy escrupuloso para alimentarse con el sudor del público, no le quedaba otro recurso sino trabajar para vivir. Además, con la política de balancín del presidente Carrión, un hom-

bre de su valor no tenía nada que hacer en Quito hasta que los católicos le llamasen para contener el torrente de la revolución.

Hacia ya más de un año que los principios anárquicos, sembrados en el país por los periódicos de la secta, pervertían las inteligencias. Resucitando las cuestiones entre la Iglesia y el Estado, el gobierno suspendió la ejecución del Concordato para poner en vigor la inicua ley del patronato eclesiástico. En vano el delegado apostólico protestó contra semejante iniquidad; el ministro Bustamante mantuvo el decreto con gran aplauso de los liberales todos.

Con un gobierno sin brújula, no tenían los liberales que guardar ninguna especie de consideración; por eso los periódicos liberales conspiraban abiertamente contra la religión y contra el Estado. Montalvo predicaba en *El Cosmopolita* las excelencias del paganismo y la superioridad de éste sobre el cristianismo. En 1865 quitáronse la careta y presentaron en las elecciones á los candidatos más revolucionarios. La lucha tomó proporciones muy graves. Habiendo tenido el gobierno la debilidad de permitir la reorganización de la *Sociedad Republicana*, especie de *club* anarquista, disuelto dos años antes por García Moreno, aparecieron enseguida inmundas publicaciones. Las Cámaras se llenaron de liberales; sin embargo, á pesar de rabiosa oposición, el nombre de García Moreno salió triunfante de las urnas. Lo urbinistas estaban

llenos de gozo porque eran dueños del parlamento y las circunstancias no podían ser más favorables para echar abajo á Carrión, pero antes querían invalidar la elección de García Moreno. Como eran la mayoría, no tuvieron dificultad ninguna para impedir que el caudillo católico tomase asiento en el Senado.

Una vez libres de García Moreno, los revolucionarios dirigieron sus baterías contra el gobierno. Dos proyectos de ley bastaron para destruir la fortaleza: uno suprimir la policía para dejar á los conspiradores en completa libertad, y el otro decretaba la responsabilidad de los altos funcionarios con el fin de intimidarles en un momento de crisis y aislar así el poder. Hecho esto, el Senado procesó al presidente Carrión y á su ministro Bustamante por delito de ilegalidades administrativas.

El presidente no tenía más remedio que disolver la asamblea ó sucumbir á sus golpes. En vez de obrar con energía, mostróse por el contrario indeciso é inconsecuente. Para tener ocasión de armarse con poderes extraordinarios, imaginó un complot contra la seguridad del Estado, é hizo deportar á cinco ó seis individuos que se decía estaban comprometidos en la conspiración. Los senadores acusaron al gobierno de arbitrario y el doctor Mestanza exclamó «que no había más conjuración que la del gobierno contra el pueblo y la constitución.» Bustamante mandó arrestar á Mestanza y cinco senadores más. Semejante medida enardeció

los ánimos de una manera extraordinaria. Entonces Bustamante decretó la disolución del Congreso y apostó un batallón en los alrededores del edificio para dispersar á los representantes en caso de resistencia.

Durante este embrollo, los representantes comenzaron á echar discursos contra el despotismo: Carbo pedía la muerte de Carrión y Bustamante; pero el gobierno los calmó algún tanto sacrificando á Bustamante.

Entonces, para librarse de los radicales, que comenzaban á ser comprometedores, Carrión volvió los ojos á los católicos, y eligió como ministros á Rafael Carvajal, Manuel Ascasubi y el general Dávalos, los tres íntimos amigos de García Moreno, y hasta ofreció al expresidente el mando supremo del ejército; pero viendo la difícil situación del gobierno y no queriendo comprometer su responsabilidad rehusó el empleo que Carrión le ofrecía. García Moreno sabía que el presidente no podía estar sin Bustamante y que cuando se le presentase ocasión oportuna volvería á llamarle á sus consejos.

En efecto, irritado el Congreso de la media vuelta dada por el gobierno, se vengó poniendo á la orden del día la acusación contra Carrión y Bustamante como violadores de la constitución.

Para salvarse y salvar á su Bustamante, Carrión sacrificó á los liberales fieros el ministerio católico, sustituyéndole con un ministerio liberal; empero

este nuevo cambio no impidió su ignominiosa caída.

El presidente y el exministro Bustamante vieron-se abandonados y despreciados de todo el mundo. Bustamante fué condenado á la privación de todo empleo público por espacio de dos años, y el Congreso, con un voto solemne de censura, obligó al presidente á presentar la dimisión.

Ante situación tan peligrosa, García Moreno reunió á sus amigos políticos haciendo prevalecer entre ellos la idea, que un cambio de gobierno, hecho con prontitud y resolución restablecería el orden y la paz. El candidato de los católicos á la presidencia de la república era D. Javier Espinosa, abogado querido de los ecuatorianos por su amor á la justicia y además católico á machamartillo, aunque de carácter algo débil.

Con su acostumbrada energía, García Moreno hizo ver al presidente que, dadas las circunstancias, el bien público exigía presentase la dimisión, y como se resistiese, mandóle este *ultimatum* de un laconismo harto significativo: «Acuérdese V. que la salvación de la república es antes que la vida del hombre que la conduce al abismo.» Finalmente, el 6 de Noviembre, Carrión se decidió á dejar la presidencia después de haberse convencido que el ejército no estaba por él.

El 25 de Noviembre, García Moreno escribía desde Guayaquil á su amigo D. Félix Luque: «Acabo de llegar de Quito adonde fuí por ver á

mi hija moribunda. También sabe V. por qué me ha conducido la Providencia á esa ciudad. El candidato que yo he presentado, el virtuoso católico D. Javier Espinosa, ha sido aceptado con entusiasmo hasta por algunos rojos.»

Digamos al terminar este capítulo que si la guerra civil no ensangrentó el Ecuador en esta ocasión, fué gracias á la energía del gran caudillo católico.

CAPÍTULO XX

Mesticismo de Espinosa.—Audacia de los liberales.—Retirase García Moreno á la vida privada.—Catástrofe de Ibarra.—Heroismo de García Moreno.—Su candidatura á la presidencia.—Oponen los liberales á D. F. Aguirre.—Visítanle los católicos en la hacienda de Guachala.—Propónese salvar á su patria de las garras de la revolución.—Caída de Espinosa.

EL nuevo presidente de la república hubiera podido gobernar con acierto, dadas sus grandes virtudes, si no se hubiese dejado dominar por los liberales. Persuadiéronle estos que, nombrado por todos los partidos, debía llamarles á todos al gobierno según es de ley en el sistema parlamentario. Para mostrarse conciliador dió la cartera de Gobernación y de Negocios extranjeros á Camilo Ponce, católico integérrimo, asociándole dos colegas liberales furibundos. Con semejante compañía gobernar, era poco menos que imposible. García Moreno conocía la debilidad de carácter del nuevo presidente; mas esperaba que se dejaría guiar por los consejos de hombres experimentados; pero por más que le señaló los peligros de la situación, Espinosa creía que se inquietaba sin razón, puesto que nadie había violado la legalidad. Además, para

quitar toda influencia al ex-presidente, los liberales presentaron su política como tiránica y monstruosa.

A partir de este día comenzó el trabajo de destrucción en los clubs, periódicos y hasta en las oficinas del gobierno. Los liberales minaron el terreno y sus cómplices introdujéronse en los empleos públicos, con desprecio de los católicos, que ya no tenían ni influencia ni crédito. Con el pretexto de libertad de imprenta, volvieron á suscitarse las cuestiones religiosas. El Ecuador iba á asistir á la segunda representación de la comedia del presidente Carrión.

Incapaz de soportar por más tiempo tan repugnante espectáculo, García Moreno tomó el partido de retirarse al campo. Arrendó, no lejos de Ibarra, la hacienda de Guachala, con intención de explotarla él mismo. Al mismo tiempo aspiraba los aires puros de la campiña para rehacer su salud, algún tanto quebrantada con las agitaciones de la vida política y las grandes pruebas domésticas que Dios le había mandado durante los últimos años. Su virtuosa mujer, Doña Rosa Ascasubi, había bajado á la tumba, y García Moreno se casó en segundas nupcias con Doña Mariana de Alcazar, sobrina de los Ascasubi.

Empero, Dios no quería que este hombre extraordinario, verdadero instrumento de su Providencia, tuviese en este mundo ni siquiera un momento de reposo. No le había llamado á aquel

oasis sino para hacerle ejercer una vez más el papel de salvador.

El 13 de Agosto de 1868, terribles y espantosos temblores de tierra comenzaron á agitar la provincia de Ibarra. En la noche del 15 al 16, á eso de la una de la mañana, mientras que los volcanes vomitaban torrentes de lava, un espantoso sacudimiento despertó á los habitantes aterrorizados. La tierra temblaba, hundiéronse con terrible estruendo casas é iglesias, y hombres, mujeres y niños desaparecieron entre los escombros. Al día siguiente, de diez mil habitantes que tenía Ibarra, más de la mitad quedaban sepultados entre las ruinas.

Para colmo de desdichas, una nube de ladrones echóse sobre aquel cementerio como aves de rapiña sobre los cadáveres. Los indios salvajes, creyendo llegado el fin de la raza española, lanzaron su grito de guerra y bajaron de las montañas como demonios salidos del infierno, gritando con todas sus fuerzas: «¡Viva el gran Atahualpa!» Los desgraciados Ibarreños huían ante aquellos siniestros salvajes; mas por doquier encontraban el robo, el saqueo y la muerte.

Cuando la terrible noticia se extendió por toda la nación, pintóse la consternación en todos los semblantes, y todos derramaron abundantes lágrimas. El gobierno, vivamente conmovido, buscó inmediatamente el medio de salvar á aquellos desdichados; ¿mas cómo poner orden en medio de aquel horrible caos? No encontró nada mejor que diri-

girse al hombre extraordinario, como al único capaz de cumplir con aquel cargo sobrehumano. El 22 de Agosto, el ministro Camilo Ponce anunciaba á García Moreno su nombramiento como jefe militar y civil de la provincia de Ibarra.

En todo el Ecuador hubo un estremecimiento de esperanza cuando el nombramiento apareció en la *Gaceta Oficial*. Los únicos que miraron con malos ojos el nombramiento de García Moreno fueron los liberales, y Espinosa fué acusado de traidor á la República.

García Moreno no dudó un instante en sacrificar á obra tan cristiana el reposo de que gozaba en Guachala.

A su llegada á Ibarra, García Moreno organizó todos los servicios, salvando á innumerables víctimas. Varias compañías rechazaron á los indios hasta los bosques, y un tribunal permanente condenó á severísimas penas á todos aquellos que fueron reconocidos culpables de algún delito.

La gran dificultad consistía en hallar provisiones suficientes para alimentar á tanta gente desprovista de medios de subsistencia. En un caluroso llamamiento á la caridad, García Moreno provocó en la capital y otras ciudades importantes, suscripciones voluntarias, encargándose él mismo de la repartición, é inscribiéndose con la cantidad de mil duros y dando orden á su intendente de mandar desde Guachala todas las provisiones que hubiese en la hacienda.

En poco tiempo, y gracias á su incansable actividad, el orden reinó en toda la provincia. Las aves de rapiña desaparecieron; la población vivía tranquila bajo la protección del valiente y caritativo caudillo, y las familias comenzaban á acercarse reuniendo sus débiles recursos. El genio organizador de García Moreno presidía á la resurrección de este pueblo, dichoso en aclamarle su protector.

Cuando el caritativo gobernador vióse obligado á salir de Ibarra por haber terminado su misión, el pueblo entero salió á despedirle, lo mismo que si se hubiese tratado de un padre. Pocos días después, las señoras de Ibarra, en nombre de la provincia, le regalaron una medalla de oro enriquecida con diamantes y llevando el siguiente exergo: *Al salvador de Ibarra.*

El presidente y sus ministros felicitaron calurosamente á García Moreno por la abnegación de que había dado pruebas en su misión de Ibarra. Este aprovechó la ocasión para hacerles ver el abismo que se abría bajo sus piés; empero los liberales no ven nunca nubes en el horizonte. Desesperando de poder abrir los ojos á aquellos ciegos voluntarios, retiróse de nuevo á su soledad de Guachala dejando á Dios el cuidado de lo porvenir.

Sin embargo, como el año de 1868 tocaba á su fin, y los poderes de Espinosa espiraban en Agosto del 69, los católicos ocupáronse activamente en buscarle un sucesor. García Moreno puso los ojos

en el general Darquea, valiente y leal soldado que en aquel entonces mandaba el distrito de Guayaquil. En cuanto á él, á pesar de las reiteradas instancias de sus amigos, negábase á aceptar toda candidatura.

Empero los católicos no fueron de su parecer: para salir del labrinto liberal y emprender la obra de civilización católica no bastaba un general honrado, era preciso un García Moreno, y resolvieron presentar su candidatura. La sociedad patriótica dirigió á los electores un manifiesto entusiasta encomiando las virtudes de nuestro héroe.

El manifiesto esperado con impaciencia fué acogido en el Ecuador con verdadera explosión de alegría. De todas las provincias, de Cuenca, Ríobamba, Loja, Guaranda y Babahoyo llegaron entusiastas adhesiones. Los periódicos cubriéronse de millares de firmas en favor de García Moreno.

Los liberales coaligados opusieron, al candidato católico, el liberal avanzado D. Francisco Aguirre, pariente de Urbina.

García Moreno en su manifiesto á los electores decía estas palabras dignas de un Felipe II: «Respeto y protección á la Iglesia católica, adhesión inquebrantable á la Santa Sede; educación basada en la fé y la moral; *libertad para todos y para todo, excepto para el mal y para los malvados.*»

He aquí en todo su esplendor el verdadero programa de la civilización católica. En Cuenca hicieron los liberales una manifestación contra García

Moreno, y el abogado Borrero presidía la procesión cívica con un cirio en la mano, haciendo que la plebe paniaguada gritase: «¡Viva Aguirre! ¡Abajo García Moreno!»

Durante este tiempo, el gran católico, ocupábase tranquilamente de su hacienda de Guachala. Había aceptado la candidatura, empero dejaba á sus amigos el cuidado de propagarla y defenderla. En los primeros días de 1869, sus amigos fueron á Quito para hablar con él de los peligros de la situación. No encontrándole allí, dirigiéronse á Guachala, llegando á la hacienda á las once de la noche. García Moreno hallábase retirado en su cuarto, cuando sus criados le dijeron que varios señores de á caballo estaban á la puerta y deseaban hablar con él. Su primer movimiento fué de coger una espada y el revólver que tenía sobre la mesa, pues creía eran asesinos de Nueva Granada que hacía ya tiempo deseaban darle muerte. ¡Cuál no fué su sorpresa cuando vió á sus amigos á la puerta de su casa! Explicáronle los motivos de su visita; la revolución pronta á estallar y la inconcebible inercia del presidente enfrente de los peligros que le amenazaban. García Moreno respondió, que no veía medio ninguno de salvación, y que además estaba ya cansado de luchar por hombres tan estúpidos como los liberales. —«Sin duda, replicaron sus amigos, pero ha jurado usted salvar á la pátria de las garras del déspota Urbina.» Algunas horas después lleváronle con ellos á Quito.

En la capital se vió inmediatamente rodeado de católicos que habían llegado de las provincias, cuyos informes le dieron detalles muy precisos sobre el plan de los conjurados. Urbina acababa de llegar á Tumbes con Ríos y Franco, y la revolución debía estallar en Guayaquil, después de haber asesinado al general Darquea. Estas alarmantes noticias corrían por todo el Ecuador, y el gobierno negábase á tomar medidas de orden. Camilo Ponce, viendo que no podía obtener nada bueno del presidente, presentó la dimisión de ministro de la Gobernación. García Moreno creyó que en esta ocasión debía intervenir por última vez cerca del presidente, y ofreció renunciar espontáneamente á la candidatura si consentía en tomar como ministros á Camilo Ponce y José María Guerrero, y Espinosa se negó á ello rotundamente.

Abandonados por el presidente, los católicos, con García Moreno á la cabeza, celebraron un consejo secreto para poner remedio á tan peligrosa situación. Decidieron, pues, la resistencia activa, y el caudillo católico se encargó de estudiar los medios y de tomar el mando cuando se tratase de la ejecución. Como era preciso que Urbina no les tomase la delantera, quedaron en que la ejecución tendría lugar al día siguiente. Granjeóse algunas amistades en los cuarteles, y enseguida ordenó á sus amigos de provincias que volviesen inmediatamente á sus localidades respectivas, informando á sus confidentes del movimiento que se preparaba

en la capital, suscitando al mismo tiempo adhesiones al pronunciamiento católico luego que tuviesen noticias favorables de Quito. Reservábase él á Guayaquil como el puesto más difícil y peligroso.

Los radicales notaron, no sin alguna inquietud, la presencia de varios personajes importantes del partido católico, y temiendo la intervención de García Moreno, resolvieron adelantar algunos días el pronunciamiento, echando á bajo á Espinosa el lunes 18 de Enero. García Moreno supo por sus confidentes el secreto de los liberales, y en aquella misma noche convocó á sus amigos para ponerles al corriente de sus intenciones.

Una vez distribuídos los papeles, el caudillo católico se dirigió al cuartel seguido de sus amigos, escalonados á favor de las sombras de la noche. Al ver que un desconocido se dirigía hacia él, el centinela dió el *¿Quién vive?*—«¡García Moreno!» le fué contestado. En presencia del jefe á quien tantas veces había obedecido, el soldado, lleno de turbación, preguntóle qué era lo que quería á aquellas horas: —Quiero salvar la religión y la patria. Puesto que me conoces, déjame pasar.—¡Viva García Moreno! respondió el soldado. Cuando llegó al cuerpo de guardia encontró al oficial de semana con sus soldados, y les anunció que, queriendo el infame Urbina asolar de nuevo la nación, venía á buscar de nuevo al ejército para salir á la defensa de la religión y la patria amenazadas. —¡Viva García Moreno!—gritaron los soldados. Al ruido que

hacían sus compañeros, los soldados bajaron de sus dormitorios para ver lo que pasaba. García Moreno les habló de los peligros que corría la patria, y su tono enérgico é incisivo llevó á todos los corazones la convicción y todos gritaron: ¡Viva García Moreno!

Los jefes del ejército uniéronse al pronunciamiento, y tomando García Moreno el mando de las tropas, arrestó á Espinosa en su misma casa, y enseguida mandó una compañía para que se apoderase de los clubistas de la calle de San Juan; empero los liberales olieron lo que pasaba y creyeron prudente escurrir el bulto.

Los padres de familia y los notables de la ciudad redactaron un manifiesto explicando los motivos que habían tenido para echar abajo al presidente Espinosa.

Ahora era preciso obtener la adhesión de las provincias al pronunciamiento de la capital. Después de haber mandado emisarios en todas direcciones para comunicar el santo y seña á todos sus amigos, se dirigió á marchas forzadas á Guayaquil, á donde había ya mandado á D. Felipe Sarrade para dar parte al gobernador Darquea de los acontecimientos ocurridos, y decidirle á emplear toda su influencia en favor del pronunciamiento. A su paso, el nuevo jefe estableció su autoridad en Lactunga, Ambato, Guaranda y Babahoyo. Llegado á Guayaquil el 20, á las nueve de la noche, sin tomar un instante de reposo, se dirigió al cuartel

de artillería, que era el más amenazado de un asalto urbinista. Apenas había explicado á jefes y soldados la transformación ocurrida en la capital, cuando todos gritaron: ¡Viva García Moreno! Sarrade y Darquea se dirigieron al cuartel de artillería para verse con García Moreno, y quedáronse sorprendidos al verle sentado tranquilamente dando y escribiendo órdenes. Darquea se puso á disposición del nuevo jefe, y el pueblo aplaudió con interminables vivas. Al cabo de algunos días, García Moreno recibía calurosas adhesiones de Ríobamba, de Cuenca y de Loja.

A todas las adhesiones respondía: «que habiéndose sacrificado por la salvación del país, no había hecho sino cumplir con su deber, lo cual no le confería ningún título á los plácemes de sus conciudadanos. Nuestra gratitud, añadía, debe dirigirse al cielo. Dios es quien nos ha salvado con inaudita prontitud de las calamidades que nos amenazaban; á Dios, pues, amor, gloria y alabanza.»

Vamos á ver ahora cómo este gran católico realizó en pleno siglo XIX la contrarrevolución, estableciendo el reinado de Cristo Jesús en las leyes y en los individuos.

CAPÍTULO XXI

Constitución católica.—Furor de los liberales.—La conjuración del día de San José.—Presenta García Moreno la dimisión de presidente interino.—Es elegido su cuñado Ascasubi.—Es nombrado general en jefe del ejército.—Acepta á instancias de la nación entera la presidencia de la república.—Ley contra los perturbadores.—Intentan los revolucionarios asesinar á García Moreno.—Perdona al miserable Cornejo.—Ingratitud de éste.—Conatos de revolución en Cuenca.

AL tomar las riendas del Gobierno, García Moreno estaba decidido á poner en práctica la obra de la civilización católica, el reinado social de Jesucristo; teniendo como base la unidad católica con exclusión de falsos cultos y con sanción coercitiva. Su única ambición consistía en dotar á su patria de una constitución verdaderamente católica. Ahora bien, esta constitución no podía ser establecida sobre sólidas bases, sin operar antes muchas destrucciones, es decir sin echar abajo anárquicas instituciones creadas por el liberalismo. El 12 de Febrero suprimió de una plumada la Universidad de Quito, cuyas doctrinas liberales y regalistas eran de todos conocidas. Otro decreto cerró el Colegio nacional de Cuenca, foco de inmoralidad que había sido fundado dos años antes, sin otra razón que la de combatir y hacer

todo el daño posible á otro colegio muy próspero. Esta conducta tan cristiana y tan natural la encontraron mala los partidarios de la conciliación entre Dios y el diablo.

Los liberales, á fuerza de ruegos y de instancias habían obtenido del Padre Santo la supresión del foro eclesiástico y el restablecimiento del derecho común en los procedimientos judiciales. Despojados de esta manera los Obispos de toda fuerza coercitiva, siguióse gran relajamiento en las costumbres. García Moreno, que quería la Iglesia reina de veras y no reina haraposa y hambrienta, abolió inmediatamente la titulada reforma. «Considerando, decía, que si la Santa Sede, teniendo en cuenta las circunstancias, ha podido permitir que las causas eclesiásticas fuesen llevadas á los tribunales seculares, el gobierno puede renunciar á esta concesión en interés del bien común; que lejos de producir buenos resultados, la supresión del foro eclesiástico no ha servido más que para molestar á los sacerdotes virtuosos y asegurar la impunidad á los culpables. Nos ordenamos el restablecimiento de los tribunales puramente eclesiásticos. Este decreto será presentado á la Santa Sede para obtener su aprobación, y el gobierno estará dispuesto á modificarle conforme á las intenciones del soberano Pontífice.»

Después de estos primeros trabajos y otras medidas no menos urgentes en el orden administrativo, publicó un decreto convocando á los electo-

res. La Convención debía componerse de treinta diputados, tres por cada provincia. Solo eran elegidos los ciudadanos que hubiesen cumplido treinta años y poseyesen ciertos bienes de fortuna. La Convención tenía particular misión de votar una nueva constitución que había de ser sometida á la ratificación del pueblo.

La perspectiva de una constitución íntegramente católica puso furiosos á los liberales. A pesar de la expatriación de Carbo y otros jefes liberales, decidieron dar un golpe de mano. En Guayaquil, el general D. José Vintimilla, enemigo ahora de García Moreno y agente secreto de Urbina, ganó á su causa algunos oficiales de artillería y echáronse á la calle el día de San José, haciendo prisionero al general Darquea. Los conjurados se dirigieron enseguida al cuartel de infantería dando vivas á Urbina, á Carbo y á Vintimilla, empero gracias á la resistencia de algunos jefes intrépidos que organizaron la defensa, la batalla duró algunas horas. Encerrados los revolucionarios en el cuartel, defendíanse como desesperados, cuando el general Darquea, que había visto que los soldados que le custodiaban representaban contra su voluntad el papel de carceleros, hízoles ver que les habían engañado de la manera más indigna, y púsose con ellos en estado de defensa. Mientras observaba al enemigo, uno de sus soldados descargó el fusil desde una ventana y mató á Vintimilla. Aprovechando el pánico de los insurrectos, Darquea salió de la

prisión y, poniéndose á la cabeza de las tropas fieles, decidió la derrota de los revolucionarios.

García Moreno supo la rebelión al mismo tiempo que la victoria. El resultado de la revolución fué la deportación de varios jefes. El general Ignacio Vintimilla, hermano y cómplice del iniciador del movimiento, recibió la orden de salir del Ecuador y de no volver á entrar en él antes de un año.

Después de estos sucesos, el pueblo ecuatoriano deseaba con ansia que García Moreno aceptase de un modo definitivo la presidencia de la república; pues todos sentían la necesidad de un brazo enérgico para defender la religión católica contra las asechanzas de la revolución.

El día 16 de Mayo, día de la ápertura de las sesiones de la Convención, García Moreno se presentó ante los diputados para darles cuenta de su corta misión. El católico íntegro Carvajal presidía la asamblea. Para explicar su conducta y la revolución del 17 de Enero, recordó «que el gobierno de Espinosa veía venir con inconcebible serenidad el huracán que había de completar las destrucciones de los terremotos de 1868. La prensa demagógica insultaba á la religión, desencadenaba las pasiones y predicaba la anarquía.»

En cuanto á los detalles de su administración, todos estaban sometidos á la aprobación de los diputados. Explicando el pensamiento de la Constitución católica, añadía estas nobilísimas palabras:

«La civilización, fruto del catolicismo, degenera y se bastardea á medida que se aleja de los principios católicos; de aquí la debilidad progresiva y general de los caracteres, verdadera enfermedad endémica de nuestro siglo. Por nuestra dicha hemos reconocido hasta aquí en nuestras instituciones la unidad de creencias, único lazo que nos queda en este país dividido por intereses de partido, de razas y de provincias; mas este reconocimiento puramente nominal deja la puerta abierta á todos los ataques contra la Iglesia. Entre el pueblo prostrado ante los altares del verdadero Dios y los enemigos de nuestra Santa Religión, es necesario levantar un muro de defensa, y esto es lo que me he propuesto como reforma esencial en este proyecto de Constitución.»

De vuelta á su casa mandó inmediatamente el presidente de la asamblea la dimisión oficial. «Había aceptado el cargo de presidente interino hasta la reunión de la Convención, con obligación formal de entregar el poder entre sus manos; consideraba, pues, como un deber el ceder á otro las riendas del gobierno.» Los diputados fueron de parecer contrario; usando de su derecho, eligieronle de nuevo presidente interino; pues el definitivo no debía ser nombrado sino después del voto de la Constitución.

García Moreno rehusó de nuevo la presidencia. La asamblea aceptó la dimisión, empero haciéndole saber «que cedía á razones de deferencia y no

á los motivos por él presentados para rehusar el poder.»

Para reemplazarle temporalmente, los diputados eligieron á su cuñado D. Manuel Ascasubi, quien asoció inmediatamente García Moreno, á su gobierno, confiándole la cartera de Hacienda. Mas no era esto bastante para neutralizar el mal efecto producido por la retirada de García Moreno y he ahí por qué, á propuesta del buen Carvajal, la Convención nombró al gran católico general en jefe del ejército ecuatoriano. Cuando le notificaron el decreto de su nombramiento, respondió estas sublimes palabras: «Acepto, no por estar convencido de mis méritos ó porque tenga confianza en mis fuerzas, y sí para continuar defendiendo la religión y la patria.»

La Convención votó (no sin algunas dificultades por parte de los católicos liberales) la Constitución elaborada por García Moreno, y el 29 de Julio reuniéronse los diputados en la iglesia de la Compañía de Jesús, en donde después de una misa, cantada con la mayor solemnidad, procedieron á la elección del presidente de la república. García Moreno fué elegido por unanimidad, menos un voto. Ante la decisión de la Convención no tuvo otro remedio que someterse, porque en esta circunstancia parecióle la voz del pueblo voz de Dios, y al día siguiente, 30 de Julio, rodeado de las autoridades civiles y militares, dirigióse á la catedral para la solemne ceremonia del juramento.

Allí, en presencia del clero, de la asamblea y del pueblo, leyó con voz firme:

«Juro en presencia de Dios Nuestro Señor y sobre estos santos Evangelios, cumplir fielmente el cargo de presidente de la república; profesar la religión católica, apostólica, romana; conservar la integridad é independencia del Estado; observar y hacer observar la Constitución y las leyes. Si así lo hiciere, Dios me lo premie, y si no, que Dios y la patria me lo demanden.» Carvajal fué el intérprete de la nación entera al felicitar al nuevo presidente. García Moreno respondió al discurso del presidente de la asamblea «que su juramento le obligaba á sacrificarse por la religión y por la patria, sin temor á la muerte, y sin esperar otra recompensa que la satisfacción del deber cumplido.»

Así se terminó esta memorable discusión entre un pueblo que deseaba como presidente de la república á un católico chapado á la antigua y el católico que en su cristiana humildad consideraba la presidencia como carga pesada para sus hombros.

García Moreno consideraba la Constitución como el alma de una nación, y el gran resorte de su vida moral y material. Por eso no se propuso hacer una Constitución nueva como las constituciones de nuestros liberales; su objeto no era otro sino devolver al Ecuador su constitución normal y divina, es decir, la Constitución católica.

Verdadero católico, García Moreno creía que

Dios envió al mundo á su Hijo para gobernar las naciones como los individuos, y que por consiguiente la verdadera constitución de los pueblos tiene por autor á Jesucristo y como fórmula el código evangélico.

Ahora bien: dotar á un pueblo cristiano de una constitución cristiana ha sido siempre considerado por los católicos liberales como una imprudencia, porque, según ellos dicen, hay que ser de nuestro siglo y *que no en vano son de trapo las banderas*. Empero la Iglesia infalible ha condenado el liberalismo del Estado, la gran heregía del siglo XIX, en sus Encíclicas y en el admirable *Syllabus*. El representante de Cristo ha condenado *que la Iglesia debe reconciliarse con la civilización moderna, que en nuestros días la religión católica no debe ser considerada como religión de Estado con exclusión de los demás cultos, y que á los extranjeros que vayan á países católicos, les sea lícito tener público ejercicio del culto propio de cada uno*.

La Constitución de García Moreno, en todo conforme con los principios del *Syllabus*, fué la refutación perentoria de las escandalosas aseveraciones de los católicos liberales acerca de la imposibilidad de restituir á la Iglesia de Cristo sus derechos sociales. Bajo este punto de vista merece la atención de los católicos, sobre todo de los hombres de Estado.

Una vez constituido el Estado católico, era preciso restaurar el poder civil, anulado por las teo-

rías liberales. Para los partidarios *del derecho nuevo*, el gobierno no es otra cosa que vivir á costa del pobre pueblo, no concediéndole más libertad que la del mal, y los jefes de Estado, unos reyes holgazanes instalados en un trono ó sillón presidencial, firmando decretos, muchas veces absurdos y algunas criminales, y obedeciendo siempre á una cuadrilla de ideólogos que lleva el título de Cortes soberanas. Era, pues, preciso para salir de tan precario estado fortalecer el poder ejecutivo, dándole los medios de defenderse contra los perturbadores.

Estaban en primer término los perturbadores de arriba, ó sean los representantes del pueblo, y García Moreno opuso un dique al poder de las Cámaras. Al conceder á la Iglesia el goce de sus derechos y privilegios canónicos, quitaba á los parlamentarios la ocasión ordinaria de cometer abusos. Si en todas las naciones se obligasen los legisladores á respetar las leyes de la Iglesia, la tribuna parlamentaria sería inútil. De hecho el Congreso del Ecuador no podía deliberar más que acerca de cuestiones de orden temporal. No tratando, como lo hacen nuestras Cortes de *omni re scibili*, bastábanles algunos meses cada dos años para arreglar ciertos asuntos de gobierno.

Quedaban los perturbadores de abajo, anarquistas de profesión, y empresarios de pronunciamientos. Ya hemos visto cómo quedaban impunes las tentativas de rebelión, ó por traición de los jueces,

ó por la insuficiencia de las leyes. García Moreno propuso é hizo adoptar las modificaciones siguientes:

«Hay rebelión ó sedición en el hecho de resistencia á mano armada ú ocupación de una parte del territorio.

» Los depositarios de la autoridad, ó los empleados que directa ó indirectamente hubiesen tomado parte en la rebelión ó sedición, serán juzgados como culpables de traición.»

La revolución había sido derrotada, de hecho, con el advenimiento de García Moreno al poder, á pesar de los desesperados esfuerzos de las sectas, y de derecho, con la nueva Constitución que echaba por tierra todos sus principios. ¿Dejarían restablecer el reinado social de Cristo Jesús y destrozar á Satanás sin emplear el medio supremo? La ocasión no podía ser más oportuna para asesinar á García Moreno.

Después de la derrota del 19 de Marzo, los revolucionarios alimentaban la criminal idea de asesinar al presidente. Ignacio Vintimilla, al embarcarse en Guayaquil con rumbo á Europa, recomendó con mucha instancia á los sectarios que se librasen del tirano dándole una puñalada.

Para preparar los ánimos, dióse la contraseña á los periódicos para que comenzasen á gritar contra la nueva Constitución. Poco á poco fueron uniéndose á los revolucionarios fieros los liberales mansos ó mestizos.

Reprochaban á García Moreno su amor excesivo á la Iglesia queriendo infeudar el Estado á la Ley de Cristo. Decían también que la nueva Constitución aniquilaba y hacía imposible la libertad. Lo que más les aterrizzaba era la frase puesta en la Constitución por García Moreno: «Libertad para todos y para todo, excepto para el mal y los malhechores.» Quedaba, pues, en pie la verdadera libertad, la libertad cristiana. La libertad de la prensa y de asociación existían, empero con la condición de respetar la religión, la moral y el orden público. ¿Qué más querían? ¿La libertad de la impiedad, de la inmoralidad, de la seducción y de la destrucción? El mal y los malvados no tienen derecho ninguno á la libertad.

También quisieron asustar á los ignorantes, diciendo que García Moreno quería restablecer la Inquisición; mas fué muy fácil á los católicos demostrar que, aun suponiendo se estableciese la Inquisición, ésta no tendría otro objeto que proteger á los buenos y hacer temblar á los malos.

Sin embargo, después de tres meses de mentiras, los conjurados creyeron llegado el momento de poner en ejecución sus infames proyectos en los primeros días de Diciembre; los urbinistas, cuyo jefe era un tal Manuel Cornejo, cercano pariente de Espinel, celebraron un conciliábulo en casa de este último para asesinar al presidente y apoderarse de los cuarteles de Quito, mientras que otros afiliados pronunciarían á Guayaquil y Cuen-

ca. Los insurrectos tenían ánimo de asesinar á García Moreno y enseguida ir al cuartel con algunos cómplices, matar al general Saenz, que mandaba las tropas, y proclamar presidente á Urbina.

La Providencia desbarató esta vez también tan infernales proyectos; y el 14 de Diciembre, cuando se disponían á ejecutar el plan, uno de los iniciados de apellido Sanchez cedió á los remordimientos de la conciencia y descubrió al presidente el fatal secreto y los nombres de los asesinos. Todos fueron cogidos, excepto el viejo Espinel, que se escapó á la primera voz de alarma.

Los conjurados fueron condenados á muerte y conducidos al cuartel para esperar la hora de la ejecución. Cornejo lloraba á lágrima viva cuando el coronel Dalgo que acertó á pasar por donde estaban los prisioneros vió con extrañeza que el célebre sobrino de Espinel caía á sus piés pidiéndole y suplicándole por todos los santos del cielo, obtuviese para él una audiencia de García Moreno; pues quería hacer al jefe del Estado importantísimas revelaciones. Dalgo importunó tanto á García Moreno para que oyese al reo, que al fin cedió. Llevado á presencia del presidente, Cornejo se tiró al suelo, comenzó á llorar y á sollozar; sofocado por las lágrimas, no articulaba otras palabras que «¡perdón! ¡perdón!» García Moreno tuvo compasión de aquél miserable y le perdonó la vida, contentándose con imponerle ocho años de des-

tierro. Entonces Cornejo se deshizo en efusiones de gratitud y de arrepentimiento.

El *cándido* Cornejo no se olvidó de su bienhechor. Una vez en la frontera, publicó contra García Moreno un abominable libelo, en el cual tratábase de criminal perjuro, tirano, y declaraba en nombre de la religión y de la historia que «el asesinato de semejante mónstruo, no era más que un acto de legítima defensa.» Bueno será conocer las vidas y milagros de estos hipócritas y cobardes bandidos para convencerse, que si García Moreno cometió alguna falta, no fué otra cosa que el haberles perdonado.

Mientras que en Quito se apresaba á los directores de la revolución, su programa se ejecutaba en Cuenca, en donde algunos jóvenes sediciosos quisieron asesinar al gobernador D. Carlos Ordoñez. Los revoltosos de Cuenca fueron condenados á muerte por un consejo de guerra, sin hacer caso de las amenazas de los liberales.

Después de diez años de combate, el presidente aterraba á la revolución, y sus principales jefes tomaron el camino del Perú ó de Nueva Granada, esperando días más propicios á los trabajos masónicos. Establecióse la calma en todo el Ecuador, y García Moreno pudo dedicarse á su obra de civilización católica.

CAPITULO XXII

Reforma del clero, del ejército y de la magistratura.—Instrucción, primaria, secundaria y superior.—Universidad católica y Academia politécnica.—Facultad de ciencias y Academia de Bellas Artes.—Observatorio internacional de Quito.—Decadencia de la instrucción á la muerte de García Moreno.

PARA trabajar con eficacia en la regeneración de un pueblo, el hombre de Estado necesita triple ejército de colaboradores: celosos sacerdotes, soldados fieles y magistrados religiosos y justicieros. El sacerdote predica y enseña la verdad, el soldado la defiende y el magistrado la veng cuando es necesario. La revolución, verdadera y genuina encarnación de Satanás, odia por instinto á estos tres agentes de la civilización; al sacerdote le empobrece y difama, le destierra ó le asesina, hace del soldado un bandido, y del magistrado el ejecutor de las más bajas infamias. García Moreno sabía todo esto y he aquí por qué quiso aprovecharse de su prestigio y de la autoridad que le confería la Constitución para elevar al hombre público, ya fuese sacerdote, soldado ó juez, á la altura de sus sublimes funciones.

Ya en su primera presidencia había deseado García Moreno ver terminada la reforma del clero; mas una obra tan meritoria languideció durante los cuatro últimos años, con motivo de la abolición de los tribunales eclesiásticos, de la malísima voluntad de las autoridades civiles, y acaso de la excesiva condescendencia del delegado apostólico, demasiado conciliador para poder luchar con ventaja contra voluntades tenaces hasta la rebelión. Era, pues, preciso continuar esta obra de regeneración, tan gravemente comprometida. García Moreno expuso las dificultades al Padre Santo, y este le dió las gracias de su celo por la religión, y mandó nuevo delegado encargado de tomar con el gobierno y el episcopado las medidas necesarias «para llegar, decía Pío IX, al fin que deseamos con toda nuestra alma, y vos os habeis propuesto con tan laudable abnegación.»

A impulsos del presidente, varios Concilios provinciales hicieron florecer de nuevo la disciplina eclesiástica. Reglamentos sapientísimos obligaban á los clérigos al estudio de las sagradas letras y á la predicación del Evangelio, no solamente en las parroquias importantes sino que también en las más pobres y abandonadas.

Restableciéronse los tribunales eclesiásticos y la reforma hizo así rápidos progresos, no sin excitar violentas oposiciones y recriminaciones escandalosas. Un religioso olvidó sus deberes hasta predicar contra el presidente; empero el fogoso tri-

buno fué detenido y juzgado conforme á las leyes canónicas. Más tarde, confesó sus errores y no cesó de predicar la necesidad de la reforma.

La transformación del clero y la llegada de nuevos religiosos extranjeros que iban al Ecuador para ayudar á García Moreno en su obra de civilización católica, llenó de furor á liberales y masones, y tales fueron las calumnias y patrañas que inventaron contra la *tiranía* de García Moreno, que el Sr. Arzobispo de Quito vióse obligado á salir á la defensa de la Iglesia y del presidente.

Del sacerdote que siembra la buena semilla y del soldado que guarda el campo de la patria, los servicios, si no iguales, son por lo menos igualmente necesarios. Uno es el derecho y otro la fuerza con que el jefe del Estado hace que triunfe el derecho.

Ya hemos dicho que el ejército del Ecuador, mandado casi siempre por liberales, distinguíase por su libertinaje y por su desprecio á las instituciones. Durante su primera presidencia quiso García Moreno obligarle á cumplir con las leyes de la moralidad y hacerle contraer hábitos de disciplina; empero el mal había pasado ya ciertos límites y era más fácil transformar que reformar.

El presidente emprendió, pues, la reorganización radical del ejército. Como no quería ser conquistador, no creía necesario rodearse de fuerzas considerables. Bastábanle algunos miles de soldados en tiempo de paz para mantener el orden y vigilar las fronteras. Para tener á mano, en un ca-

so dado, tropas numerosas y bien instruidas, creó una Guardia nacional compuesta de todos los hombres útiles de diez y ocho años hasta cuarenta y cinco. Con esta combinación, estaba el presidente armado para la defensiva, y al mismo tiempo economizaba del presupuesto de la Guerra cantidades considerables que le servían para mejorar el comercio y la agricultura.

El reclutamiento del ejército hacíase hasta entonces como en país salvaje. Unas cuantas compañías recorrían el país, penetraban con violencia en las familias y llevaban por delante á todos los jóvenes que encontraban útiles. La gente rica pagaba con dinero el rescate; empero sucedía muchas veces que nuevas compañías de soldados invadían de nuevo las provincias y los pueblos, y obligaban á pagar segundo rescate.

García Moreno destruyó los abusos del sistema antiguo, encargando el reclutamiento á los alcaldes. Quería, además, un ejército fuerte, disciplinado y religioso, porque sabía muy bien que sin religión no puede haber verdadera abnegación ni verdadero patriotismo. Para formarlo en las virtudes militares y en el manejo de las armas, su primer cuidado fué fundar una Academia militar de donde saliesen oficiales capaces é instruídos en todo la concerniente á la táctica moderna.

Faltaba ahora la creación de magistrados para completar la serie de agentes civilizadores. El Código del Ecuador era incompleto é injusto; por

eso se propuso el presidente conformarlo con los derechos natural y canónico, colmando al mismo tiempo algunas lagunas. Con ánimo de borrar hasta los últimos vestigios de la legislación opresiva contra la Iglesia, rogó á los Obispos le señalasen los artículos del Código que pudiesen estar en contradicción con el Concordato, y en el mensaje que dirigió al Congreso solicitaba con instancia la abrogación de éstos artículos. «Puesto que tenemos la dicha de ser católicos, decía, seámoslo lógica y francamente, en la vida pública como en la privada, en nuestros discursos como en nuestras obras. Borremos de nuestro Código hasta la última huella de hostilidad contra la Iglesia, hasta el último vestigio del antiguo regalismo español. Tolerar por más tiempo tan abusivas leyes, sería, de nuestra parte, vergonzosa contradicción y miserable inconsecuencia.»

Después de haber revisado el Código, fué preciso completarlo. Bajo la inspiración de García Moreno, el Congreso introdujo en el Código severas disposiciones contra los blasfemos, y en general contra todos aquellos que con su conducta atacasen al orden ó á la moralidad. Enseguida se ocupó de la reforma de la magistratura, mucho más necesaria aún que la del Código. Para herir el vicio capital de la institución, exigió de los jueces el estudio del derecho. El mismo asistía á los exámenes y preguntaba á los candidatos. Presentóse un día un aspirante al doctorado y respondió á los examinadores con bastante precisión.

Veo que conoce usted perfectamente el derecho, díjole el presidente; ¿empero sabe usted el catecismo? «Para administrar justicia, un magistrado debe, ante todo, conocer la ley de Dios.» Y como preguntase al candidato, este no supo qué contestar.

«Caballero, repuso gravemente García Moreno, á pesar del título de doctor, no ejercerá usted su profesión antes de saber el catecismo. Vaya usted á aprenderlo al convento de PP. Franciscanos.» Los abogados, convencidos de haber aceptado una causa notoriamente mala, incurrían en graves penas. El presidente velaba y las más pequeñas infracciones castigábalas con inexorable severidad. A pesar de su rigidez, el presidente se vió obligado á luchar contra las iniquidades de los jurados, hasta tal punto que en su último mensaje pidió al Congreso la abolición del jurado.

No solamente exigía de los magistrados la integridad profesional, sino que vigilaba también su conducta moral. Decía que el juez y el sacerdote habían de ser irreprochables. En la mente de García Moreno, la reforma de las leyes como la de la magistratura no debían tener otro objeto que la reforma de las costumbres.

Gracias á las nuevas disposiciones del Código, el gobierno podía extirpar de las ciudades los tres vicios más degradantes: cuales son, la prostitución, el concubinato y la embriaguez.

Lo que más preocupó á García Moreno, á causa

de su degradación y embrutecimiento, fué la embriaguez. Los borrachos de profesión perdían, según la Constitución, los derechos de ciudadanía; empero viéndoles dispuestos á sufrir con paciencia semejante privación, el presidente decretó contra ellos toda una nomenclatura de penas. Los individuos sorprendidos en estado de embriaguez tenían que pagar una multa con algunos días de cárcel. Los taberneros pagaban también una multa bastante fuerte y algunas veces el cierre de la taberna ó café.

La instrucción pública no existía antes de García Moreno mas que en estado rudimentario. Durante la dominación española, la Universidad de Quito dió latinistas, filósofos, teólogos y jurisconsultos. La revolución lo destruyó todo; en medio de los pronunciamientos é insurrecciones, los ecuatorianos necesitaban cuarteles y de ningún modo colegios. Rocafuerte hizo vigorosos esfuerzos para reorganizar la enseñanza; pero Urbina trabajó con todas sus fuerzas para hundirla, haciéndola desaparecer del Ecuador. García Moreno fué el hombre providencial que pronunció el *Fiat lux* en medio de aquellas horribles tinieblas.

Sería preciso un volúmen para contar las maravillas hechas por el caudillo católico en unos cuantos años, maravillas tanto más admirables, cuanto que tuvo que vencer verdaderas dificultades materiales y morales para salir adelante con su empresa.

Preocupado por levantar el nivel intelectual y moral del pueblo, trabajó primero en reformar la instrucción primaria, triste privilegio de un corto número de niños, que vegetaban en escuelas mal organizadas y peor dirigidas. Ya en su primera presidencia puso los fundamentos de una renovación completa llamando al Ecuador á varias congregaciones religiosas destinadas á la enseñanza.

En el Congreso de 1871, García Moreno hizo votar por diputados y senadores una ley de instrucción pública que despertó á los más indolentes. La escuela sería en adelante obligatoria para todos los niños de ocho á doce años de edad, siendo los padres responsables de una multa, sin contar la privación de los derechos cívicos á los adultos iliteratos. En poco tiempo prosperó la instrucción primaria de una manera admirable. Las estadísticas oficiales establecían que antes de la primera presidencia de García Moreno, la cifra de alumnos que frecuentaban las escuelas de primeras letras era de ocho mil. En 1865 se elevaba ya á trece mil; en 1871 á quince mil; en 1873 á veintidos mil y á treinta y dos mil en 1875.

Las niñas que frecuentaban las escuelas eran mucho menos numerosas que los niños. Esto consistía en la dificultad de encontrar maestras y locales, y sobre todo, por la casi imposibilidad de acercarse á las escuelas, dada la inmensa extensión de los terrenos inhabitados y sin otras vías de comunicación que estrechos y peligrosos senderos.

Los indios, que componían casi la tercera parte de la población, figuraban en número insignificante entre los que sabían leer. Hasta entonces habían vivido sin más instrucción que el catecismo. García Moreno creó escuelas especiales para los pobres indios. Si á estas creaciones se unen las escuelas fundadas para los soldados y los pobres encarcelados, se verá que ninguna clase del pueblo ni siquiera la más ínfima fué excluida de los beneficios de la instrucción. En lo que se refiere al programa de estudios, adoptó el católico, en el cual la ciencia de Dios ocupa el primer lugar. García Moreno hubiera preferido dejar á la infancia sin instrucción que enseñarla á vivir sin Dios.

* Sin embargo, si la instrucción primaria educa á las populares muchedumbres, la segunda enseñanza forma las clases directoras, y por consiguiente ejerce mayor influencia en los destinos de la nación. Luego que García Moreno tomó las riendas del gobierno, apresuróse á llamar á los jesuitas, á estos inimitables educadores, á quienes diez años antes había abierto las puertas de su patria, y la revolución, tan estúpida como impía, había arrojado del Ecuador del modo más infame. El Congreso autorizó á la Compañía de Jesús para que abriese colegios en toda la nación, con entera libertad de seguir el método tradicional según se expone en el *Ratio studiorum*. No fundaron más que dos establecimientos durante la primera presidencia de García Moreno, uno en Guayaquil y

otro en Quito; mas una vez suprimida la Universidad en 1869, la segunda enseñanza tomó gran incremento y casi todas las provincias tuvieron sus colegios, además del seminario diocesano. El presidente hizo construir en Quito un magnífico edificio destinado á los jesuitas, colegio que García Moreno quiso poner bajo la protección de San José; mas el Arzobispo de Quito bautizóle con el nombre de San Gabriel para hourar la memoria del ilustre fundador.

No olvidaba el presidente á las jóvenes pertenecientes á las clases superiores de la sociedad, quienes, lo mismo que sus hermanos, reclamaban una instrucción digna de su elevado rango. García Moreno resolvió la dificultad llamando á las congregaciones religiosas, y las hermanas del Sagrado Corazón establecieron en Quito y otras ciudades vastos colegios en donde aprendían las jóvenes á ser católicas á la antigua usanza.

Después de la primera y segunda enseñanza, García Moreno concibió un proyecto más grandioso, aunque al parecer absolutamente quimérico; la creación en aquellas montañas de una Universidad católica, en la cual tuviesen los Obispos la dirección en virtud del *Docete omnes gentes*. Los libros de religión y de historia habían de ser designados por los prelados y revestidas con su aprobación las obras literarias y científicas. En cuanto al profesorado, el presidente quería le sabio, pero ante todo católico integérrimo.

La facultad de derecho, que tanta relación tiene con la teología, fué reorganizada sobre principios enteramente católicos, excluyendo á todos los autores liberales ó protestantes, como Filangieri, Vattel Strada y demás *ejusdem farinae*.

Para que la enseñanza de derecho no fuese sospechosa á los padres de familia, confiála García Moreno á los religiosos de la Compañía de Jesús, con particular misión de hacer penetrar en los alumnos el espíritu católico, lo cual desagradó sobremanera á los liberales. El buen P. Terenziani tenía el don particular de ofuscar á los abogados, porque en su curso de legislación basaba el derecho público en los principios de Taparelli, enteramente conforme con las teorías de García Moreno.

Otra dificultad mucho más seria atormentaba al católico presidente, y era, no de reorganizar, y sí de crear una facultad de ciencias. Era muy difícil encontrar una corporación profesional que estuviese á la altura de los progresos modernos. García Moreno venció todas las dificultades dirigiéndose á los jesuítas alemanes, y con ellos fundó en el antiguo edificio de la Universidad, una Escuela Politécnica que podía rivalizar con las mejores facultades de ciencias de Europa (1).

De la Facultad de Ciencias nació la de Medici-

(1) Bueno será que nuestros lectores conozcan los nombres de los sapientísimos hijos de San Ignacio. Eran estos, los reverendos padres Kolbery, Wenzel, Mülendox, Eppiny, Grünewald, Elbart, Dressel, Wolf, Brugler, Brätzkes y Sodiro.

na, y para reorganizarle, García Moreno obtuvo de la Academia de Montpellier dos excelentes profesores, MM. Guayraud y Domec, el primero de cirugía y el segundo de anatomía, con todos los aparatos é instrumentos necesarios al estudio de las diferentes partes de la ciencia medical.

Con el fin de completar estas creaciones, uniendo lo útil con lo agradable, García Moreno fundó una Academia de Bellas Artes, en donde se cultivaron la escultura, pintura y la música. En ella se formaron Rafael Salas, Luis Cadena y Juan Manosalvas; y Velez y Carrillo conquistaron también renombre en el arte de la escultura.

Terminemos esta rápida reseña de la enseñanza en el Ecuador con la obra monumental de la construcción del observatorio de Quito. García Moreno, después de haber llamado en vano á las puertas de todas las naciones para que le ayudasen en aquella obra internacional, se propuso llevarla á cabo él solo. En los talleres de Munich, compró aparatos de los mejores sistemas, y un telescopio de prodigiosa fuerza que costó seis mil duros. En cuatro años se construyó el monumento, y el Padre Menten, ilustre asociado del P. Sechi, iba ya á instalarse en él, cuando el crimen del 6 de Agosto quitó la vida al fundador.

Imagínanse muchos que el liberal es necesariamente progresista y el católico oscurantista y retrógado; sin embargo, este capítulo nos enseña dos verdades evidéntísimas: primera, que la revolución

no supo fundar nada en el Ecuador y sí destruir, y segunda que en seis años García Moreno hizo pasar á su patria de las tinieblas más profundas á la luz más resplandeciente. Un tercer hecho más significativo todavía: despues del asesinato del gran católico, todo volvió, por obra y gracia de la revolución, á su caos primitivo. M. Domec, profesor de anatomía en la facultad de medicina de Quito, cuenta con verdadero dolor que los laboratorios, aparatos é instrumentos de física estaban completamente abandonados y llenos de polvo. El nombre de García Moreno protestará eternamente contra la falsedad insigne convertida en axioma histórico: *La Iglesia es rémora de las ciencias y la revolución las favorece.*

CAPÍTULO XXIII

Caridad de García Moreno con los pobres, los niños abandonados los prisioneros, los enfermos y los leprosos.—Su celo por las misiones.—Evangelización del Napo.—Misiones en las ciudades y su edificante asistencia.

GARCÍA Moreno tenía el corazón tan alto como la inteligencia. Bastará dirigir una mirada sobre sus obras de caridad para comprender cuántos tesoros de bondad encerraba aquella alma.

Entre las plagas que devoraban al Ecuador había que contar el pauperismo. Agobiado por las contribuciones, el militarismo y la revolución, privado de comercio y de agricultura, el pueblo vivía en la más espantosa miseria. García Moreno se propuso luchar contra el pauperismo; mas ocupóse ante todo en ayudar á sus víctimas.

Los que primero excitaron su compasión fueron los niños privados de los cuidados de la familia, y fundó para socorrerles dos huerfanatos en Quito. El primero, confiado á las Hermanas de la Caridad,

recogió á los niños abandonados por el vicio ó la indigencia. Una generosa dama, la señora doña Virginia Klinger de Aguirre, fundó el establecimiento, y el gobierno dió lo necesario para el sostén de los niños. El segundo, servido por las Hermanas de la Providencia, recogió á los verdaderos huérfanos, y gracias á la protección del presidente y á la abnegación de las religiosas, las infelices criaturas encontraron madres, que, al formarles en las virtudes cristianas, preparaban á la sociedad miembros sanos y útiles en vez de podredumbre y gangrena.

Los prisioneros reclamaban también una reforma, tanto más urgente, cuanto que intolerables abusos torturaban á mayor número de víctimas. A consecuencia de las guerras é insurrecciones frecuentes, aquellas infectas mazmorras estaban llenas de asesinos y ladrones. Los cuerpos perecían por falta de aire y alimento, mientras que sus almas encenagábanse en la crápula y en la ociosidad. No tenían más ejercicio religioso que la misa del domingo, y dábanles muchas veces como capellanes á sacerdotes desacreditados ó impropios para las demás funciones eclesiásticas.

Después de minuciosa inspección, el primer cuidado de García Moreno fué poner remedio á los desórdenes materiales y morales, y buscó dos hombres de corazón capaces de poner en práctica sus ideas: un capellán, como consolador supremo de aquellos infelices, y un director inteligente y rec-

to para hacer cumplir el reglamento y prestar ayuda al capellán.

A partir de este instante, todo cambió de aspecto, y la cárcel se convirtió en escuela y taller. El capellán, D. Abel de Corral, joven sacerdote lleno de celo por la salvación de las almas, enseñaba á aquellos infelices la doctrina cristiana, y el director, D. Francisco Arellano, ayudaba al capellán, castigando á los recalcitrantes y á los perezosos. Para estimular la buena voluntad de los presos, García Moreno les prometió la libertad como recompensa de los progresos que hicieren en su honradez, en el trabajo y en la piedad. Dios Nuestro Señor bendijo los esfuerzos del presidente, pues la cárcel convirtiéndose al cabo de algún tiempo en un verdadero convento, en el cual reinaban la piedad, el amor al trabajo y la regularidad más perfecta.

Al terminarse el año, el presidente, rodeado de sus ministros y de una escolta militar, asistía á la cárcel con gran pompa para examinar á los presos. El examen trataba acerca de la doctrina cristiana, historia sagrada, lectura, caligrafía, aritmética y ortografía. García Moreno distribuía algunas recompensas, reducía á algunos la pena y devolvía á otros la libertad.

Su solicitud extendióse también á los hospitales. Cuando llegaba á una ciudad, su primera visita era para el hospital. En Guayaquil encontró á muchos enfermos tendidos sobre una pobre estera. Impresionado con semejante espectáculo, dijo, al

governador que le acompañaba:—Estas pobres gentes no tienen muy buenos lechos. ¿Por qué no da usted todo lo necesario para que estén con comodidad?—Excmo. Señor,—respondió el gobernador,—estamos sin recursos.—Esto no impide para que usted, que tiene buena salud, duerma en un buen colchón, mientras que estos miembros dolientes de Jesucristo no tienen donde reposar la cabeza.—Dentro de algunas semanas proveeré á sus necesidades.—Dentro de algunas semanas no,—repuso García Moreno,—porque no pueden esperar. Esta noche dormirá usted aquí á su lado y en una estera, y todas las noches sucederá lo mismo hasta que todos los enfermos tengan una cama con colchón.—Al anochechar, el hospital estaba lleno de camas, y el gobernador pudo dormir tranquilamente en su casa y en colchón de muelles.

También se ocupó con predilección de esos seres dolientes que tanta repugnancia inspiran á sus semejantes. Los leprosos eran los mejores amigos de García Moreno, no desdenando sentarse con ellos á la mesa y participar de sus frugales comidas. Lleno de compasión y de afecto para con todos los seres dolientes, gastaba la mayor parte de su sueldo en aliviar su miseria.

Hasta sus encarnizados enemigos participaban de sus beneficios. La mujer de Urbina, su mayor enemigo, recibía del presidente una pensión anual. Las misiones fueron consideradas por García Moreno absolutamente necesarias á la paz y al en-

grandecimiento de toda sociedad bien constituida. Además había en el Ecuador más de doscientos mil indios que vivían, según la expresión de la Sagrada Escritura, sentados en las sombras y en las tinieblas del error. La religión de estos infelices consistía en ciertas extravagantes fábulas, dominando en ellas la existencia de un Espíritu Superior. Los PP. Jesuitas habían en los siglos anteriores predicado á aquellos infelices el Evangelio, y la provincia de Marañón contaba seis grandes divisiones, setenta y cuatro pueblos con ciento sesenta mil neófitos. Gracias al liberalismo de Carlos III, los jesuitas viéronse obligados á abandonar aquellos territorios, y los pobres indios volvieron á sus costumbres nómadas y sus horribles supersticiones.

García Moreno concibió en 1862 el proyecto de la evangelización del Napo, y el P. Pizarro, de la Compañía de Jesús, evangelizaba ya las orillas del Napo, cuando en 1864 los cómplices de Maldonado, Jaramillo y Lamota invadieron el país y arrojaron de él á los PP. Jesuitas.

Cuando en 1870, García Moreno subió al poder estableció la obra de las misiones sobre bases más sólidas, y sin tener en cuenta el odio de los sectarios contra los jesuitas, confirió al Vicario apostólico poderes civiles bastante extendidos.

También en las ciudades excitaban gran entusiasmo las misiones. En 1873 predicaron los redentoristas una mision en la capital, á la que asis-

tió inmenso auditorio. El presidente asistió á todas las predicaciones. Despues de haber convertido á Dios muchísimas almas, dice el R. P. Berth en su obra *García Moreno*, la misión terminó con la plantación de la Cruz, ceremonia que dió ocasión á escenas de los tiempos antiguos. La vasta iglesia metropolitana no podía contener la muchedumbre. En el sitio de honor figuraba el presidente, rodeado de las autoridades civiles y militares. Antes que se pusiese en marcha la procesión, un padre misionero subió al púlpito y habló de la señal augusta de la Redención y del respeto que le es debido; recordó que el emperador Heraclio no se había avergonzado de llevar sobre sus hombros el sagrado madero de la cruz. Apenas había dicho estas palabras, cuando el presidente, revestido con todas las insignias, abandonó su puesto, se acercó á la cruz y cargó con el precioso emblema. De este modo atravesó la ciudad, llevando sobre sus hombros el estandarte del Dios que queria hacer reinár en todos los corazones.

CAPÍTULO XXIV.

Pobreza en que vivía el Ecuador antes de García Moreno.—Propónese hacer una carretera de Guayaquil á Quito.—Construye más de cien puentes y cuatrocientos acueductos.—Estado próspero á que llegó la Hacienda durante su presidencia.

Es un axioma, entre los modernos liberales que la civilización no consiste en otra cosa que en el progreso material, y como consecuencia legítima, no puede haber bienestar material sin gobiernos materialistas y por ende hostiles á la Iglesia.

Cien veces se han refutado semejantes absurdos, y lo mejor será traer aquí hechos que prueben que la Iglesia católica no está en contradicción con los modernos progresos materiales.

El Ecuador vivió siempre en la pobreza, debido en primer lugar, á la natural indolencia de sus habitantes y á las constantes y continuas revoluciones, y sobre todo á la ausencia de vías de comunicación. Para sacar al país del estado de prostración en que se hallaba, García Moreno se propuso unir la meseta de los Andes con el resto del

nuevo mundo por medio de una magnífica carretera que fuese de Quito á Guayaquil.

Tratóronle los liberales de utopista; pero dejaba hablar á las gentes y continuó su obra. Su antiguo compañero en la audaz exploración del volcán Pichincha, el ingeniero D. Sebastian Wyse, encargado por él de estudiar el terreno, reconoció que con varios puentes y viaductos se podría unir la meseta de los Andes desde la capital hasta el Chimborazo. Era un trabajo monstruo que, dado el caracter de García Moreno, sería puesto en ejecución inmediatamente.

Un ingeniero europeo fué el encargado de tirar los planos, empero este sábio á quien creían de extraordinaria capacidad, perdido en medio de las montañas, tomó una dirección falsa. En vano los habitantes del país hicieron notar su error; el ingeniero persistió en sus ideas. Agobiado por las recriminaciones, el presidente respondió: que sentía muchísimo no haber conocido antes á tantos ingenieros; mas que era ya algo tarde y que por eso mismo se había visto en la necesidad de servirse de los extranjeros. Sin embargo, los que criticaban, tenían razón; fué necesario un nuevo plan, y algunos esperaron que García Moreno llegaría á desanimarse; mas no conocían su invencible tenacidad.

Habiendo comenzado en 1862 la carretera, se terminó en 1872. El primer trozo de Quito á Sibambe, punto extremo de la meseta, tuvo necesi-

dad, en un trecho de doscientos cincuenta kilómetros, de la construcción de cien puentes y cuatrocientos acueductos.

El día 23 de Abril de 1873 fué un día de gran regocijo en la ciudad de Quito. Inauguráronse dos bonitas diligencias, la *Sangai* y la *Tunguragua*. El Arzobispo, rodeado del presidente y altos dignatarios de la República, bendijo solemnemente los nuevos coches, recibiendo á tan ilustres personajes y poniéndose en marcha en medio de las aclamaciones de todo el pueblo.

Además de esta grandiosa carretera, que ella sola bastaría á inmortalizar su nombre, el presidente mandó abrir otras cuatro en las provincias del Norte y del Sur. De la Hacienda podemos decir que en tres años, García Moreno duplicó las rentas del Estado. Hé aquí el presupuesto de los cinco años de presidencia de García Moreno:

Año de 1869	1.678,759 duros
» de 1870	2.248.308 id.
y en 1874	2.944,617 id.

A la muerte de García Moreno las rentas del Tesoro se elevaban á tres millones de duros. La deuda consolidada debía extinguirse, y la deuda flotante llegaba apenas á la cifra de quince mil duros.

CAPITULO XXV

Virtudes íntimas de García Moreno.—Su gran humildad.—Su amor á María.—Su justicia inexorable.—Afecto tiernísimo que profesaba á los suyos, en especial á su madre.

ANTES de contar el lúgubre drama que interrumpió las obras grandiosas del caudillo cristiano, vamos á decir algo acerca de las virtudes íntimas de García Moreno. La naturaleza había dotado á García Moreno de las cualidades eminentes que hacen el hombre verdaderamente grande. Su vasta inteligencia abarcaba del primer golpe de vista las mayores complicaciones. Este precioso don, unido al estudio profundo de las cuestiones de gobierno, imprimía á sus resoluciones un sello de brusca espontaneidad que asustaba hasta sus mejores amigos.

García Moreno sabía muy bien que el jefe de una nación, verdadero ministro de Dios, no domina sobre los demás, si no es para asegurarles la verdadera felicidad. Jamás pensó en aprovecharse del poder para enriquecerse á costa del pueblo. Al liberalismo, inventado adrede para proteger el

mal y oprimir el bien, García Moreno sustituyó con la divisa de la autoridad: «*Libertad para todos y para todo, excepto para el mal y los malhechores.*» «No se hace el bien, decía, á no ser por la fuerza, y he ahí por qué pongo la fuerza al servicio del derecho.»

A pesar de su caracter imperioso, García Moreno fué siempre humilde. Jamás deseó ni conservó el poder por un sentimiento de personal satisfacción; si derrotó á los malos no fué para reinar en su lugar, y sí para hacer reinar á Dios. Los periódicos de la revolución lanzaban contra él las calumnias más infames y leales sin emoción, muy dichoso, decía, de sufrir por Cristo y por su Iglesia.

Jamás se vanaglorió con sus obras. En el Congreso no hablaba sino para dar gloria á Dios y por eso rogaba á todos sus amigos le encomendasen á Dios en sus oraciones. En las cartas particulares que dirigía á los señores Obispos, conjurábasele le señalasen los actos que les pareciesen reprensibles y los medios más útiles para el servicio de Dios y de su Iglesia.

Y penetrado de su nada, atribuía á la Virgen María y á las oraciones de Pío IX todos sus triunfos. Un profesor de botánica que había hallado una flor no calificada aún en la flora del país, pidióle permiso para bautizarla con el nombre de *Tacsonia García Moreno*. «Si quiere usted darme gusto, respondió el presidente, deje usted á un lado mi pobre persona; si la flor es rara, bonita y des-

Conocida en el Ecuador, ofrézcala usted á la flor del cielo, llamándola *Tacsonia Marice*.

Su amor á la justicia hacía que fuese inexorable con aquellos que se aprovechaban de su posición ó de su autoridad para despojar á los pobres. Algunos indios presentáronse un día al presidente para contarle que un rico propietario habíales quitado varios terrenos con el objeto, muy poco cristiano, de agrandar sus dominios. García Moreno condenó al propietario á restituir los terrenos robados, destituyéndole además del alto cargo que ocupaba.

La justicia no excluía en él la bondad. Amaba á su esposa y á sus hijos con verdadero delirio. Cuando Dios le quitó á su niña, aquel hombre, tan austero en apariencia, estuvo por largo tiempo inconsolable. Sin embargo, á pesar de haber concentrado todo su amor en el único hijo que le quedaba, educóle, sin debilidad de ningún género, en el amor de Dios. En 1874 presentóle al director de los hermanos de las Escuelas cristianas con esta sencilla recomendación: «Aquí tiene usted á mi hijo; lo único que deseo es que hagan ustedes de él un buen cristiano. La ciencia y la virtud contribuirán á hacerle buen ciudadano. No anden ustedes con él en contemplaciones, y si mereciese algún castigo, no vean ustedes al hijo del presidente de la república, sino un alumno como otro cualquiera.»

Su madre ocupaba también en su corazón espe-

cialísimo lugar. Dios Nuestro Señor se la conservó hasta la edad de noventa y cuatro años, y siempre la tuvo el mismo cariño y la misma veneración. La buena anciana murió en 1873, el día de Nuestra Señora del Carmen. El Cardenal Moreno escribió al presidente con motivo de la muerte de su venerable tía. García Moreno contestó á su eminente primo dándole gracias por haber celebrado el santo sacrificio de la misa por el alma de su madre, y que creía que Jesucristo habría ya recompensado sus heroicas virtudes, y en particular su fe, capaz de transportar las montañas.

Nuestros lectores conocen ya al hombre moral; vamos á hacerles ver ahora el cristiano según el corazón de Dios.

CAPÍTULO XVI

Grandísima piedad de García Moreno.—Su gran ciencia teológica.—Su idea de Dios y veneración á los sacerdotes.—Su catolicismo en la vida pública como en la privada.—Reglamento de vida.—Su devoción á San José y á la Beata Mariana de Quito.—Consagración del Ecuador al Corazón de Jesús.

LAS virtudes morales no crecen en el hombre á no ser por medio de la gracia de Cristo, con la cual hace que participemos en las operaciones de su prudencia, justicia, fuerza y templanza. Hé ahí por qué para ser un hombre virtuoso hasta el heroísmo, tiene necesidad de ser cristiano sinceramente piadoso.

La piedad en un jefe de Estado parecerá cosa singular en nuestros días. Hoy no se estilan santos en los tronos de nuestros reyes constitucionales, ó en el sillón de los presidentes de república. Además la opinión, dueña del mundo, no suele tolerar á los príncipes piadosos. Por haber amado la justicia y la religión, Enrique V murió en el destierro. García Moreno triunfó, á pesar de la moda, de los sarcasmos volterianos, no olvidando que el hombre debe ante todo buscar el reino de Dios y su justicia.

Dice Bacón que la poca ciencia aleja de la religión, y la mucha ciencia lleva á ella. De aquí la indiferencia, la incredulidad y hasta la impiedad de los gobernantes de nuestros días: bastante instruidos para comprender las objeciones de los misterios de la fe, no tienen el conocimiento ni la filosofía suficientes para resolverlas. Por eso se oyen tantas discusiones absurdas en los congresos, periódicos, libros y ateneos; discusiones que hacían encogerse de hombros á García Moreno. Teólogo versado en el conocimiento de la Sagrada Escritura y del dogma católico, con una sola palabra pulverizaba las objeciones de los modernos sofistas.

A la luz natural que revela las armonías de la razón y de la fé, García Moreno añadía la luz divina que no se obtiene sino con la meditación de las verdades reveladas. A pesar de sus numerosas ocupaciones, consagraba todos los días media hora en meditar la ley de Dios y las postrimerías del hombre. El áureo libro de la *Imitación de Cristo* alimentábale con santos y sublimes pensamientos, no solamente en casa, pero particularmente en los viajes; pues había hecho de él su compañero inseparable.

García Moreno tenía tal idea de los atributos de Dios, que á todas las objeciones respondía invariablemente: «Dios no muere.» Consideraba á Dios como el océano de todos los bienes.

La idea de Dios inspirábale sentimientos de grandísima veneración hacia los sacerdotes. Un pobre

capuchino que estaba de paso en Quito, hizo una visita al presidente y se presentó á éste con el sombrero en la mano. —«Cúbrase usted, padre, le dijo García Moreno descubriéndose á su vez. —Un pobre religioso no puede estar cubierto en presencia del presidente de la República. —Padre, repuso el presidente, poniéndole el sombrero, ¿qué es un presidente del Ecuador en presencia de un sacerdote del Altísimo?

De la gran estima de Dios y de las cosas divinas, nacía en su alma verdadero desprecio hacia las cosas terrenas. El dinero empleábalo en socorrer miserias y en enjugar lágrimas.

Católico práctico en todas las manifestaciones de la vida pública como de la privada, García Moreno no cultivó jamás ese dualismo traidor y cobarde que hace que ciertos jefes de Estado se muestren piadosos en la vida privada mientras que firman en la vida pública leyes y decretos dignos de Juliano Apóstata. Católico ferviente lo fué como jefe de Estado, restaurando con todas sus fuerzas el reinado social de Jesucristo.

Las resoluciones que escribió en la última página del Kempis darán idea de su vida íntima: «Tendré cuidado en guardar la presencia de Dios en cuanto me sea posible, sobre todo en las conversaciones, con el fin de no excederme en palabras. Ofreceré á menudo mi corazón á Dios, principalmente antes de comenzar los actos del día.

»Todas las mañanas haré oración y pediré la

virtud de la humildad. Asistiré todos los días á misa, rezaré el rosario, y leeré un capítulo del *Kempis*, este reglamento y las instrucciones á él anejas.

»Cuando dé la hora diré: Soy peor que un demonio y el infierno debiera ser mi morada.

»En mi cuarto no rezaré nunca sentado pudiéndolo hacer de pie. No hablaré nunca de mí á no ser para confesar mis faltas y pecados.

»Hacer esfuerzos con una mirada á Jesús y María para contener mi impaciencia y contrariar mi inclinación natural, ser amable hasta con los importunos, y no hablar jamás mal de mis enemigos.

»Haré exámen particular dos veces al día sobre el ejercicio de las virtudes, y por la noche examen general, y me confesaré todas las semanas.

»Evitaré las familiaridades, aun las más inocentes, según lo ordena la prudencia.»

Este reglamento de vida hace ver la pureza del alma de García Moreno.

Un profesor alemán de la Academia politécnica decía que el presidente era modelo de católicos por su bondad, y sobre todo por su gran piedad. Todas las mañanas iba á la capilla y él mismo preparaba los ornamentos y ayudaba á misa en presencia de su familia y de sus servidores. El mismo edificante espectáculo renovábase por la noche. Rodeado de todos los suyos, rezaba el rosario, añadiendo siempre una lectura piadosa.

También el gran patriarca San José, esposo santísimo de María, fué el santo predilecto de García

Moreno. Cuando Pío IX le proclamó patrono y protector de la Iglesia universal, el presidente del Ecuador púsose de acuerdo con los Obispos de su nación y presentó una súplica al soberano Pontífice pidiendo que la fiesta de San José fuese día feriado en la república del Ecuador. Al lado de la Sagrada familia, los ecuatorianos veneran con especial devoción á su santa compatricia la Beata Mariana de Jesús, apellidada la Azucena de Quito. García Moreno sufría al ver el culto de su heroica compatricia casi desaparecido, y sus reliquias olvidadas en la pobre capilla del convento que antes había pertenecido á los PP. Jesuitas. Durante su primera presidencia consagró gran parte de su sueldo á embellecer el santuario. Más tarde, queriendo asociar el país entero á su obra, el presidente hizo votar por el Congreso los fondos necesarios para la compra de una magnífica caja en donde reposasen los restos de la Beata.

A todas estas pruebas de piedad, el presidente añadió en 1873 el acto grandioso de la consagración de su patria al deífico Corazón de Jesucristo.

Los Obispos, reunidos en Concilio, acogieron con entusiasmo la idea de García Moreno, transformándola en decreto conciliar. Las Cámaras dieron otro decreto conforme al de los Obispos, dando así prueba de la gran fe que animaba á todos sus miembros, votándolo sin discusión. Al cabo de algunos días tuvo lugar en todas las iglesias la solemne ceremonia. El presidente, de uniforme de

gala, se dirigió á la catedral, seguido de todas las autoridades civiles y militares. Luego que el Arzobispo terminó en nombre de la Iglesia el acto de consagración, García Moreno repitió la fórmula en nombre del Estado. Algunos diputados vieron con malos ojos la consagración del Ecuador al Sacratísimo Corazón de Jesús, alegando la razón hipócrita que el culto de Jesucristo eclipsaría el de Nuestra Señora de las Mercedes, patrona de la república. García Moreno contestó que la Virgen no podía tener envidia de su divino hijo. Sin embargo, el Congreso retrocedió ante la idea de levantar un templo al Sagrado Corazón, y fueron precisos diez años de nuevas luchas para poner en práctica el pensamiento de García Moreno.

Y ahora que hemos hecho ver á nuestros lectores el interior de García Moreno, si hay todavía quien le preste otra intención que la de glorificar á Dios, podremos responderle que no conoce el corazón del hombre.

zada de los poderosos Estados de Europa contra la injusta y violenta ocupación de Roma..... *

»Empero ha sido vana su esperanza: los reyes del antiguo continente han, hasta ahora, guardado silencio, y Roma continúa gimiendo bajo la opresión del rey Víctor Manuel.

»Hé aquí por qué el gobierno del Ecuador, á pesar de su debilidad y la enorme distancia que le separa del mundo antiguo, cumple con el deber de protestar, como protesta, ante Dios y los hombres, en nombre de la justicia ultrajada, y sobre todo en nombre del pueblo católico del Ecuador, contra la inicua invasión de Roma y la esclavitud del Romano Pontífice, á pesar de las insidiosas promesas, siempre repetidas, y siempre violadas, no obstante las irrisorias garantías de independendia, con las cuales se ha querido disfrazar la ignominiosa esclavitud de la Iglesia.....»

No se contentó García Moreno con esta protesta personal, sino que mandó copia á todos los gobiernos de América, exhortándoles á reprobear también «la violenta é injusta ocupación de Roma»; mas los gobiernos de América guardaron silencio.

En medio de los insultos que los periódicos revolucionarios le prodigaron, García Moreno se regocijó por haber gritado á la conciencia pública; pero más aún por haber consolado el corazón afligido de Pío IX. Al leer la enérgica protesta del presidente del Ecuador, el cautivo del Vaticano exclamó: «¡Ah! si éste fuése un rey poderoso, el

Papa tendría un apoyo en el mundo.» García Moreno fué creado, por este acto de amor filial, caballero de primera clase de la Orden de Pío IX. El Pontífice de la Inmaculada y el restaurador de la tesis católica, amábanse con entrañable amor, y Pío IX, que se mostraba arrogante con el czar, con Bismarck y con Napoleón, mostrábase lleno de ternura con aquel presidente de un Estado minúsculo y casi desconocido, cuyo noble corazón latía al unísono del suyo. Por su parte, García Moreno amaba con pasión al heroico Pontífice, siempre en la brecha para defender los derechos de la Iglesia; al nuevo Gregorio VII, que, en este siglo de racionalismo y de indiferencia religiosa, tuvo valor para proclamar el *Syllabus*, organizar una cruzada y celebrar el Concilio Vaticano.

A uno de sus amigos que había tenido la dicha de ver á Pío IX, escribíale: «Te tengo envidia porque has podido besar los piés del Vicario de Jesucristo y conversar con él; yo le amo más que á mi padre, pues por él, por su defensa y por su libertad, daría la vida de mi hijo.»

Pío IX y García Moreno, los dos justos del siglo XIX, merecieron sufrir pasión con Cristo: el primero entregado á los carceleros revolucionarios, y el otro á los sicarios de las logias.

En los últimos cinco años de la presidencia de García Moreno, el Ecuador había cambiado completamente de aspecto bajo los puntos de vista material y moral. Escuelas por todas partes, una Uni-

versidad con cuatro facultades, escuela politécnica, museos, conservatorio de bellas artes y observatorio astronómico. El glacial egoísmo había sido reemplazado con la caridad; pobres enfermos y leprosos era recogidos en casas de misericordia, y en todas partes la religión, consoladora suprema, hacía renacer la calma y la tranquilidad en los ánimos. Tal era el floreciente estado del Ecuador, cuando en el año 1873 la cuestión de elección de nuevo presidente vino á agitar de nuevo los ánimos. Nadie dudaba que García Moreno sería reelegido á pesar de algunos energúmenos que trabajaban en las tinieblas. Borrero, el campeón del liberalismo católico, fué quien más trabajó contra el presidente, y los liberales de todos matices y castas opusieron su candidatura á la de García Moreno, y hasta el impío Montalvo trabajó con verdadero furor en favor del melífero Borrero.

Las desleales maniobras de los liberales empleadas con el fin *non sancto* de impedir la reelección del presidente impresionaron muy poco á García Moreno. A pesar de que comprendía los peligros que podían seguirse en el caso de no ser elegido, confiaba, no obstante, en Dios, en el pueblo y en su espada para defender á su patria. El pueblo católico del Ecuador quería y deseaba con ansia la reelección de García Moreno.

Los partidarios de Borrero se agitaban con el fin de imponerse, si no de grado, por fuerza. Algunas cartas de Cuenca le advirtieron que los bo-

rreristas tramaban en Guayaquil un pronunciamiento. Dos jóvenes, parientes de Borrero, debían verse con Polanco, jefe de artillería, y preparar con él una revolución. García Moreno destituyó inmediatamente á Polanco, puso en estado de sitio las provincias de Cuenca y Guayaquil, y los dos jóvenes, parientes de Borrero, fueron desterrados al Perú.

Viendo los liberales que la lucha era imposible con un hombre como García Moreno, prepararon el puñal, *última ratio* de los amantes de la libertad.

CAPITULO XXVIII

Conspiración horrenda de las logias masónicas de ambos mundos contra García Moreno.—Presentimientos de su futuro martirio expresados en sus cartas.—Carta á Pío IX.—Comulga en la Iglesia de Santo Domingo.—El asesinato.—El luto del Ecuador.—Alabanzas de Pío IX y de los católicos del mundo entero.

NADIE ignora que la masonería es la gran enemiga de Jesucristo y por ende de todos los que á Jesucristo sirvan con fidelidad. García Moreno se mostró siempre decidido adversario de la revolución; hé ahí por qué los masones consideraban al católico presidente como un enemigo personal. Por eso los periódicos de la secta, lo mismo en Europa que en América, hicieron causa común para deshorrar á la víctima y preparar los ánimos para verle caer sin gran sorpresa

Según los periódicos masones, García Moreno era un mónstruo, un Nerón, digno del horror y de la execración de la humanidad entera. El ultramontanismo, decía *La Gaceta de Colonia*, ejerce en la miserable república del Ecuador, un poder absoluto que recuerda los *hermosos* tiempos del duque de Alba y Torquemada. En Francia,

Le Monde Maçonique, contaba, con las lágrimas en los ojos, cómo García Moreno perseguía á las logias porque no habían querido recibirle en su seno.

En América había verdadera inundación de folletos contra el presidente del Ecuador y una incesante provocación al asesinato. Al acercarse las elecciones, los rumores de un próximo asesinato tomaron tal consistencia, que muchas personas creyéronse obligadas á exponer sus temores á García Moreno y aconsejarle medidas de prudencia. En 1873 escribía á un amigo: «Me dicen de Alemania que las logias de este país han dado órdenes á las de América para que derriben el gobierno del Ecuador. Es probable que el Gran Maestro X. . . tenga algo que ver en este asunto; mas si Dios nos protege y nos cubre con el manto de su misericordia, ¿qué podremos temer?...

Sin embargo, la conjuración se tramaba en los antros. Encargados de asesinar al gran enemigo de la secta, los masones de América habían mandado representantes de Chile, Perú, Ecuador y Colombia á Lima, ciudad masónica por excelencia, para designar los sicarios y darles medios para cumplir su misión. A la cabeza de los asesinos estaba el abogado Polanco, joven de excelente familia, pero de muy malas costumbres. Después de Polanco venían Moncayo, Roberto Andrade y Manuel Cornejo. Finalmente, completaba esta cuadrilla de asesinos el desdichado Rayo, muy favo-

recido del presidente. Tales eran los instrumentos escogidos por la secta para cumplir su terrible crimen.

Nadie podía ya disimular que se acercaba el peligro, y no faltó quien aconsejase al presidente que tomara algunas precauciones para poner en salvo su vida. García Moreno respondió que confiaba en Dios, y añadió las palabras del Salmista: «*Nisi Dominus custodierit civitatém, frustra vigilat qui custodit eam.*»

En tan aciagas circunstancias escribió su última carta al soberano Pontífice, carta saturada de piedad y de heroica resignación: «Santísimo Padre, decía; imploro la bendición de Vuestra Beatitud, habiendo sido elegido, sin merecerlo, para gobernar durante otros seis años á esta católica república. El nuevo período presidencial no comienza hasta el 30 de Agosto, fecha en que debo prestar el juramento constitucional, y entonces es cuando me incumbe la obligación de avisar oficialmente á V. B.; mas he querido hacerlo hoy con el fin de obtener del cielo fuerza y luz para continuar siendo hijo amantísimo de nuestro Redentor, y servidor leal y obediente de su Vicario infalible.

»Hoy, que las logias de las naciones vecinas, excitadas por Alemania, vomitan contra mí injurias atroces y horribles calumnias, procurando en secreto los medios de asesinar-me, tengo más que nunca necesidad de la protección divina para vivir y morir en defensa de nuestra santa religión y de

esta cara república que Dios me ha llamado de nuevo á gobernar. ¿Qué mayor dicha para mí, Beatísimo Padre, que verme aborrecido y calumniado por el amor de nuestro divino Redenior? Empero ¡qué dicha aun mayor si la bendición de Vuestra Beatitud me obtuviese del cielo la gracia de derramar mi sangre por Aquél, que siendo Dios, quiso derramar la suya por nosotros en la cruz!»

Lleno el corazón de pensamientos tan consoladores, García Moreno se puso á escribir el mensaje que había de leer el día 10 de Agosto en la apertura del Congreso. El 4 de Agosto escribió la última carta á su amigo D. Juan Aguirre, diciéndole estas proféticas palabras: «Voy á ser asesinado; dichoso si muero por la fé; en el cielo nos veremos.»

El 5 de Agosto sus ministros le dijeron ser cosa común y corriente que los masones habían dispuesto asesinarle. «Los enemigos de Dios, decía, pueden asesinar-me si quieren, mas Dios no muere.»

«Al día siguiente, 6 de Agosto, fiesta de la Transfiguración de Nuestro Señor, á las seis de la mañana, dice el R. P. Berthe en su hermoso libro *García Moreno*, fué, según costumbre, á la iglesia de Santo Domingo, en donde oyó misa. Era el primer viernes del mes, día consagrado al Sagrado Corazón de Jesús. Como otros muchos fieles, el presidente se acercó á la sagrada mesa y recibió al Dios de la Eucaristía, sin duda como viático de su último viaje; pues con tantas advertencias reci-

bidas de todas partes, no podía menos de pensar que se hallaba en peligro de muerte: por eso prolongó la acción de gracias hasta las ocho.»

Los conjurados le acecharon durante toda la mañana, y se cree que la muchedumbre de fieles, que era entonces numerosa, impidióles cometer el crimen en aquellos momentos. Rayo, para evitar que recayesen en él las sospechas, había comulgado algunos días antes en presencia del presidente.

García Moreno volvió á su casa con toda tranquilidad; pasó algunos momentos con su familia, retirándose después á su gabinete para terminar el mensaje que en aquel mismo día quería comunicar á sus ministros.

Á eso de la una salió con el precioso manuscrito que había de ser su testamento, y acompañado de su ayudante se dirigió al palacio del gobierno; pero detúvose en el camino en casa de los padres de su mujer, que vivían cerca de la Plaza Mayor. D. Ignacio Alcázar, que le amaba con delirio, díjole entristecido: «Mejor sería que no salieses de aquí, pues tus enemigos andan acechando todos tus pasos.»—«No sucederá, respondió, más que lo que Dios quiera.» De la morada de D. Ignacio Alcázar se dirigió al palacio de la presidencia, acompañado del ayudante Pallarés. Mas al pasar por delante de la catedral, sintió la necesidad de elevar su alma á Dios, haciendo una corta estación en la Iglesia, en donde adoró al Santísimo Sacramento, que en aquel día estaba expuesto. Los masones,

durante todo este tiempo, habíanse emboscado detrás de las columnas del peristilo de palacio.

Apenas García Moreno salió de la catedral y subió la escalera del peristilo, cuando Rayo, que le seguía, sacando de debajo de la capa un enorme machete, dióle terrible puñalada en el hombro.

—¡Vil asesino!—exclamó el presidente volviéndose y haciendo inútiles esfuerzos para sacar el revólver que tenía en el bolsillo de la levita; mas ya le había hecho Rayo una ancha herida en la cabeza, mientras que los otros conjurados descargaban sobre él los revólveres.

En aquel momento un joven, que por casualidad se encontraba en la plataforma de palacio, quiso asir el brazo de Rayo; pero herido á su vez, y agotadas sus fuerzas, vióse obligado á soltarlo.

Acribillado á balazos, y con la cabeza ensangrentada, el heróico presidente, buscando el revólver, se dirigió hacia el lugar de donde partían las balas, cuando Rayo, de dos machetazos, cortóle el brazo izquierdo y la mano derecha, de tal manera, que se le quedaron colgando. Una segunda descarga hizo que la víctima vacilase, cayendo á la plaza de una altura de cuatro ó cinco metros.

Tendido en el suelo, con el cuerpo todo ensangrentado y la cabeza apoyada en el brazo, el pobre moribundo estaba ya sin movimiento, cuando Rayo, más feroz que un tigre, bajó la escalera del peristilo, y precipitándose sobre él para acabarle:

—Muere, verdugo de la libertad;—gritó, machacándole la cabeza con el machete.

—Dios no muere!—murmuró el mártir.

Sin embargo, el ruido de los tiros atrajo á los habitantes al mismo tiempo que el pánico se apoderaba de todos los corazones. Todos salieron de las casas, pues en aquella hora no había nadie en las calles de Quito con motivo del calor. Llenáronse las calles de gente; los soldados del cuartel inmediato, avisados por Pallarés, llegaron á la carrera, mientras que los asesinos huyeron, excepto Rayo, á quien la bala de uno de sus cómplices, bala destinada al presidente, le había herido gravemente en una pierna.

El tiro de un soldado dejó en el sitio al miserable, mientras que transportaban el herido á la Catedral á los piés de Nuestra Señora de los Dolores; una vez allí, preguntóle un sacerdote si perdonaba á sus asesinos, y su mirada moribunda contestó que los perdonaba á todos. Administráronle la Extrema-Unción en medio de las lágrimas y sollozos de la asistencia, espirando un cuarto de hora después de la horrible tragedia de palacio.

Por otra parte, el cadáver del principal asesino fué pisoteado por la muchedumbre encolerizada; arrastrado con una soga al cuello por las calles de la ciudad, dejáronle al fin en medio del arroyo, y envuelto en las inmundicias. Retiráronle más tarde para llevarle al cementerio, haciendo una hoya en el terreno maldito reservado á los parricidas.

Encontráronse sobre él pruebas de su afiliación á la masonería, al mismo tiempo que la cantidad recibida para ejecutar el crimen, en un *chèque* del Banco del Perú, antro notorio de masones.

En la tarde de aquel aciago día, el decano de la Facultad de Medicina, el doctor Guayraud, reconoció oficialmente el cadáver del Presidente é hizo la autopsia. El mártir había recibido cinco tiros de revólver, y catorce puñaladas con el infame machete, una de las cuales fracturóle el cráneo; contáronse siete ú ocho heridas mortales. En el pecho del Presidente se encontró una reliquia de la verdadera cruz y varios objetos piadosos. En el bolsillo de la levita tenía una agenda enteramente llena con sus notas diarias; en la última página había, en aquel mismo día, trazado con lápiz, estas palabras, bastantes para pintar el alma de un santo:

«Señor mío Jesucristo, dadme amor y humildad, y haced que conozca lo que hoy he de hacer en vuestro servicio.»

Como respuesta á esta generosa demanda, Dios reclamó la sangre del héroe cristiano, y en verdad derramóla con corazón generoso.

La República del Ecuador hizo á su Presidente magníficos funerales; vistiéndose de luto la nación entera. Los asesinos viéronse obligados á huir por no caer en manos de la justicia. En virtud de la ley constitucional, D. Javier León declaróse jefe

del poder ejecutivo y puso la República en estado de sitio.

Exceptuando Andrade y Moncayo, que pudieron pasar al extranjero, los otros dos asesinos, Campuzano y Cornejo, fueron condenados á muerte. Este último hizo completas revelaciones, convirtiéndose en los últimos momentos. Escribió á su pobre madre una carta llena de resignación: «Soy feliz, decía, en morir para expiar mi crimen, y morir ahora, después de haber tenido la dicha de reconciliarme con Dios: si hubiese llegado á escaparme me habría perdido para siempre.» Educado por padres católicos, la masonería le había perdido; de un joven lleno de buenos sentimientos hizo la secta un vil asesino.

En cuanto á Campuzano, éste murió impenitente. Después de sentenciado á muerte, prometiéronle la vida si quería revelar los nombres de todos los organizadores del atentado. «Es inútil, exclamó el desgraciado; mis compañeros, no me perdonarían; quiero mejor que me fusilen que morir á puñaladas.

El día de los obsequios, el cadáver del Presidente, con traje de general y puesto sobre magnífico catafalco, apareció por última vez ante la inmensa muchedumbre que llenaba la iglesia. Pronto llegó el Arzobispo acompañado de todo el clero, y los miembros del gobierno, rodeados de las autoridades, llegaron también, colocándose en el lugar acostumbrado.

El sitio que el Presidente ocupaba en las ceremonias públicas fué causa de que el pueblo, al verle vacío, prorrumpiese en sollozos y gemidos de dolor; empero la emoción se aumentó cuando el senador y deán de la catedral de Riobamba, D. Vicente Cuesta, traduciendo el general sentimiento, aplicó al nuevo Judas Macabeo, estas palabras de la Escritura, tan apropiadas á la circunstancia: *el pueblo de Israel derramó abundantes lágrimas y el luto duró muchos días y todos decían: Cómo ha caído el valiente que salvó á Israel !*

En todas las ciudades de la América española hicieronle magníficos funerales, y virtuosos sacerdotes pronunciaron oraciones fúnebres.

El antiguo mundo también se conmovió á la muerte del caudillo católico. Un español, Roselló, publicó una magnífica poesía destinada á cantar la acción civilizadora y las maravillosas virtudes del difunto. El R. P. Roux, orador de Nuestra Señora de París, al predicar sobre el naturalismo, también ensalzó las glorias del caudillo cristiano.

Mas entre los numerosísimos homenajes dedicados á la memoria de García Moreno, no podemos menos de citar aquí algunos párrafos del elogio que otro caballero cristiano hizo del mártir del Ecuador.

Entre otras cosas decía el gran Luis Veuillot....
«García Moreno fué en el gobierno de su pueblo, un hombre de Jesucristo.

»He aquí el característico y supremo rasgo que

le distingue de los demás gobernantes: hombre de Jesucristo en la vida pública, hombre de Dios..... Era un cristiano tal como los tronos soberanos no son dignos de tener, un jefe tal como los pueblos no merecen, un justiciero tal como los sediciosos y conspiradores no parecen temer, y un rey tal como las naciones no conocen desde hace ya mucho tiempo. Había en él algo de Médicis y de Jimenez: Médicis, menos las artimañas, y Jimenez menos la púrpura y el humor romanos. Tenía de uno y otro la extensión del genio, la magnificencia y el amor de la patria. Empero encontrábase más aún en su fisonomía los admirables rasgos de los reyes justos y santos, la bondad, la dulzura, la justicia y el celo de la causa de Dios...

»Este hombre de bien, este verdadero grande hombre, á quien sus enemigos no reprochaban otra cosa que haber querido regenerar á su país y á ellos mismos por un amor indomable de la luz y de la justicia, no ignoraba que era acechado por asesinos. Decíanle que tomase precauciones y respondía: «¿Cómo defenderse contra unas gentes que os reprochan de ser cristiano? Si les contentase sería yo digno de muerte. En el momento que no temen á Dios, son dueños de mi vida, y yo no quiero ser amo de Dios, ni quiero separarme un ápice del camino que me ha trazado.....»

»Ha sido muerto en la calle por un hombre despreciable, que él mismo había acogido, socorrido y despedido como indigno é incapaz; el hombre

que los sectarios encuentran de ordinario para semejantes empresas.....

»Nosotros osamos decir que Dios le debía semejante muerte. Debía morir en su fuerza, en su virtud, en su oración, á los pies de la Virgen de los Dolores, mártir de su pueblo y de su fe, para quienes había vivido.....»

El Santo Pontífice Pío IX honró públicamente la memoria del héroe cristiano. En una alocución dirigida á los peregrinos de Laval, decía el Pontífice de la Inmaculada hablando de García Moreno: «Ha caído á los golpes del puñal de un asesino, víctima de su fe y de su caridad cristianas para con su patria.» No se contentó el Papa con vanas palabras, mandó celebrar solemnes funerales por el alma de García Moreno. Más tarde elevóle una estatua en el colegio Pío-Latino-Americano. En traje militar y en pie sobre el pedestal, García Moreno predica aún la cruzada contra el liberalismo. En las cuatro fachadas ó caras del monumento, cuatro palabras recuerdan sus glorias:

AL INTEGÉRRIMO GUARDIAN DE LA RELIGIÓN.

AL CELOSO PROMOVEDOR DE LAS CIENCIAS.

AL SERVIDOR AMANTE DE LA SANTA SEDE.

AL JUSTICIERO VENGADOR DE LOS CRÍMENES (1).

(1) Religionis integerrimus custos
Auctor studiorum optimorum
Obsequentissimus in Crísti fidem
Justitiæ cultor, scelerum vindex.

Luego cuenta el mármol su martirio y el luto del pueblo católico:

GABRIEL GARCÍA MORENO
 SUMMUS REPUBLICÆ QUITENSIS
 IN AMÉRICA PRÆSES
 IMPIA MANU
 PER PRODITIONEM INTEREPTUS
 NONIS AUG. A. MDCCCLXXV.
 CUJUS VIRTUTEM
 ET GLORIOSÆ MORTIS CAUSAM
 ADMIRATIONE ET LAUDIBUS
 DIRI CASUS ATROCITATEM
 BONI OMNES PROSECUTI SUNT
 PIUS IX PONT. MAX.
 PECUNIA SUA
 ET PLURIM. CATHOL. COLLATIONE
 EGREGIÆ
 DE ECCLESIA ET REPUBLICA MERITO.

Traducido á nuestro idioma castellano, dice así:

Gabriel García Moreno

Presidente de la República del Ecuador

En América

Traidoramente asesinado por la mano de los impíos

El 6 de Agosto de 1875.

Los hombres de bien del mundo entero

Han celebrado sus heroicas virtudes

Y su gloriosa muerte por la fe

Y han llorado el crimen que le arrebató

de este mundo.

El Soberano Pontífice Pío IX

En su munificencia

Y con los dones de gran número de católicos

Elevó este monumento

Al valiente defensor

De la Iglesia y de la sociedad.

Quando el Congreso de los diputados ecuatorianos recibió el ensangrentado mensaje del heroico García Moreno, todos, sin excepción ni abstención de ningún género, votaron el siguiente decreto, en extremo laudatorio para el caudillo cristiano:

«Considerando:

Que el Excmo. Sr. D. Gabriel García Moreno,

ya por su vasto saber como por sus altas virtudes, merece ocupar el primer puesto entre los hijos del Ecuador;

Que ha consagrado su vida, las excelentes dotes de su inteligencia y de su corazón á la regeneración y grandeza de la República, basando las instituciones sociales en el sólido fundamento de los principios católicos;

Que con la magnanimidad propia de los grandes hombres ha afrontado sin miedo la difamación, la calumnia y los sarcasmos impíos, dando al mundo el noble ejemplo de inquebrantable firmeza en el cumplimiento de sus deberes;

Que amó á la religión y á la patria hasta sufrir por ellas el martirio, legando á la posteridad una memoria ilustrada con la aureola inmortal con que Dios corona las más heróicas virtudes;

Que colmó á la nación de inmensos é imperecederos beneficios en el orden material, intelectual, moral y religioso;

Y que, finalmente, la nación debe honor, gratitud y respeto á aquellos ciudadanos que han sabido ennoblecerla y servirla bajo la inspiración del más puro y ardiente patriotismo;

El Senado y la Cámara de diputados, reunidos en Congreso Nacional, decretan:

I. El Ecuador, por medio de sus representantes, otorga á la memoria del Excmo. Sr. D. Gabriel García Moreno el homenaje de su eterno agradecimiento, y para glorificarle, según sus mé-

ritos, le concede el nombre de *Regenerador de la patria y Mártir de la Civilización Católica*.

II. Para la conservación de sus restos mortales se elevará, en el lugar que designe el poder ejecutivo, un mausoleo digno de tan grande hombre.

III. Con el fin de recomendar su glorioso nombre á la estimación y respeto de la posteridad, una estatua de mármol erigida en honor suyo llevará sobre el pedestal la inscripción: *A García Moreno, el más noble de los hijos del Ecuador, muerto por la Religión y la Patria, la República agradecida.*

IV. En las salas de los Ayuntamientos y demás asambleas municipales figurará igualmente el busto de García Moreno con la inscripción: «Al Regenerador de la Patria, el Mártir de la Civilización Católica.»

V. La carretera nacional y vía férrea, principales obras del difunto presidente, llevarán el nombre de «García Moreno.»

Tal es el magnífico concierto de alabanzas que de todos los ámbitos del mundo católico se elevó para contar las virtudes y el glorioso martirio de García Moreno. Bueno será que recordemos como elogio del gran caudillo católico las hermosas palabras del salmo primero: *Beatus vir qui non abiit in consilio impiorum, et in via peccatorum non stetit, et in cathedra pestilencie non sedit: Et erit tanquam lignum quod plantatum est secus decursum aquarum, quod fructum suum dabit in tempore*

suo. «Bien aventurado el varón que no asiste á los consejos de los impíos, no anda por los caminos de los pecadores ni se sienta en cátedras de pestilencia. Y será como un árbol plantado junto á la corriente de las aguas que en su tiempo dará sabrosos frutos.»

EPÍLOGO

El Ecuador después de la muerte de García Moreno

AL día siguiente del asesinato de García Moreno quedaba como jefe supremo el vicepresidente León, quien desde el primer día hizo ver su inexperiencia para dirigir una barca tan expuesta á todos los escollos. Sin embargo, consintió en conservar el poder hasta que se verificase la elección del nuevo presidente.

El pueblo lloró la pérdida del gran caudillo, y el Ecuador continuaba tranquilo, á pesar de los manejos de liberales mansos y fieros. ¿Qué era, pues, preciso para mantener el orden existente? Un poder inteligente que continuase la política íntegramente católica de García Moreno; pero desgraciadamente los diputados y senadores que seguían esta política no pudieron ponerse de acuerdo acerca de la elección de un candidato. La mayoría designó en primer lugar á D. Antonio Flores; mas

en un segundo escrutinio los descontentos dieron sus votos á D. Luis Antonio Salazar, hombre de sanas ideas. Esta desastrosa división ocasionó la elección de Borrero, encarnación de la hipótesis mestiza. El primer cuidado de este antipático personaje fué destruir la grande obra de García Moreno para dar así satisfacción á los radicales. Al inclinarse hacia el liberalismo, Borrero desanimó á los católicos, desencadenando á los revolucionarios contra la Iglesia y contra el Estado.

Para echar abajo á Borrero, la revolución tenía necesidad de un aventurero, y puso los ojos en el general Vintimilla. Este revolucionario personaje había sido puesto por Borrero á la cabeza de las tropas de Guayaquil.

Una vez en Guayaquil, Vintimilla no disimuló sus planes; separó del ejército á los jefes leales, reemplazándoles con revolucionarios. Cuando el general revolucionario creyó llegado el momento de dar el golpe decisivo, quitóse la carca, y el 8 de Septiembre de 1876 echóse á la calle con las tropas, proclamándose jefe supremo de la República.

Borrero quedóse todo aturdido cuando el correo de Guayaquil le anunció la revolución del 8 de Septiembre. A pesar de la cobardía y mala fe del presidente, los católicos unieronse á él para combatir la insurrección; mas Borrero no quiso aceptar los servicios de los *intransigentes*, y Sanz, que mandaba las tropas de Borrero, fué derrotado en

Galte por Urbina, mientras que Vintimilla entraba triunfante en Quito. Borrero, fué puesto en la cárcel, donde estuvo encerrado dos meses, al fin de los cuales fué desterrado á Lima.

Con el nombre de *regeneración*, Vintimilla llevó á su país la ruina y la muerte. Un decreto de 1.º de Febrero de 1877 acerca de la secularización de la enseñanza, inauguró la era de la persecución. Los pastores, con el Obispo de Ríobamba á la cabeza, protestaron contra el tiránico decreto. El ilustrísimo Sr. Checa, Arzobispo de Quito, que hasta entonces había creído oportuno guardar silencio, lanzóse también á la lucha; empero bastaron quince días para que la masonería se desembarazase de tan importuno predicador. El 3o de Marzo, día de Viernes Santo, el Arzobispo de Quito subía al altar para celebrar los divinos oficios, y apenas había sumido el vino de las abluciones, cuando exclamó en medio de los más horribles dolores: «Me han envenenado.» Lleváronle á su casa, espirando al cabo de una hora en las más violentas convulsiones.

Los asesinos habían mezclado con el vino del sacrificio doce granos de estrichnina. Este sacrilego drama amotinó al pueblo contra Vintimilla, sin que por esto cesase en la persecución.

Otra víctima de la tiranía de Vintimilla fué D. Arsenio Andrade, vicario capitular de Quito. Vintimilla quería que los obsequios del Arzobispo se hiciesen en la catedral, interdicha á consecuen-

cia del crimen del Viernes Santo y no reconciliada aún. El vicario capitular opúsose á ello con energía. Además, obligado por deber en perseguir á los asesinos del Arzobispo, fulminó sentencia de excomuni6n contra todos aquellos que se negasen á denunciarles, lo mismo á ellos que á sus cómplices. Era, pues, preciso desembarazarse de tan intolerante sacerdote. La ocasi6n no tard6 en presentarse. El 20 de Mayo tuvo lugar una pequeña insurrecci6n en los alrededores de Ibarra contra el el tiránico poder de Vintimilla; empero algunos batalladores fueron suficientes para aniquilar lo que el gobierno llamaba pomposamente, «el ejército revolucionario de la reacci6n.» Orgulloso con semejante victoria, Vintimilla mandó se tocasen todas las campanas de la capital para celebrar la gloria de los vencedores. El vicario capitular se opuso á esta usurpaci6n de los derechos de la Iglesia; pues las campanas están exclusivamente consagradas al culto, y la autoridad civil no tiene sobre ellas derecho alguno. Ciego por la rabia y el despecho, Vintimilla impuso á los curas párrocos una fuerte multa; mas el Vicario Sr. Andrade prohibió pagarla y ninguno podía someterse á la tiranía del Presidente sin violar las inmunidades eclesiásticas. Ent6nces el dictador ordenó á sus esbirros que apresasen al intrépido Sr. Andrade; mas este lanzó un decreto poniendo en interdicto todas las iglesias de la capital. Una vez promulgado y ejecutado el interdicto, la ciudad entera lle-

nóse de luto y de consternación. El pueblo, al ver las iglesias cerradas y las campanas silenciosas, reuníase en las plazas públicas, lanzando dolorosos gemidos y organizando procesiones de penitencia para desarmar la cólera divina. Al cabo de dos días de luto y desolación, el Cotopaxi, verdadero ministro de las divinas venganzas, comenzó á lanzar torbellinos de llamas, piedras y cenizas que oscurecían la atmósfera á ochenta leguas de distancia. Otros volcanes mezclaron sus sordos rugidos con la gran voz del Cotopaxi, vomitando también verdaderas nubes de ceniza.

Estas vengadoras calamidades no hicieron temblar al tirano; por el contrario, continuó con más rabia la persecución. Sin embargo, cuando Vintimilla se vió ya presidente definitivo y pudo deshacerse de la tutela de los Urbina y Carbos, volvió la casaca y comenzó á proteger visiblemente la religión; mas ya era tarde, el pueblo ecuatoriano estaba hartó de la tiranía de este despilfarrador de la hacienda pública, y el 8 de Enero de 1883, el pueblo en masa tomó las armas para derribar al tirano. Seis meses más tarde, Vintimilla salía de Guayaquil, su último refugio.

Libre el Ecuador del ominoso imperio del liberalismo, continuó la gloriosa restauración del reino social *del Dios que no muere*, elevando á la presidencia de la República al jefe del partido católico D. José María Caamaño. Durante su presidencia el Ecuador ha sido consagrado al amabilísimo

Corazón de Jesús. La consagración fué nacional, tomando parte en ella gobernantes y gobernados, y el 21 de Junio es la fiesta nacional de esta humilde pero gloriosísima República.

El nuevo Presidente, D. Antonio Flores, hombre de gran saber y de experiencia consumada, sigue hoy las huellas del grán héroe cristiano, del restaurador del reinado social de Cristo Dios. García Moreno murió á los golpes del infame machete de un enemigo de Jesucristo; pero su sangre generosa ha producido ricos y abundantes frutos de bendición. En él sí que se han cumplido las bellas y proféticas palabras del salmista: «*Quoniam novit Dominus viam justorum; et iter impiorum peribit.*» «Porque el Señor conoce los caminos de los justos y la senda de los impíos perecerá.»

A. M. D. G.

ERRATA IMPORTANTE

En la página 94, línea 24, dice «fracción de mil almas»; léase «fracción de veinte mil almas».

TABLA DE MATERIAS

	<u>Páginas</u>
PRÓLOGO.....	5
Una mirada retrospectiva.....	9

Capítulo I

Nacimiento, infancia y primeros estudios de García Moreno.....	16
--	----

Capítulo II

Decide García Moreno perfeccionarse en las humanidades.—Nómbrale inspector don Buena-ventura Proano.—Energía que desplegó en el espinoso cargo de inspector.—Entra en la clericatura.—Su amor á las ciencias.—Su conducta irreprochable.....	21
--	----

Capítulo III

Decide García Moreno estudiar para abogado, abandonando la carrera eclesiástica por conse-	
--	--

sejo de sus directores.—Inconvenientes del derecho moderno, emancipado de la Iglesia.—Toma gusto á las diversiones del mundo.—Realiza un acto de suprema energía para librarse del mundo.—Provoca en desafío á un oficial de la guarnición.—Actos de energía para dominar el miedo.—Explora el Pichincha acompañado de S. Wyse.—Su horror á las malas causas, su matrimonio con D. ^a Rosa Ascasubi y presentimiento de sus futuros destinos.....	26
---	----

Capítulo IV

Caída de Flores y elección de Roca, de quien García Moreno se declara partidario.—Sus ataques contra Flores.—Caída de Roca y elección de Ascasubi.—Caída de Ascasubi y elección de Noboa.—Sale García Moreno del Ecuador con rumbo á Europa.—De vuelta á América encuentra en Panamá á los jesuitas expulsados de Nueva Granada, y llévalos consigo al Ecuador.—Obtiene de Noboa permiso para instalarlos en el Ecuador.—Rabia de los masones contra García Moreno y los jesuitas.—Defiende García Moreno á la Compañía.....	33
--	----

Capítulo V

Corre la voz del nuevo desembarco de Flores.—Los masones toman de aquí pretexto para atacar á los jesuitas.—Urbina derriba á Noboa con infamias y engaños.—Expulsa Urbina á los je-	
---	--

Páginas

suitas.—Sentimiento del pueblo ante semejan- te iniquidad.—Conjuran á García Moreno se oponga á la expulsión.—Defensa de los jesui- tas en el periódico <i>La Nación</i> .—Expulsa Urbina del Ecuador á García Moreno.—Huye de la cárcel de Pasto y vuelve á Quito para derribar al tirano.—Frialdad de sus compatriotas.— Embárcase para el Perú.—Es nombrado sena- dor por Guayaquil.—Vuelve á Quito y Robles le pone preso.—Su destierro á Payta y salida para París.....	39
--	----

Capítulo VI

Llega García Moreno á París, poniéndose inme- diatamente al trabajo, estudiando el movimien- to intelectual de Europa.—Incidente que le re- cuerda sus deberes religiosos, algún tanto olvi- dados.—Iniciase en el derecho cristiano.—Bien que hizo en su alma la lectura de Rohsbacher.—El destierro engrandece á García More- no.—Elogio que hace de él Luis Veuillot.....	45
--	----

Capítulo VII

Triste estado del Ecuador durante la presiden- cia de Urbina.—Guerra á la Iglesia.—Destitu- ye al Obispo de Guayaquil.—Convierte los con- ventos en cuarteles.—Pone en los seminarios rectores hechos á su imagen y semejanza.— Es calumniado el clero secular.—Lamentable estado de la instrucción pública.—Terrible ti-	
---	--

rania ejercida por Urbina.—Destierro de los redactores de <i>El Expectador</i> .—Caída de Urbina y subida de Robles á la presidencia.—Permite éste que García Moreno vuelva á su patria.—Es nombrado alcalde de Quito y rector de la Universidad.—Reformas que introduce en la instrucción pública.—Funda <i>La Unión Nacional</i> y vence en las elecciones al Gobierno de Robles	53
--	----

Capítulo VIII

Discurso de Robles en la apertura del Congreso.—Ataca García Moreno al gobierno acerca de la instrucción pública.—Presenta una ley orgánica y es rechazada.—Admite un artículo contra los masones.—La cuestión de fronteras con el Perú.—Injusticias de Robles y Urbina.—Véngase de los patriotas haciendo á Guayaquil capital del Ecuador.—Prisión de los consejeros municipales y fusilamiento de Valencia.—Valentía de García Moreno y terribles terremotos en Quito.—Pronunciamiento de Maldonado.—Muere el comandante Darquea asesinado por el presidente Robles.—Nuevo gobierno provisional.—Fundación del periódico <i>El Primero de Mayo</i> .—Pónese García Moreno al frente de algunas compañías y es derrotado por Urbina.—Bondad del corazón de García Moreno.—Constancia de García Moreno.—Habla en Payta al presidente del Perú.—Restablecimiento del gobierno provisional. . . .	59
---	----

Capítulo IX

Casi todo el Ecuador abraza la causa del gobierno de Quito.—Actividad de García Moreno.—Insurrección de los antiguos soldados de Urbina.—Peligros que corrió García Moreno.—Escápase de la cárcel.—Hace prisioneros á los principales autores del motín.—Fusilamiento de Palacios.—Triste equivocación de Mocha.—Término de la terrible tragedia de Riobamba. 71

Capítulo X

Maquiavélicos planes de Franco y Castilla.—Vigilancia de García Moreno.—Traición de Franco y patriotismo de García Moreno.—Ruptura de las hostilidades y gran pericia militar del caudillo católico.—Batalla ganada contra las tropas de Franco..... 78

Capítulo XI

Entusiasmo de los ecuatorianos por García Moreno, é indignación general contra Franco.—Sublime abnegación de nuestro héroe.—Llegada de Flores á Guaranda para ponerse al frente del ejército.—Proclama de García Moreno al ejército y al pueblo.—Ataque de Babahoyo.—Paso del Estero Salado y toma de Guayaquil.—Es proclamada patrona del Ecuador la Virgen de las Mercedes.—Obligación del gobierno y del ejército de asistir á los oficios divinos en el

día de la festividad de la Redentora de Cautivos.....	83
---	----

Capítulo XII

Gran habilidad de García Moreno en el desempeño de su cargo.—Reforma ciertos abusos electorales.—Furor de los liberales con motivo de las reformas de García Moreno.—Intentan asesinarle.—Apertura del Congreso y lucha del presidente en favor de la unidad católica.—Es elegido presidente efectivo.—Alegría del pueblo por esta elección.....	93
--	----

Capítulo XIII

Limpieza que hizo García Moreno de los abejones ó zánganos liberales.—Aumento y reforma del Tesoro público.—Destruye la plaga del militarismo.—Humillante castigo impuesto al general Ayarza.—Destrucción del Patronato y libertad de la Iglesia.—Concordato con la Santa Sede.—Concilio provincial de Quito y reforma del clero.—Alegría de los católicos y furor de los liberales.....	98
--	----

Capítulo XIV

Desavenencias entre García Moreno y Arboleda.—Derrota de Tulcán.—Tratado de alianza entre los dos jefes católicos.—Reina grandísima agitación en Quito.—Explotan los liberales la	
---	--

Páginas

situación con ánimo de hacer un pronunciamiento.—Preséntase García Moreno en Quito.—Alegría del pueblo..... 105

Capítulo XV

Unión de todos los liberales contra García Moreno.—Ataques al Concordato.—Lucha de García Moreno contra las injustas pretensiones del Congreso.—Salva el Concordato de las acometidas liberales..... 109

Capítulo XVI

Lanza Mosquera una proclama revolucionaria á los liberales de América.—Desea apoderarse del Ecuador.—Avístase con Mosquera don Antonio Flores con plenos poderes para tratar de la paz.—Declárase la guerra entre los dos países.—Penetra el general Flores en Colombia.—Combate de Pasto.—Traición de Cuaspud.—Proclama de García Moreno á los habitantes del Ecuador.—Abandona Mosquera el Ecuador. 114

Capítulo XVII

Vistas las muchas dificultades del mando, proyecta García Moreno retirarse á la vida privada.—Vice-presidencia de Carvajal.—Escandalosa sentencia de los tribunales.—Decide García Moreno presentar la dimisión.—Cuestión del Perú.—Conspiración y fusilamiento de Mal-

	<u>Páginas</u>
donado.— Proclamación de García Moreno.— Insurrección de Machala y huida de Urbina.— Fusilamiento de Campoverde.....	119

Capítulo XVIII

Propone García Moreno á don José Caamaño como presidente.—Renuncia de Caamaño.—Es elegido don Jerónimo Carrión.—Robo del <i>Washington</i> por los urbinistas.—Heroísmo de García Moreno.—Energía que mostró con el cónsul inglés y con el capitán del <i>Talca</i> .—Sale de Guayaquil á bordo del <i>Talca</i> y derrota en Jambeli á los urbinistas, fusilando á la mayor parte.—Recibimiento triunfal hecho al presidente en Guayaquil.....	131
---	-----

Capítulo XIX

El hombre providencial.—Perfidia de los liberales y amor del pueblo á García Moreno.—El pueblo se opone á su salida del Ecuador.—Indecisión del nuevo presidente.—La misión diplomática de Chile y el asesino Viterí.—Infamia de los tribunales masones.—Audacia de los liberales contra el gobierno.—Propone García Moreno á D. Javier Espinosa y es elegido presidente.	142
---	-----

Capítulo XX

Mesticismo de Espinosa.—Audacia de los liberales.—Retírase García Moreno á la vida priva-	
---	--

Páginas

da.—Catástrofe de Ibarra.—Heroísmo de García Moreno.—Su candidatura á la presidencia.—Oponen los liberales á don Joaquín Aguirre.—Visítanle los católicos en la hacienda de Guachala.—Propónese salvar á su patria de las garras de la Revolución.—Caída de Espinosa	156
--	-----

Capítulo XXI

Constitución católica.—Furor de los liberales.—La conjuración del día de San José.—Presenta García Moreno la dimisión de presidente interino.—Es elegido su cuñado Ascasubi.—Es nombrado general en jefe del ejército.—Acepta á instancias de la nación entera la presidencia de la república.—Ley contra los perturbadores.—Intentan los revolucionarios asesinar á García Moreno.—Perdona al miserable Cornejo.—Ingratitud de éste.—Conatos de revolución en Cuenca.....	167
--	-----

Capítulo XXII

Reforma del clero, del ejército y de la magistratura.—Instrucción primaria, secundaria y superior.—Universidad católica y Academia política.—Facultad de Ciencias y Academia de Bellas Artes.—Observatorio internacional de Quito.—Decadencia de la instrucción á la muerte de García Moreno.....	180
---	-----

Capítulo XXIII

- Caridad de García Moreno con los pobres, los niños abandonados, los enfermos y leprosos.—Su celo por las misiones.—Evangélicación del Napo.—Misiones en las ciudades y edificante asistencia de García Moreno..... 193

Capítulo XXIV

- Pobreza en que vivía el Ecuador antes de García Moreno.—Propónese hacer una carretera de Guayaquil á Quito.—Construye más de cien puentes y cuatrocientos acueductos.—Estado próspero á que llegó la Hacienda durante su presidencia..... 199

Capítulo XXV

- Virtudes íntimas de García Moreno.—Su gran humildad.—Su amor á María.—Su justicia inexorable.—Afecto tiernísimo que profesaba á los suyos, en especial á su madre..... 202

Capítulo XXVI

- Grandísima piedad de García Moreno.—Su gran ciencia teológica.—Su idea de Dios y su veneración á los sacerdotes.—Su catolicismo en la vida pública como en la privada.—Reglamento de vida.—Su devoción á San José y á la Beata Mariana de Quito.—Consagración del Ecuador al corazón de Jesús..... 206

Capítulo XXVII

- Amor recíproco de Pío IX y García Moreno.—Su protesta contra el gobierno de Víctor Manuel.—Llamamiento que hizo á las repúblicas americanas.—Silencio de éstas.—Cambio operado en el Ecuador durante la presidencia de García Moreno.—Agitación de los ánimos con motivo de la reelección de presidente.—Fracasa el pronunciamiento borrerista.—Destitución de Polanco y destierro de los agitadores..... 212

Capítulo XXVIII

- Conspiración horrenda de todas las logias masónicas de ambos mundos contra García Moreno.—Presentimientos de su futuro martirio expresado en sus cartas.—Carta á Pío IX.—Comulga en la iglesia de Santo Domingo.—El asesinato.—El luto del Ecuador.—Alabanzas de Pío IX y de los católicos del mundo entero... 218

Epilogo

- El Ecuador después de la muerte de García Moreno 235
- ERRATA IMPORTANTE 241

